

**La chica
que susurraba
a las vacas**

... y no estaba loca



Dara Meier

**La chica que
susurraba a las vacas
(y no estaba loca)**

Dara Meier

Título: La chica que susurraba a las vacas (y no estaba loca)

Autor: Dara Meier

©Todos los derechos reservados.

Prohibida toda reproducción total o parcial sin el consentimiento expreso de la autora. Asimismo, no se permite su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son, por suerte, ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, animales o cosas es pura casualidad.

INDICE

[Prólogo](#)

[Cita](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[La venganza del crochet](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciseis](#)

[Epílogo](#)

PRÓLOGO

–¿Cómo lo haremos, Carmen? No sé... Ya se me acaban las ideas, ¿sabes?

–Muuu...

–Um, ya ya, tú lo ves muy fácil, claro, pero si no consigo ese dinero en quince días...

–Muuu...

–¿Alguna idea, Lola? ¿No? –pregunto al verla negar mientras, tumbada a mi izquierda, mastica con toda tranquilidad una brizna de paja–. Chicas... No os quiero estresar pero necesito que penséis un poco, ¿vale? Si no saldamos esa deuda embargarán la granja y no quiero ni pensar qué pasará con vosotras tres.

–Muuu... –muge lastimera Sara delante de nosotras.

–Sara... Yo tampoco quiero q...

–Si alguien que no te conociera te viese ahora mismo te tomaría por una loca. ¿Lo sabes, verdad? –escucho detrás de mí. De inmediato sonrío con cariño al reconocer la voz.

–¿Y quién dice que no lo estoy? –bromeo mientras giro para dar dos besos a Concha.

Ella no duda en plantarme su sombrero en la cabeza. Se pasa media vida sermoneándome por mi mala costumbre de ir por ahí sin nada para protegerme del sol. *Como si el ponerme un sombrero de paja fuera a remediarne...* Como sé que le da bastante aprensión el estar tan, tan cerca de mis *grandes amigas*, me

levanto para ir dando un paseo hasta casa mientras hablamos.

Concha y su marido son vecinos de toda la vida, de hecho eran los mejores amigos de mis padres desde la infancia. Todos se conocían del pueblo y, cuando ellos murieron en un desgraciado accidente, tanto ella como Miguel, su marido, se convirtieron en mi sombra. Yo apenas tenía diecisiete años y, gracias a ellos, pude continuar con mis estudios y recuperarme del inesperado varapalo. De eso hace ya trece años y siguen como gallinas cluecas a mi alrededor día sí y día también.

–Aún no entiendo cómo eres capaz de estar así de tranquila con esas bestias a tu lado. ¡Ni que fueran perros falderos! –se queja.

–Míralo de este modo, hay mujeres que tienen que aguantar a las bestias de sus maridos y además sin gratificación –bromeo–. Ellas al menos no me ensucian la casa ni quieren ver el fútbol sí o sí.

–Candela, eres única –responde con resignación.

–¡Y menos mal! Imagina un mundo con dos como yo... La Humanidad no está preparada, Conchita, definitivamente no lo está –digo negando con la cabeza fingiendo un pesar que, obviamente, no siento–. A todo esto, ¿qué haces por aquí? Creía que hoy ibas al cine.

–Luego, luego. Es que resulta que ¡creo que tengo la solución para tu problema, Candelita! –dice emocionada.

–¡Coñe pues haber empezado por ahí, mujer! A ver, ¿qué has pensado? Desembucha –apremio mientras nos sentamos en el balancín de mi porche.

–Vale, vale. A ver, ¿te acuerdas de mi hermano Ramón, verdad?

El medio americano. Bueno, no es americano, lo que lleva allí tantos años que... –empieza a divagar como de costumbre.

–Concha...

–Ah, sí, perdona. Bueno, pues resulta que anoche hablando hablando me contó que, en el rancho o como se llame donde trabaja, están teniendo muchos problemas con el ganado y me preguntó si tú estarías dispuesta a ir para asesorarles. Como ya sabes tú cómo soy yo para el dinero, le dije que eso le saldría un ojo de la cara porque tus servicios están muy cotizados por aquí.

–¡Pero si yo no cobro! –respondo boquiabierta. *Lo que se pierden en Hacienda con esta mujer...*

–Eso lo sé yo y lo sabes tú pero no mi hermano, Candelita –me corrige dándome golpecitos de abanico en la mano–.Lo mejor viene ahora. De primeras te ofreció veinticinco mil, pero como yo soy perra vieja, le dije que de eso nada, que por ese dinero no te dejo ni salir del pueblo. Así que negociando negociando... Adivina cuánto están dispuestos a pagarte –pregunta con orgullo.

–¿Has... Has dicho veinticinco mil? –digo atontada.

–Sí... pero al final... Tachán, tachán... ¡Te ofrecen noventa mil euros! –dice triunfal mientras yo me noto la mandíbula a la altura de los tobillos.

–¿Noventa mil euros? ¿Estás diciendo que hay alguien ahí fuera tan loco como para pagarme noventa mil euros para que cruce medio mundo y vaya a hablar con sus vacas?

–Sí. Estuve tentada de pedir un poco más pero me pareció que ese precio sería suficiente para saldar la deuda y que tuvieras un buen fondo, ¿no?

Me cuesta horrores poder enlazar dos pensamientos coherentes. En mi cabeza solo oigo noventa mil y deuda pagada. Debo respirar hondo unos instantes para poder asimilar la noticia y las mil preguntas que me vienen a la mente ahora mismo.

–Pero... pero... ¿Y dónde tendría que ir? ¿Qué haría con mi granja mientras? –le pregunto exactamente igual que varios años atrás mientras me contaba, en este mismo banco, que ya no volvería a ver a mis padres nunca más.

–Pues sé que es en Texas, pero no me preguntes el nombre del pueblo porque soy incapaz de acordarme. Mi hermano lleva allí la friolera de treinta y cinco años y aún no he tenido bemoles de aprender cómo se llama el sitio.

–Texas... –murmullo con cierta aprensión.

–Y por la granja no te preocupes. Ahora que mi Paquito está aquí y se hace cargo de lo nuestro, mi Miguelón y yo podemos encargarnos de lo tuyo.

Debe notar mi inseguridad que, de imprevisto, noto sus cálidas manos apretando las mías. Sus ojos son dos pozos marrones que me calman de inmediato.

–Y bien, jovencita, ¿estás dispuesta a ir o prefieres perderlo todo?
–pregunta con su característica delicadeza.

–¿Tengo otra opción? –digo con resignación–. Claro que iré, Conchita. Puedes decirle a tu hermano que iré a hablar con esas vacas texanas.

–No te arrepentirás, cariño. Además mereces ver un poco de mundo. Tienes treinta años y llevas toda la vida dedicada a los demás, sean de dos o de cuatro patas. Disfruta un poco. ¿Y quién sabe? A lo mejor conoces a un guapo americano que te de una alegría.

–¡Ja! Cuando mis vacas vuelen. No estoy yo por la labor de inflarle el ego a nadie.

–Todo se andará, Candelita... Todo se andará.

“Ella camina silenciosamente, pero, bajo ese aspecto tranquilo, es todo furia, pura energía eléctrica. La mujer común es tan común como una tormenta.”

(Judy Grahn)

CAPITULO UNO

Texas... Madre mía, ¡quién me lo iba a decir! Después de tres semanas y mil trámites burocráticos, heme aquí, esperando pacientemente en la puerta del aeropuerto de San Antonio a que llegue Ramón, el hermano de Concha. Mientras, hago repaso de lo rápido que han pasado estos días. Aunque Ramón fue muy gentil y él mismo se encargó de casi todo el papeleo y la reserva del viaje, lógicamente hubo trámites que inexorablemente tuve que hacer yo. Además debía dejar todo organizado con el banco y con Conchita, por no decir el quebradero de cabeza de hacer la maleta. Me costó horrores saber qué narices tenía que traer. ¿Frío? ¿Calor? Al final traje apenas cuatro cosas y si necesito algo ya lo compraré aquí, que tampoco me he ido a Marte. Lo mejor de todo es que incluso me pagaron por adelantado y pude ¡al fin! saldar la deuda de la granja. Ahora tengo por delante el reto de arreglar el problema que sea que tengan con el ganado y justificar así el pastizal que me han pagado.

Debo parecer un bicho raro porque no dejan de mirarme. A ver, vale que he estado quince horas de viaje y que no estoy como para que me lancen flores, pero... De reojo me reviso de arriba a abajo, intrigada, pero no consigo ver qué es lo que llama tanto la atención. Digo yo que aquí unos pantalones vaqueros y una sencilla camiseta blanca de manga francesa no serán nada excepcional, ¿no?

Un pitido me saca de mi momento revisión. Al alzar la vista veo a un clon con bigote –aunque dependiendo del día ella también lo tenga– de Concha. Va en una furgoneta pick-up naranja –¿o es rojo muy desgastado?–, y debo sonreír porque lleva el típico sombrero

que, por lo que he visto, mucha gente usa con toda normalidad.

–Si mi vista no me engaña la pequeña Candela ha crecido mucho durante estos años –dice con un español típico texano mientras se acerca sonriente.

–No tanto como quisiera, Ramón, no tanto –bromeo señalando mi escaso metro sesenta y cinco.

Tras los abrazos de rigor y acomodarme en el asiento del copiloto, nos ponemos en marcha. Él ríe al verme mirarlo todo como una niña pequeña, preguntando esto y lo otro sin rastro de vergüenza.

–¿Cuánto se tarda en llegar a ese rancho o como se llame? –pregunto con toda confianza.

–Unas dos horas y media, aunque O'hara lo hace en menos de dos horas.

–¿O'hara?¿Quién es?

–El jefe. No creo que llegues a conocerlo. Está muy ocupado en Houston y no suele venir a menudo.

El trayecto se hace bastante ameno por su charla. Se parece bastante a su hermana y me resulta muy fácil hablar con él. Además ya nos conocíamos de alguna vez que ha visitado a Concha, por lo que no me resultaba desconocido del todo.

Debido al cansancio, no puedo olvidar que para mí son ya las once de la noche, me permito el pequeño lujo de una mini siesta.

Francamente, despertarme a las cuatro de la mañana para coger un vuelo a Londres a las siete, y luego meterme en una sauna volante con otras ciento cincuenta almas durante no sé cuántas horas no es que beneficie mucho el descanso de una persona. Si a eso sumamos el cambio horario, el estrés de estar en un sitio nuevo y que a mi lado se sentó el doble humano de Terminator con complejo de cotorra... Estoy hecha una mierda, para qué negarlo.

No sé cuánto rato duermo pero cuando vuelvo en mí alucino en colorines. ¡Jolín con el rancho de las narices! ¡Esto es inmenso! Yo me esperaba una casa normal de madera y alguna cosa más, lo típico que se ve en las películas, vamos, pero esto... Esto es casi un pueblo.

Después de pasar una verja metálica donde se lee “O'hara”, nos adentramos en lo que para un texano es un camino y para el resto de mortales es una señora carretera. A ambos lados solo veo prados, prados y más prados, hasta que poco a poco empiezo a ver algunos edificios que, presupongo, están destinados a los animales y a los trabajos que sea que hagan ahí.

Me es imposible disimular el asombro al llegar a lo que, según Ramón, es la casa principal. ¿Casa? ¡¿Casa?! ¡Esto es una monstruosidad! El edificio es enorme, bonito pero enorme. Voy mirando todo al límite de estar a punto de romperme el cuello cuando de repente se oyen unos gritos de hombre saliendo desde dentro de la casa.

–¡¡Ramón!! ¡¡Ramón!! ¡¿Dónde demonios estabas eh?! –grita quien quiera que sea el histérico.

Tengo alucinaciones. El calor me ha afectado y tengo alucinaciones. Seguro. Es lo único que puede justificar que esté viendo al mismísimo Hulk con la cara de Paul Newman. Vestido con unos pantalones vaqueros con más mierda que un estercolero y una camiseta que, en teoría, es blanca, el Hulk histérico, cuando llega a la puerta y ve a Ramón bajando mis maletas, da dos zancadas y se coloca junto a la parte trasera de la furgoneta.

–¿Se puede saber dónde demonios estabas? ¡Llevo toda la jodida tarde buscándote, por amor de dios! –grita ante un paciente Ramón.

Mierda. De cerca es más grande aún. Comparándole conmigo deduzco que los dos metros los roza, y los cien kilos de pura fibra no se los quita nadie. Como estoy a su espalda –demasiado bien hecha bajo mi humilde y calenturienta opinión– ni se ha inmutado de mi presencia, y mira que es difícil de ignorar teniendo en cuenta que mis setenta kilos no me hacen precisamente pequeña. Por lo que continúo inspeccionando, el pelo lo tiene muy corto y castaño, y dan unas ganas de pasar la mano por la redondez de la cabeza y notar el gustirrinín que tiene que dar...

Como si tuviera un radar para detectar pensamientos calenturientos, de un repentino movimiento se gira y, frunciendo el ceño, no duda en repasarme de arriba a abajo con una cara de asco que ríete tú de los pepinillos en vinagre del bar de la Juana.

–¿Y tú quién narices eres? –Vaya. Mi fantasía del hombre guapo y amable a la porra.

–Pues alguien con más educación que tú, por lo que se ve –no

dudo en contestar.

–¿Pero tú sabes con quién estás hablando? –dice el muy prepotente.

–No y ni ganas de saberlo –respondo cruzando los brazos. ¡Conchulerías a mí! ¡Ja!

–King... Ella es la especialista que contraté para que nos ayudara con el ganado –interviene Ramón disimulando a duras penas una sonrisa.

–¿Qué especialista? ¿No son suficientes los dos veterinarios que hay? –pregunta de malos modos. Hoy marca un hito en mi vida: me hago devota de San Ramón Pacienzioso.

–Ella es otro tipo de especialista. Es algo así como una psicoterapeuta –explica San Ramón a Hulk Newman.

–¿Psico... qué? Te recuerdo que los que tienen el problemas son mis animales.

–No estaría yo tan segura... –murmuro sin darme cuenta mientras continúo detrás suya.

–¿Qué acabas de decir? –responde girándose para, *oh milagro*, mirarme a la cara.

–Caray, tu educación es una porquería pero de oído vas genial –respondo sin poder evitarlo.

Que tenga que cruzar medio mundo para discutir con este

cretino... Lo que hay que ver. Bajo un sol que a esta hora menos mal que es agradable, Ramón, el Hulk histérico y yo permanecemos de pie junto a la furgoneta, mis dos maletas y la versión 2.0 y XXL de La Ponderosa. No sé qué problema tiene este hombre pero seguro que muy normal no es el pobre.

–Ella es una especie de terapeuta bovina. Habla con ellos, se gana su confianza y así consigue averiguar qué problema tienen –explica pacientemente Ramón.

–Aha –dice escéptico–. ¿Y se puede saber cuánto sale la broma? Porque deduzco que por amor a los animales no lo hace, ¿no? – Bueno...

–Cien mil –responde el pobre hombre.

–¿Cien mil? ¡¿Cien mil?! ¡¿Me estás diciendo que le hemos pagado cien mil dólares a esta lunática para que hable con mis vacas?! –berrea con los brazos en jarra. No sé porqué la película El coloso en llamas me viene a la mente de repente.

–¡Eh...! De lunática nada –protesto–. Algo excéntrica vale, lo admito, pero lunática...

–Ahhh... Perdón, se me olvidaba que es lo más normal del mundo hablar con las vacas... –ironiza.

–Pues mira, tan normal como hablar con los caballos. O los burros, según qué casos... –añado mirándole con cierta sorna mientras él hecha humo hasta por las orejas.

Cuando va a replicar, deduzco que no precisamente alabando mi dócil carácter y mi diplomacia, el pobre Ramón viene a mi lado y coloca una mano sobre mi hombro, casi como si con ese gesto quisiera demostrarle al Hulk histérico que cuento con su protección.

–¿Me buscabas para algo en concreto, King? Si no iré a acomodar a Candela en la casa.

–¿Eh? Sí. No encuentro a Lupe por ninguna parte. ¿Sabes dónde está?

–Pues... Se fue ayer para pasar unos días con nuestra hija y el niño, ¿recuerdas? –Ops. Por la cara de Hulk parece que no. *Algo de zanahoria creo que no le perjudicaría...*

–Mierda, es verdad... –dice golpeando un neumático con la bota–. ¿Y sabes de alguien que pueda venir y hacer cena para tres?

Oh, oh. Esa cara no me gusta... Como si se le hubiera ocurrido la idea del siglo, el Hulk histérico llamado King se endereza cuan largo es, escudriñándome de arriba a abajo casi como si buscara algo. De repente comienza a dar vueltas a mi alrededor con los brazos cruzados sobre el pecho, lo que hace que yo comience a girar también.

–¿Qué, falta de árboles en el parque? –pregunto ya con ironía.

–¿Sabes cocinar? –pregunta de repente.

–De momento nadie ha muerto –doy como respuesta.

–Me vale –afirma justo antes de, agarrando mi mano izquierda,

tirar de mí escaleras arriba.

–¡Eh! ¡¿Pero qué haces, idiota?! ¡Suéltame!

–De eso nada. Ahora mismo empezaré a amortizar los cien mil que cobraste.

CAPITULO DOS

La madre que me... Debe notar que mi resistencia se ha esfumado que de inmediato me libera. Tras arrastrarme por media casa y meternos en una cocina inmensa, quedo en estado catatónico. Por un momento casi espero oír la sintonía de cabecera de La tribu de los Brady. ¡Pero si esta cocina tiene más años que yo!

–¿Qué pasa? –pregunta el Hulk histérico. Al oírle alzo la cara para mirarle bien y comprobar si se está burlando de mí o qué.

–¿Que qué pasa? ¿Pero es que no tienes ojos en la cara? – respondo señalando alrededor.

–¿Qué problema hay? –pregunta el muy atontado. *Tanto cuerpo y tan poco contenido...*

–Solo diré que tu jefe debe ser devoto de la virgen del puño. O eso o amante de las antigüedades.

–¿Mi jefe? –pregunta cruzándose de brazos y apoyándose en una nevera que parece ser lo único moderno de este sitio. Y con moderno me refiero a que tiene menos de un cuarto de siglo, claro.

–Claro, el dueño de este sitio. El tal O'hara –aclaro mientras no puedo dejar de mirar con cierto alivio la cocina de gas. Por un momento temí que la pobre Lupe tuviera que usar una fogata o algo por el estilo.

–Oh, venga... Sabes perfectamente quién soy, así que deja de disimular de una vez, ¿quieres? –Este hombre es idiota y sin remedio.

–Oye, lo único que sé de ti es que te llamas King, que eres un poco justito de mente y que gritas que da gusto. Aparte de eso... Lo siento por tu ego pero no, no sé quién diablos eres y ni ganas de saberlo.

–¡Venga ya...! ¡Pero si tengo cuatro anillos de la NFL! ¡Cuatro! – responde ofendido.

–Pues mira tú qué bien. Yo tengo unos cuantos del Bijou Brigitte y no por eso pretendo que la gente sepa quién soy, mira tú por dónde.

–Todo el mundo sabe quién es King O'hara.

–Bueno, pues todo el mundo menos una. ¿Contento?

Ya cansada de discutir con don ego herido, no dudo en apoyarme en una mesa de madera que hay frente a la nevera donde él sigue apoyado. Como si el descansar el cuerpo sobre una superficie medianamente cómoda permitiera que el riego sanguíneo llegara al fin a mi cansado cerebro, caigo en algo que ha dicho.

–Espera un momento. ¿Has dicho que te apellidas O'hara? – pregunto mientras ato cabos–. ¿Eres el hijo del dueño de este sitio?

–*Soy* el dueño de este sitio –corrige con un tono digno de la señorita Rottenmeier–. ¿De verdad no me conoces de nada? –insiste incrédulo.

–Que no...

–¿No conoces al que dicen ha sido uno de los mejores

quarterbacks de la historia del fútbol? –insiste pero en un tono ya más calmado.

–¿Qué es un quarterback? –pregunto.

–No sabes lo que es un quarterback –insiste y niego al oírle–. ¿Tú de qué planeta sales? ¿Es que no sabes nada de fútbol americano o qué?

–Oye... Si te alivia saberlo ni soy americana ni forofa de ningún deporte en especial. Así que no, ni sé lo que es un quarterback ni sé quién eres.

–No sabes quién soy... –repite como si le costara creerlo. Santa paciencia...

–Que no... –vuelvo a decir ya cansada–. Oye, ¿y querrías explicarme por qué diablos me has arrastrado a esta cocina? Porque presupongo que para alabar mi talento para ignorar tu existencia no ha sido.

–No, no. Claro que no –dice recomponiéndose y enderezándose como si quisiera dejar claro quién paga y quién tiene que obedecer. *La lleva clara...*

–¿Y? Estoy esperando –insisto haciendo lo mismo que él, dejándole claro que no pienso dar el brazo a torcer.

–Cena para tres. Primero, segundo y postre. ¿Puedes hacerlo o no?

–La cuestión no es que pueda, que puedo, sino que quiera. Y hasta ahora no tengo motivos para querer –digo con toda la arrogancia que hay en mí.

–¿Te parece poca motivación cien mil dólares? Porque te recuerdo que eso es lo que te he pagado.

–No, no –digo negando con el dedo–. Me has pagado para que arregle el problema que tienes con el ganado, no para cocinar. Así que repito: ¿qué motivos podría tener para ayudarte, eh?

–Porque te lo estoy ordenando –afirma con toda seguridad.
Bueno... Ya la tenemos liada.

–Mira, guapito de cara –digo remangándome las mangas sin acordarme de que no hay nada que remangar–, dejemos algo bien claro desde ahora. Si te crees que porque me has pagado un dineral voy a decir “sí, bwana” a todo lo que se te ocurra pedirme, es que eres idiota de remate.

–¡Eh! A mí no... –protesta.

–¡Eh! A callar que estoy hablando yo –interrumpo–. Me importa un comino que el resto del universo bese el suelo por el que pisas, pero ni pienses que yo haré lo mismo. Me importa una mierda que tengas no sé cuántos anillos de no sé qué deporte o que te bañes en dinero. Para mí se merece más respeto el cartero de mi pueblo que tú. Al menos de momento. Cuando me demuestres un nivel aceptable de educación y de respeto te corresponderé con la misma moneda, pero de momento... Ni se te ocurra tratarme como un trapo porque me

largo y aquí te quedas con tu ego y tus problemas. ¿Capisci? –remato quedando a escasos centímetros de él y con los brazos en jarra.

–¡Yee... haw! –se oye de repente acompañado de aplausos. Tanto el Hulk histérico como yo giramos de inmediato en busca del origen de los inesperados invitados.

–¿Quieres casarte conmigo? –*¿Pero a qué nido de psicópatas he venido?*

Madre mía... Si el Hulk histérico me parecía enorme, las dos moles que están bloqueando la puerta de la cocina son primos hermanos de la Cosa. Estos hacen pinta de desayunarse una vaca entera y sin despeinarse.

–Jamás creí vivir para ver a una mujer hablarle así al mariscal. Señora, me ha robado el corazón. Cásese conmigo y sálveme de su tiranía –dice con teatralidad el más “pequeño” de los dos mientras se acerca y me besa la mano. Aunque por un instante tengo miedo de que quiera zampársela, la verdad.

–¿Se puede saber qué mierda hacéis aquí? Quedamos a las siete y media –protesta Hulk.

–Bah, ¿y qué más da un rato antes? –contesta el otro mientras coge una manzana del frutero y se la zampa de un par de bocados.

En un plis me veo rodeada por tres moles sin saber muy bien cómo. Mientras los recién llegados me miran con cierta curiosidad, don histérico les mira como si quisiera fusilarlos.

–Eh, ¿no nos presentas? –pincha el más grandullón–. Si no lo haces tú lo haremos nosotros mismos, así que...

–Está bien, está bien... Ya veo que el día va empeorando por momentos... –protesta don histérico–. Estos son Steve y Will –dice señalando primero a uno y luego al otro con muy pocas ganas–. Ella es... Es... ¿Cómo demonios te llamas?

–Me llamo Candela –respondo mirando primero con sorna a Hulk y luego con una sonrisa a los otros dos–. Encantada de conocerlos.

–¿Por qué será que no me extraña...? –oigo murmurar con disimulo al idiota descerebrado de King.

–Un placer, Candela –contesta Will, el grandullón–. Por curiosidad, ¿de qué conoces a nuestro amigo King?

–Me ha contratado para... tratar al ganado –explico con cierta ambigüedad.

–¿Eres veterinaria entonces? –pregunta Steve.

–No exactamente. Digamos que soy más bien...

–Bueno, no sé vosotros pero yo tengo demasiadas cosas por hacer como para estar aquí de cháchara perdiendo el tiempo –interrumpe de repente Hulk–. Vosotros dos, a ayudarme en el despacho. Y tú –dice girándose y señalándome con el dedo– a preparar la cena, que para eso te pago.

–¿Vuelvo a recordarte mi cometido? Porque si eres tan cortito como para no entenderlo a la primera...

–¡Venga ya...! –explota sin importarle que tengamos público—. ¡¿De verdad te crees que me trago ese cuento de que hablas con las vacas?! ¡Ja! Ya que te he pagado voy a amortizar hasta el último penique de ese dinero.

–Pues espero que haya un buen servicio de comida a domicilio por aquí cerca, porque si esperas que mueva un solo sartén para alimentarte es que eres más tonto de lo que creía –afirmo cruzándome de brazos.

Un tenso silencio se apodera de la estancia. Mientras él me mira como si sus ojos fueran dos rayos láser –unos rayos láser muy bonitos ahora que me fijo–, yo le miro igual o peor.

–¿Hablas con las vacas? –pregunta Steve de repente.

–Y parece que con burros también –respondo sin apartar la mirada del Hulk histérico.

–Arpía –suelta de pronto.

–Imbécil –contraataco.

–Bueno... Nosotros si acaso vamos al pueblo a buscar algo de cenar... –oigo comentar a Will.

Aunque el muy cretino, prepotente, imbécil y desquiciado de King no se merezca ni un filete requemado, sus amigos no tienen porqué

pagar el pato por su culpa. Tirando de todo el aplomo adquirido durante años, respiro hondo y, no sin antes dedicarle una última mirada de *esto no se acaba aquí*, dirijo mi atención hacia Will y Steve.

–Tranquilos. Como vosotros sí que me habéis caído bien, ya prepararé la cena.

–No quisiéramos molestar, de verdad... –dice un apurado Will. No puedo más que sonreír ante el tierno gesto de su cara.

–No pasa nada. Una ensalada y... –De inmediato giro hacia el histérico–. Supongo que tienes filetes ¿no?

–Esto es un rancho texano. Por supuesto que hay filetes – responde enfurruñado.

–Visto lo visto no doy nada por sentado... –añado desviando la mirada de nuevo hacia los invitados–. Bien, dadme media hora y estará lista.

–¿Necesitas ayuda? En esto de cocinar tenemos dos manos izquierdas, pero haríamos lo posible...

–Oh no, de verdad. Cocino mejor a solas. Gracias.

–Sí, claro, así puede buscar el arsénico sin testigos... –oigo a King murmurar tras de mí.

–Créeme, como no cierres el pico y te largues de aquí en diez segundos te aseguro que eso será lo más saludable que te ponga.

–Bruja –susurra en mi oído al pasar por mi lado.

–Uhhh... –respondo.

Según salen por la puerta no puedo evitar apoyarme en la encimera y respirar hondo. *¿Pero qué me pasa?* Normalmente soy una persona amable, centrada... Vale, soy algo irónica, pero ha sido llegar a este sitio y... Mentira. Ha sido tropezarme con ese cretino. Madre mía, reúne todo lo que me desquicia en una persona. Prepotente, egocéntrico, maleducado... Menuda joya, el amigo.

¿A esto llaman filetes aquí? Joder... ¡¿Pero qué le dan de comer aquí al ganado?! La mujer de Ramón debió suponer que habría invitados hoy que ya había dejado en la nevera una bandeja con unos filetes que, sin exagerar, pesan cada uno lo mismo que un brazo mío. Me cuesta sangre, sudor y lágrimas llegar con la bandeja sin desmontarme yo por el camino. Bueno, al menos no tengo que cortarlos. Liaría un desastre peor que La matanza de Texas. Sin querer me da la risa tonta. Debo estar demasiado cansada que hasta empiezo a ver el lado cómico a todo esto. Sí, no creo que sea muy recomendable meterse la panzada de horas de vuelo que me he metido y rematar con don Ego herido, sus sacrosantos anillos y luego los filetes mutantes. ¡Ah! Y sin olvidar a la versión gigante de Zipi y Zape. El caso es que tienen su punto... Hasta el tal King, oye. ¿Pero qué digo...? Desvarío. Sí. Necesito una cama con urgencia.

Media hora de reloj es lo que tardo en tener una ensalada digna de una familia de veinte conejos, los tres filetes tamaño Godzilla y de remate y para que no se diga, una tarta de manzana con base de hojaldre. *¡Toma ya, cretino!* Quizás sepa a diablos por el sueño que tengo, pero oye, nunca prometí que supiera bien, ¿no? Como mucho

no matar a nadie.

–Ya pasó la media hora. ¿Está ya la cena o tengo que meter mano yo? –oigo de repente.

–¿A qué vas a meter mano? –pregunto casi con espanto. *Lo que me faltaría...*

–A tí no, desde luego –responde con sorna el muy cretino–. Ah, ya veo que está listo –comenta ojeando todo y cogiendo un tomate cherry de la ensaladera.

–Cuando digo algo lo cumplo. Siempre –recalco como advertencia–. Y ahora haz algo útil y llévate todo esto a donde sea que vayas a cenar con ellos.

–¡¿Yo?! –dice con espanto. ¡Ni que le haya dicho una locura, oye!

–No, el vecino –respondo con ironía–. ¡Pues claro! ¿O es que encima pretendes que la sirva yo?

–Pues claro. Te pago para ello.

–Tú tienes un problema de sordera, ¿verdad?

–Mi oído está perfecto, gracias –responde cruzándose de brazos y apoyándose en la mesa.

–Pues entonces es peor de lo que pensaba: sencillamente eres corto de entendederas.

Como ya me noto al límite de mis fuerzas por hoy, opto por no

discutir más y ceder a medias. *Todo sea por una ducha y una cama.*

–Lo llevamos los dos y eso es todo. Vosotros os servís y recogéis.

–Me parece justo –concede.

–¡Aleluya! Aún hay esperanzas para tí –ironizo cogiendo la ensaladera.

–No te confíes...

Mientras le sigo no puedo dejar de admirarle por dos cosas. La primera es por la facilidad con la que lleva la bandeja con toda la carne. ¡Con una sola mano, oye! La segunda y la que más rabia me da es por lo bien que tiene la retaguardia. *Lo bueno que está y lo imbécil que es...*

–¿Vas a seguir mirándome el culo? –pregunta de repente y sin ni siquiera girar.

–Para empezar no te miraba el culo –o al menos no exclusivamente–, y además no tengo la culpa de que seas más alto que yo –intento justificarme.

–Es que casi toda la población adulta es más alta que tú, por si no lo has notado –pincha.

–Eres consciente de que vas a cenar algo que he cocinado yo, ¿verdad? –contraataco.

–No me lo recuerdes...

Ya en silencio tras el breve intercambio de... opiniones, entramos en el comedor. No puedo contener un resoplido al ver la decoración. *Tanto dinero y tan mal gusto, madre mía...*

–¿Algún problema? –pregunta con cierta ironía.

–Para mí no, seguro –respondo poniendo la ensaladera en la mesa.

Con agrado veo que Zipi y Zape ya han puesto la mesa ¿para cuatro? ¿Me he perdido algo?

–¿Viene alguien más? –pregunto a Will.

–No, ¿por qué?

–A ver, vale que abultáis cada uno por dos personas, pero eso no justifica que pongáis cuatro servicios cuando sois tres bocas.

Ante mi alegato, tanto él como Steve rompen a reír. *Joder, están peor de lo que creía de la cabeza...*

–¿Sabes? Nos gustas –dice con sinceridad–. Y no, no viene nadie más. Pensamos que harías el honor de cenar con nosotros y contarnos un poco más sobre tí y lo que haces con las vacas.

–¿Alguien ha pensado por casualidad que ésta es mi casa? –interrumpe el puñetero King.

–Como para olvidarlo... –respondo.

–Venga, mariscal... No nos condenes a la triste soledad –añade

un teatral Steve.

–¿Desde cuándo están tres en soledad? –replica King.

–Desde que tú y Will sois dos de los tres –afirma Steve con rotundidad para ofensa de Will y King.

–Bueno, parte de razón tiene el chaval –concede Will.

–Vuestra opinión no cuenta –sentencia King.

–Ni la tuya –interrumpo provocando que tres pares de ceños fruncidos me miren–. A ver, agradezco el detalle, de verdad, pero para mí es ya como la una de la madrugada y llevo despierta más de veinte horas. Solo me apetece una ducha e irme a descansar. Lo siento.

–Oh, vaya. No lo sabíamos, de verdad –dice con sincero pesar Steve.

–¿Y tú por qué haces trabajar después de semejante ajetreo a la pobre chica? –recremina Will a King.

–¡¿Y cómo narices quieres que lo supiera, eh?! –se defiende enderezándose y separándose de la chimenea donde permanecía apoyado. Al oírle no puedo evitar mirarle lanzando fuego por los ojos.

–No sé... Quizás que viniera del aeropuerto cargando con un par de maletas te pudiera dar alguna pista, ¿no crees? ¿O es que aquí tenéis por costumbre llevar maletas a comprar el pan? –azuzo cruzándome de brazos delante suyo para su irritación.

–¿Sabes? No hace ni un par de horas que te conozco y empiezo a

tener ganas de perderte de vista.

–Sentimiento mutuo –chasqueo–. Dime dónde dormiré y créeme que estaremos al menos doce horas contentos los dos.

–Yo qué se... Elige un dormitorio de los que hay. ¡Será por dormitorios en esta casa! –dice exasperado.

Ni me lo pienso. Tras despedirme con afecto de Will y Steve y de un educado buenas noches a don histérico, subo la escalera como un perro cazador en busca de una liebre. A la mierda los formalismos. ¡Yo quiero una bendita cama!

Tras cotillear un par de cuartos encuentro uno que me llama a gritos. Fue abrir la puerta, ver una cama enorme y tirarme casi en plancha. *Oh, qué gusto...* Estoy tan agotada que, por una vez y sin que sirva de precedente, paso de mi sagrada ducha. *Justo como me gustan los colchones... Y lo bien que huele, por favor...*, murmuro mientras me voy arrellanando cada vez más y frotando como un gatito.

Una cosa debo concederle al histérico. La decoración de la casa será un desastre, pero a la hora de elegir colchones... Este hombre sabe lo que se hace.

CAPITULO TRES

¡¿Pero qué mierda es eso?! Del porrazo contra el suelo que me doy me despierto al instante. ¡*Maldita la hora en que vine a este sitio!* Como puedo me aparto el pelo de la cara para ver qué diablos es lo que suena como... ¿AC/ DC? ¿Pero por qué narices estoy oyendo Thunderstruck ahora?

Cuando consigo enfocar un poco la vista me llevo tal susto que el corazón parece querer salir corriendo hasta la otra punta del mundo.

–¿Y tú qué haces en mi cama?! –grito desde el suelo mientras lucho por desenredar los pies de la sábana.

–Dormir. Y no es *tu* cama. Es *mi* cama.

–¡Pues claro que es tu cama! Me refiero a ésta en concreto – explico algo más calmada, es decir, con menos de doscientas pulsaciones.

–A ver si nos entendemos. Eres tú quien se ha metido en *mi* cama. Mi cuarto. Mi cama. ¿Lo pillas? –Al oírle hecho una pequeña ojeada alrededor.

Ops. Pues va a ser verdad... Sin duda que haya objetos personales suyos por todas partes confirman su versión, pero así sea...

–Vale, de acuerdo. Por el cansancio que tenía ni me paré a mirar nada que no fuera la cama, pero eso no explica el porqué te acostaste si viste que ya estaba yo.

Sin ninguna vergüenza se levanta y se estira cuan grande es. ¡Pero si está en pelotas! Roja como una amapola desvió la mirada mientras me tapo la cara con disimulo.

–¿Te importaría taparte?

–Pues sí –responde sin dudar–. Esto era lo que buscabas, ¿no? Pues ya lo tienes.

–¡¿Qué insinúas?! –pregunto ofendida ya sin rastro de vergüenza.

–No disimules, ¿vale? Desde que nos conocimos no has parado de escanearme de arriba a abajo. Lo comprendo, de verdad, pero meterte en mi cama... Eso ya fue el colmo.

–¡¿Pero serás cretino?! –exclamo furiosa.

–Cretino o no, no soy yo quien se va metiendo en camas ajenas a ver qué cae –tiene el descaro de contestar mientras se mete en el cuarto de baño.

–¿Pero de verdad te crees que busco algo contigo? –Al ver su cara en el espejo no puedo más que soltar una carcajada–. Oye... De acuerdo, admito que tienes muy buen cuerpo, pero eso no compensa el resto, créeme.

Aprovecho su ausencia para vestirme a toda prisa y poder salir de aquí lo antes posible, pero justo cuando estoy sentada en la cama calzándome los zapatos, una sombra grande y amenazante bloquea la aún sutil luz del sol.

–¿Y qué se supone que tengo que compensar, según tú? – pregunta en un tono diplomáticamente amenazante.

–Pfff... Créeme, la lista sería demasia... –al alzar la vista quedo muda. Literalmente.

¡La madre que lo parió! ¡Pero si sigue desnudo! Al incorporarme me doy de bruces con su...pepperoni. Yo no sé si eso es normal aquí o no, pero desde luego digno de estudio es. Lo malo es que está tan cerca que no puedo levantarme, lo cual ahora mismo no sé si es una desgracia o un bendición, sinceramente.

–¿Pero cuánto mide? –me oigo preguntar. De inmediato me noto arder de la vergüenza. ¡¿Pero dónde diablos está mi sentido común?!

–Uno noventa y ocho, si te refieres a mi altura. Si te refieres a otras partes... Lo siento por ti pero no tengo por costumbre medirme. ¿Quieres hacerlo tú? –pregunta con cierta sorna.

Mi bochorno debe ser tal que, milagrosamente, se apiada y se aparta lo suficiente para que pueda levantarme y poner distancia entre ambos. Por desgracia para mi salud mental casi ha sido peor el remedio que la enfermedad. *Dios, es más tentador que unos churros con chocolate un domingo por la mañana.*

–No, gracias. Dejo ese... placer a otras. –Al escucharme no duda en hacer una leve reverencia burlona, casi como si le divirtiera el provocarme—. Eres un imbécil, ¿lo sabías?

–Nada como unos agradables halagos para comenzar bien el día – chasquea en respuesta.

Mientras recojo a toda prisa mis cosas personales de la mesilla de noche, no dejo de maldecir la hora en que me dejé liar. *Ya sabía yo que no podía ser tan fácil...* Si no quiero volverme loca o acabar condenada por asesinato en primer grado, será mejor que empiece cuanto antes con mi trabajo, pero para ello...

–Si quieres halagos dime dónde están las vacas que debo tratar. Cuanto antes empiece antes me iré y antes seremos felices.

Mientras yo hablaba, él iba sacando una camiseta del armario, dejándome una excelente vista de su parte trasera. O tiene alma de exhibicionista o cree que estoy más ciega que un topo albino. Intento no mirar pero es que los ojos se me van solos. Desde los grandes hombros hasta los firmes pies, pasando por la musculada espalda y largas y firmes piernas. ¡Pero si hasta sus tendones de Aquiles son atractivos! ¡Es injusto!

–¿Sabes qué? Sé que no eres más que una charlatana que ha conseguido que le pague una fortuna. Mi dilema es... ¿te dejo acercarte a mi ganado y ver hasta dónde llegas, o te hago trabajar realmente hasta amortizar lo pagado? ¿Tú qué harías en mi lugar? – pregunta mientras finge rascarse la incipiente barba.

–Suicidarme –suelto sin pensarlo mucho.

Por un instante estoy tentada de mandarle a paseo y decirle que me voy. Al fin y al cabo, si no confía en mí no tendría mucho sentido continuar. Sin embargo, mi modo de ser y, sobre todo, mi amor por mis amigas de cuatro patas, me obligan moralmente a intentarlo.

–Yo lo veo de esta manera. Tienes un problema, más de uno de hecho pero eso es otro tema. La cuestión es que, aunque no lo creas, soy la única persona capacitada para arreglarlo. Permíteme intentarlo. Al fin y al cabo no pierdes nada –argumento mientras permanezco de pie frente a él.

Es... extraño. Ambos estamos en medio del dormitorio, él totalmente desnudo y yo vestida, pero tengo la extraña impresión de que él, por ser quien en teoría tendría que sentirse más vulnerable, es quien realmente se siente plenamente seguro de sí mismo. Al contrario que yo.

–Muy bien. Podrás acercarte a mi ganado –concede mientras se acerca a escasos centímetros de mí–. Pero escúchame bien, porque no volveré a repetirlo. Si tengo el más mínimo indicio de que eres una estafadora, no me temblará el pulso a la hora de sacarte de aquí a rastras. Ramón confía en ti y yo en él. No le defraudes –advierte. Al oír lo último no puedo evitar sonreír.

–Ramón es hermano de alguien a quien quiero como una madre. Nunca, jamás, le perjudicaría. Ni a él, ni a ella.

–Tenlo bien presente, pues. Espérame en la entrada y en veinte minutos te llevaré con él. Eso a no ser que prefieras seguir disfrutando las vistas, claro está –dice aludiendo claramente a que continúa con todo al aire.

–Gracias pero no, gracias –miento descaradamente. Si por mí fuera me pasaría la vida mirándole tal cual está. Al ver su sonrisa sé de inmediato que me ha descubierto.

–Si tú lo dices... Te aviso que no tendrás otra oportunidad, encanto. –Arggg... Ya la tenemos.

–Me llamo Candela, no encanto –corrijo mientras echo chispas por los ojos.

–Oh, ¿no te gusta que te llame encanto? De acuerdo, lo dejaremos en... Candy. Sí, Candy también te pega.

–Ni se te ocurra llamarme Candy –amenazo ya desde la puerta del dormitorio. Bueno, todo lo que puedo amenazar a alguien que me saca casi medio metro y unos treinta kilos de pura fibra, claro.

–Pero encanto, ¿por qué no puedo llamarte Candy? ¿Acaso no eres todo dulzura, suavidad...? –ironiza.

Antes de salir no puedo evitar hacerle un gesto con los dedos. Si Concha me viera me castigaría como a una niña pequeña. Él por su parte no duda en soltar una carcajada que resuena en el pasillo.

–¡Muy bien, Candy! ¡Hasta ahora, encanto! –le oigo seguir pinchando. *Imbécil...*

Bajo la escalera de noble madera despotricando como un camionero. *Será cretino, el imbécil éste...*

–Uf, espero que no sea por nosotros –oigo de repente. Iba tan concentrada lanzando insultos a diestro y siniestro que ni me dí cuenta de que Will y Steve estaban justo al final de la escalera.

–No... Lo siento, normalmente no suelo ser así, es que... –me

disculpo.

–A ver si adivinamos. El mariscal te pone de los nervios, ¿cierto?
–dice un sonriente Steve.

–Decir eso es ser demasiado generoso –afirmo.

–La verdad es que es bastante complicado tratar con él. Más aún cuando estamos en plena temporada –añade un cabal Will.

–No... Lo suyo creo que es de nacimiento –comento más pensando en voz alta que respondiendo, lo que provoca la risa de ambos.

–Reitero lo de anoche. Me gustas –dice Steve.

–Y a mí. Da gusto ver una mujer que no cae redonda a sus pies –confiesa Will.

–Creedme, la única manera de que hiciera eso sería dándome un buen porrazo en la cabeza. Y aún así, lo dudo mucho –afirmo.

Desde la cocina aparece un sonriente Ramón. Empiezo a pensar que esta casa es como el camarote de los hermanos Marx. Al verme no duda en mirarme extrañado.

–Pero criatura, ¿qué haces con las maletas a cuestas y con la misma ropa de ayer? –pregunta.

–Larga historia. Ahora lo importante es... ¿Puedes decirme dónde dormiré? He quedado con tu jefe en veinte minutos y quisiera refrescarme primero.

–Eh... sí. Ibas a quedarte en la casa de invitados pero ayer se rompió una tubería y tendrás que hospedarte en esta casa. Ven, te enseño dónde estará tu cuarto –dice cogiendo mis maletas y subiendo de nuevo la escalera.

Al verle subir respiro resignada, lo cual no pasa inadvertido para Zipi y Zape.

–Va, ánimos. El jefe es fiero pero no muerde –dice Will intentando animarme.

–Por cierto, en unos días daré una fiesta. Estás invitada y no acepto un no –añade Steve con seriedad.

–Bueno, si me lo dices así... –respondo sonriendo.

Tras despedirme de ellos subo corriendo para no perder a Ramón, que no quisiera despistarme de nuevo y volver a meterme en donde no debo. *O sí, depende de la ropa que lleve...*, pienso en un momento de locura.

Al abrir una puerta me guía al interior de un dormitorio bastante grande. Bueno, no está mal. La decoración vuelve a ser digna de Los Brady pero oye, al menos está limpia.

Como apenas tengo tiempo me doy, creo, la ducha más rápida de la historia de la Humanidad. En apenas diez minutos he conseguido sacar ropa limpia de la maleta, desvestirme, ducharme, volver a vestirme, peinarme e, incluso, ponerme un poco de maquillaje para disimular las ojeras que llevo. ¡De récord mundial, oye!

Voy bajando la escalera con aire triunfal cuando, de repente, quedo tan asombrada que casi me desnucó por mirón. ¿En Texas no hay ninguna ley que prohíba que una maldita camisa de cuadros sienta así de bien? Debo tomarme unos segundos para poder tragar saliva y bajar mis revolucionadas pulsaciones. Mientras, le hago tal escáner visual que dudo mucho que en una radiografía le miren con tanto detalle. Está apoyado en una pared mirando algo en su teléfono, y no entiendo cómo una cara de concentración puede resultarme tan sexy. Algo de lo que lee debe contrariarlo que no duda en fruncir el ceño, y ese simple gesto casi me hace desmayar.

–¿Vas a seguir repasándome? Porque no te he pagado para ello – dice sin apartar la vista del teléfono.

–Ya que tu físico es lo único aprovechable que tienes, no entiendo por qué te molesta –respondo a la defensiva.

–Tan agradable como recordaba... Vamos, encanto, unas cuantas vacas te esperan –dice abriendo la puerta y cogiendo un sombrero de una mesilla.

–Que no me llames encanto –protesto mientras le sigo a duras penas.

–Lo que digas, Candy.

Sin casi dejarme coger aire se enfila a toda prisa hacia lo que presupongo son las cuerdas. Bueno, a decir verdad no es que vaya tan rápido, lo que pasa es que un paso suyo son casi tres míos. ¿Pero a dónde me lleva este hombre?

–¿Están muy lejos? –pregunto medio asfixiada.

–¿Ya estás cansada? –pregunta con sorna.

–Por si no te has dado cuenta, un paso tuyo son tres míos. ¿Tú que crees? –respondo.

–Que eres paticorta y que estás en baja forma.

–¡¿Serás cretino?! –protesto con el poco aliento que me queda. Al oírme se para de repente y se gira, cruzando los brazos a la altura del pecho.

–¿Vas a seguir insultándome? –pregunta alzando una ceja. Quiero protestar pero me falta el aliento—. ¿Qué pasa, que no puedes caminar unos metros sin asfixiarte?

–¡Pero si ibas corriendo! –protesto ya algo recuperada. De una zancada recorre la distancia que nos separaba, quedando a escasos centímetros de mí.

–Encanto, si corriera créeme que te enterarías.

–Bueno, pues lo creas o no ibas caminando demasiado rápido –afirmo con los brazos en jarra.

–¿No será que tú caminas demasiado despacio?

–A ver, ¿y cómo narices quieres que camine después de estar casi veinte horas sin parar, dormir apenas seis, tener solo diez minutos para adecentarme y llevar un día entero sin comer casi nada? ¡¿Quién te crees que soy, Wonder Woman?!

–¿Por qué diablos llevas tanto tiempo sin comer, si se puede saber? –pregunta con una calma escalofriante.

–La comida del avión era un asco, anoche estaba demasiado cansada como para comer nada y esta mañana apenas tuve tiempo de darme una ducha. ¿Satisfecho?

Al oírme respira hondo, como si intentara controlar su respuesta. En mal momento mi estómago decide dar su sonora opinión con tal rugido que ni el león de la Metro. Él no duda en mirarme con sorna.

–¿Qué pasa, que a tí no te ruge nunca el estómago?

–No.

Sin decir ni mu me agarra del brazo, da media vuelta y me lleva casi a rastras hasta una furgoneta enorme que hay aparcada en la puerta de la casa. Voy protestando pero me ignora por completo. Solo cuando ya estoy sentada y con el cinturón puesto parece dispuesto a responderme.

–Regla número uno, encanto: nunca salgas de casa sin desayunar. –Y sin más cierra la puerta de un portazo.

Mientras avanza hacia no sé dónde intento aparentar que sigo molesta, aunque, a decir verdad, siento un calorcito muy agradable al saber que se preocupa por mí. No soy idiota y doy por sentado que se preocuparía igual por cualquier bicho viviente que llevara casi un día sin comer, pero oye, da gustirrinín.

–Come –dice de repente dándome de malos modos una bolsa de

papel sin apartar la vista de la carretera.

Al abrirla veo un sándwich que, la verdad, si intentara darle una mordida tal cual estoy segura de que me dislocaría la mandíbula. Eso como poco.

–Eh... Gracias... Supongo –digo mientras intento hallar la forma de comer y salir ilesa.

–¿Ahora con remilgos? –pregunta mientras aparca cerca de una nave gigantesca.

–No, no. Lo que pasa es que aún no sé cómo narices comerlo sin lesionarme la mandíbula.

Al oírme creo que comprende el problema y, ante mi atónita mirada, no duda en robarme el bocadillo y presionarlo entre sus manos. Quedo boquiabierta al ver cómo un sándwich de cuatro centímetros de grosor pasa a ser poco más que un folio.

–Arreglado. ¿La señora marquesa tiene algún problema más o ya está lista para comer de una jodida vez?

–Eres muy desagradable, ¿lo sabes? –digo antes de morder con gusto el bocadillo–. Mmm... Que sepas que esta vez te perdono por lo bueno que está esto.

Al oírme y verme devorar sin finuras no puede evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

Me es imposible no observar el cambio que experimentan sus

facciones al reír. Es como ver amanecer. Sus rasgos duros y firmes se relajan de tal forma que es como si se quitara diez años de un plumazo.

–¿Cuántos años tienes? –me oigo preguntar.

–Treinta y cinco, ¿por? –pregunta aún relajado pero recobrando la típica careta de no-me-busques-las-cosquillas que parece acompañarle siempre.

–Porque deberías reír más a menudo.

Continúo comiendo mientras permanecemos en silencio. Él se dedica a mirar por la ventana, pensativo, mientras yo, entre mordida y mordida, no puedo evitar mirarle de reojo. *¿Qué escondes ahí dentro, King O'hara?*

Cuando acabo de comer me siento en la gloria. Uf... Qué hambre tenía, por favor... Él no duda en ofrecerme beber del termo del cual iba dando sorbos de vez en cuando. Al verme titubear un instante me hace un gesto silencioso con la mirada, casi retándome.

–Gracias –digo cogiendo el termo de sus manos.

El beber justo donde él lo ha estado haciendo me parece un gesto muy íntimo, y tonta de mí, doy un trago la mar de a gusto. Mala decisión. Un ataque de tos casi me hace echar el bocadillo que tan a gusto me he zampado.

–¡¿Pero qué es esto?! –digo al recuperarme de ese mata ratas.

–Café, encanto –responde con una sonrisa ladeada.

–Ah no... Eso ni es café ni es nada apto para el consumo humano, eso seguro. ¡Puag, qué asco! –protesto mientras busco agua por todas partes.

–Será que no soy humano, pues –dice con sorna.

–Oh, mis dudas tengo, créeme. Nadie en su sano juicio se bebe eso por voluntad propia –protesto mientras le veo bajar y venir a abrirme la puerta.

–Baja, anda. Empecemos a amortizar el dineral que te he pagado.

–Sí, sí... Mucho amortizar pero te bebes esa... cosa. A saber qué lleva... –protesto mientras bajo y le sigo.

CAPITULO CUATRO

Oh... Qué monadas... Me derrito al ver dónde me ha traído. La nave está llena de cabezas de ganado que, pulcramente colocadas, disfrutan de un nutritivo desayuno. Él se limita a seguir el camino, mientras yo no sé a dónde mirar por las bellezas que veo.

A ver, vale, ya sé que para cualquier mortal una vaca es una vaca y punto, pero me confieso enamorada de ellas. No sé, quizás en otra vida fui hindú. Esos ojitos, y la forma en que sacan la lengua para limpiarse el morro, y los andares... Ay.

Cuando King se para veo que lo hace junto a cuatro que permanecen apartadas. La estampa me recuerda a cuando en el colegio te portabas mal y te separaban del grupo. La cara de desespero que tiene King me hace sonreír.

–Estas son las rebeldes –dice casi acusatorio.

–¡No les digas eso! –le corrijo–. Siempre hay un porqué para cada comportamiento.

–Si tú lo dices... –murmura.

–Oh... Qué guapas que sois, ¿eh? –digo dirigiéndome al cuarteto de bellezas rumiantes.

–Son unas arpías. Se niegan a que las fecunden, a que las monten, a... ¿Oye me estás escuchando? –pregunta.

–Que sí, que sí... –respondo sin mirarle–. Sois unas bellezas, y

seguro que tenéis a los toros locos con esas caderas tan hermosas. ¡Qué andares que tendréis! –afirmo mientras voy acariciándolas tan plácidamente.

–Esto es increíble. ¡Me ignoran por unas vacas! ¡Lo que hay que ver! –le oigo protestar.

–Te estoy escuchando, no seas egocéntrico –contesto ya alejándome de mis nuevas amigas–. ¿Y bien? ¿Qué problema quieres que solucione? A mí me parecen una maravilla –afirmo mientras vamos saliendo al aire libre pero teniendo a la vista el box donde permanecen.

La verdad es que son una maravilla. Son cuatro hermosuras, dos de pelaje rojizo, otra rubia como el trigo y negra como el azabache la otra. Oh... Es que son para comérselas... Metafóricamente hablando, espero.

–La de la izquierda casi le arranca un brazo a uno de mis hombres cuando intentaba ayudar a fecundarla. Las de su lado hicieron que al ayudante de Ramón le tuvieran que dar diez puntos en una pierna, y la negra es la peor. Ni siquiera deja que ninguno de los veterinarios se le acerque a menos de diez metros –explica apoyado en una valla.

–Caray, sí que tienen genio –respondo aguantando una sonrisa por el tono de desespero que tiene–. ¿Y por qué tanta insistencia en fecundarlas? Quiero decir... ¿Qué te supone el que no se dejen? He visto que tienes muchas cabezas. Por unas que no se dejen...

–Esas arpías que ves ahí tienen el mejor pedigrí de todo el país, y da la casualidad que también tenemos al toro con el pedigrí más brillante que hay. Cada ternero podría valer una auténtica fortuna.

–Así que todo es por una cuestión puramente monetaria – reflexiono algo decepcionada.

–Ahora mismo ya casi es una cuestión personal. Llevamos meses intentándolo de todas las formas habidas y por haber pero no hay manera de que se dejen.

–Comprendo... Así que pretendes que ayude a que tus veterinarios puedan fecundarlas. ¿Correcto?

–Eso pretende Ramón –responde con cierta ambigüedad. Al escucharle aparto la mirada del box y le miro con curiosidad.

–¿Y tú? ¿Qué esperas de mí, King?

Nuestras miradas se cruzan por primera vez en este rato. El sol ya está alcanzando la plenitud del mediodía y, aunque estamos a inicios de otoño, aún se nota el calor. Él se limita a estudiarme con la mirada. Yo mientras aprovecho para hacer lo mismo. Barba de dos días, nariz romana, mentón firme...

–Amortizar lo pagado –dice sin mucha convicción.

–¿Sabes que sé que mientes, verdad? –digo para sorpresa de ambos.

Justo cuando iba a replicarme, unos animosos Will y Steve,

acompañados por Ramón y otro hombre, se nos acercan en tromba. *Caray, aquí parece que ser mujer es casi un milagro*, pienso mientras Zipi y Zape no dudan en saludarme con toda familiaridad.

–¿Has descansado? –pregunta Will fingiendo que no nos hemos visto hoy.

–¿Has madrugado mucho? Nosotros nos levantamos pronto pero ya no te vimos por la casa –interroga Steve.

–Sí y sí –respondo a ambos sonriendo–. Había quedado con King para ver el ganado y ponernos de acuerdo en unas cosas –miento.

–Eso me suena a que te ha arrastrado hasta aquí a unas horas poco decentes para una dama –replica Steve.

–¿Te recuerdo que estás en mi casa? –responde un ofendido King.

–Vamos, mariscal... Todos sabemos que eres como una máquina. Eres el Terminator del trabajo –bromea un sonriente Steve.

Todos estamos en círculo, pero me llama la atención la respuesta física de King con el desconocido. Por las pintas parece que también trabaja aquí pero no como un operario más. Demasiado limpio para ser vaquero pero demasiado sucio para ser de una oficina. No es tan grande como King ni mucho menos como Will y Steve. Es algo más bajo y más fino, pero se adivina perfectamente que está en forma. Corredor. Hace pinta de correr.

–¿No nos presentas, King? –dice el desconocido.

–Claro –responde no con mucho entusiasmo–. Candela, él es Rick Hamilton, uno de los veterinarios. Rick, ella es Candela, una asesora temporal.

¿Son cosas mías o hay cierta tensión en el ambiente? Con disimulo observo a todos los presentes y salta a la vista que todos están un poco tensos. *¿Qué pasa aquí?*

La conversación transcurre con aparente normalidad, pero no sé porqué siento que King no está del todo cómodo con el tal Rick. Por su parte, Steve y Will parecen relajados pero les veo ciertas miradas de expectación. Ramón directamente no deja de mirarnos a King, a Rick y a mí. Además me hace gracia ver que tiene la misma costumbre que su herm...

–¡Mierda, Concha! –suelto de pronto. De inmediato se hace el silencio y cinco pares de ojos se clavan en mí. *Genial, ahora creerán, más aún si cabe, que estoy pirada*–. Perdón, es que me acabo de acordar de que tengo que llamar a alguien.

–Ven conmigo si quieres y, mientras te enseño un poco todo, te digo desde dónde puedes llamarla –dice un amable Ramón.

–Eh... Sí, gracias –digo acercándome a él.

–¿Quieres comer conmigo?–pregunta de repente el tal Rick. Mi respuesta es alzar una ceja, preguntando sin preguntar–. No tengo planes, eres nueva...

–Y ya ha quedado. Lo siento por tí –interrumpe King con muy poca, por no decir ninguna, cordialidad. *Caray, ¿me he perdido algo?*

Por un instante estoy tentada de mandarlos a todos a la porra, pero como presiento que hay algo detrás de estas actitudes y si hay que me caracteriza es la curiosidad, decido seguirle la corriente a don ego herido y ver qué descubro. En el peor de los casos acabaremos en la comisaría, pero oye, si con ello desvelo el misterio...

Tras despedirme de todos los presentes me marchó con Ramón. *Al fin una persona medianamente cuerda, menos mal*, pienso mientras me va explicando un poco todo el funcionamiento del rancho.

Debo confesar que me sorprende gratamente ver lo bien organizado que llevan el rancho. Pasamos largo rato recorriendo las zonas más importantes, y me maravillo de las instalaciones que tienen. Según me cuenta Ramón, King está pendiente de todo pero, debido a su carrera deportiva, debe limitar mucho los trabajos físicos que realiza. También me comenta que esta semana no hay partido y que por eso King está por aquí.

Es ya casi la hora de comer cuando al fin llego a la casa. Mientras subo la escalera de la entrada voy pensando qué comer. Digo yo que, como Lupe no estará hasta pasado mañana, lo más lógico que puedo hacer es encargarme de la cocina. Al fin y al cabo tanto me da hacer comida para uno que para dos... o cuatro, porque con lo que engulle el amig...

—¡Eh...! —grito. Justo cuando fui a abrir la puerta, alguien se me adelantó desde dentro y del tirón me hizo volar hacia delante, aterrizando justamente en los brazos de Hulk.

Caray con don ego herido... Está como una piedra. Tardo un par de segundos más de la cuenta en recuperarme y ponerme en pie, pero es que a ver quién es la guapa que no aprovecha para disfrutar, aunque sea por unos segundos, de tal Adonis.

–No creí que te me lanzaras a los brazos tan rápido. ¿No tuviste suficiente con lo de esta mañana? –¿Se está riendo de mí?

Cuando voy a decirle cuatro verdades oigo un par de risas contenidas. De inmediato me noto la cara arder y, sinceramente, ya no sé si de rabia o de vergüenza. Al darme cuenta de que no estamos solos y adivinar la sombra de sonrisa en sus ojos, opto por la dulce venganza.

–Me supo a poco, la verdad. Quiero pensar que era porque estabas cansado... No sé... –digo haciéndome la ilusa. *Si querías juego ahí lo tienes, imbécil!*

Quien debe sofocar la risa ahora soy yo. Si los ojos mataran... Oh, oh. Está sonriendo... Mala señal. Si King O'hara me está sonriendo no creo que sea por nada bueno...

–Todo sea por tu felicidad, encanto.

Ay madre que me tiemblan hasta las muelas. ¿Me va a besar? ¿Va a besarme? ¡Ay dios, que me besa! Como a cámara lenta su cabeza baja hasta la mía. Si me tomaran ahora mismo el pulso me cargaría el aparatejo seguro. Mmm... Su aliento huele a menta. Me encanta.

Apenas posa sus labios sobre los míos que ya me noto el cuerpo como si fuera de mantequilla. Ahora mismo siento mi boca como una

flor abriéndose en primavera al recibir los primeros rayos de sol. Él mismo debe sorprenderse de mi reacción que continúa indagando.

Exploramos la boca del otro en calma, deleitándonos, tentándonos, lo que provoca que nuestras manos comiencen a explorar por su cuenta. Las mías, en sus hombros y cuello, y las suyas, grandes y fuertes, abarcando toda mi espalda, desde la cabeza hasta el mismísimo trasero. Lo que comienza como un cruce de dardos envenenados ha acabado con un beso que, al menos a mí, me está sacudiendo como no creí posible.

Tan concentrados estamos en este... reconocimiento, que solo el chasquido de la puerta al cerrarse nos hace volver a la realidad. Poco a poco nuestros cerebros se van haciendo con las riendas de nuestras neuronas recalentadas y vamos siendo conscientes de lo que acabamos de hacer. Tierra trágame y sin masticar.

–Caray... –susurra.

–Caray... –respondo.

–Para ser una arpía deslenguada no besas nada mal, no –dice intentando recobrar el tono que parece habitual entre nosotros.

–Ni tú por ser un cretino prepotente –replico. Una mueca que parece una leve, pero muy leve, sonrisa se dibuja en sus labios.

–¿Dónde ibas con tanto ímpetu? –pregunta mientras, ya a una distancia neutral, nos recolocamos discretamente.

–Pues... Buena pregunta –dudo-. ¡Ah sí! Iba a hacer algo para

comer. ¿Quieres o ya lo tienes solucionado?

–¿Cómo? –pregunta extrañado.

–Pues eso. Alimentos. Cocinar. Comer. ¿Te suena?

–Eh... Sí, pero hoy como fuera –responde extrañado–. ¿Qué pasa aquí? ¿Anoche te lo tuve que ordenar y hoy lo haces voluntariamente? O mucho te impresioné esta mañana o es que planeas asesinarme.

–¿Y no has pensado que precisamente por ordenármelo como lo hiciste fue que puse tantas trabas? Si me lo hubieras pedido de otra manera otro gallo hubiera cantado, pero como te crees que todo bicho viviente tiene que venerarte y hacer tu santa voluntad, ni te planteaste usar la cordialidad y los buenos modales –suelto de carrerilla. ¡Ale, qué a gusto me he quedado!

–Encanto, si le pago cien mil dólares a alguien, lo mínimo que espero de ese empleado es que obedezca mis órdenes. Yo pago, tú obedeces. Simple, ¿verdad?

–¡Ja! Me has pagado para que ayude a esas cuatro pobres vacas, no para que esté a tu disposición y haga lo que se te venga en gana –aclaro–. ¡Y que no me llames encanto!

–Pero encanto, hemos dormido juntos, me has visto desnudo, nos besamos... Considero que tengo derecho a llamarte encanto, Candy –Santa paciencia...

–Tú quieres morir joven, ¿verdad? Y te recuerdo que de todo eso

no he provocado nada. Todo ha sido culpa tuya.

–¿Segura? –pregunta acercándose de nuevo–. Tú te metiste en mi cama. Tú me devorabas con la vista mientras iba con el trasero al aire. Y desde luego no es que te haya visto protestar porque te besara. ¿Tengo o no tengo derecho a llamarte encanto, encanto? –pregunta casi en un susurro.

¿Pero a qué juega? ¡Me está volviendo loca! Al final voy a tener que pensar que es bipolar o algo parecido. Justo cuando quiero replicar le llaman por teléfono. Salvado por la campana y nunca mejor dicho. Antes de alejarse me sorprende alzándose la barbilla y dándome un beso rápido. No me da tiempo ni a reaccionar.

–Para el camino, encanto –dice mientras abre la puerta. Antes de salir se gira para mirarme, pero ya sin rastro de humor–. Por cierto, no quiero que te quedes a solas con Rick. ¿Me has entendido?

–¿Qué? Pero... –pregunto sin entender.

–Pero nada. Si tienes que verlo que sea conmigo o con Ramón al lado. Nunca a solas. Y es una orden, Candela.

–¿Una orden? ¿Ya empezamos? –recalco alzando una ceja. Eso provoca que exhale bruscamente.

–Candela, por favor, te pido que no te quedes a solas con Rick. ¿Mejor así? –pregunta con ironía.

–Bueno, aceptable, aunque te falta explicarme el motivo –exijo cruzándome de brazos.

–Ahora no tengo tiempo –dice mirando el reloj de su muñeca izquierda–, pero haz caso, Candy.

No entiendo nada. Pero nada de nada. Y ya no por el idioma, que por suerte el inglés lo domino y él el español también. De hecho no comprendo nada de lo sucedido en las últimas... dieciocho horas. Fue subirme al avión y oye, ¡como entrar en un universo paralelo! Yo, que apenas he dicho un par de palabrotas en mi vida, de repente me he vuelto casi peor que un hooligan. Y ya de pensamientos calenturientos no hablemos. Si casi nunca me molestaba en mirar dos veces a ningún hombre, ahora parece que me haya salido a flote la vena voyeur. ¡No me reconozco! ¿Será cosa del agua?

En fin, pienso mientras jugueteo con un tomate haciéndolo rodar por el plato. Lo que está claro es que debo centrarme. Aquí he venido a averiguar qué le pasa a esas cuatro bellezas e irme dejando en buen lugar a Ramón, que al fin y al cabo es quien me consiguió el trabajo. Debo dejarme de roces, insultos y... de besos.

CAPITULO CINCO

Como estoy más sola que la una y tengo toda la tarde por delante, decido adelantar trabajo. Tras refrescarme decido ir de excursión y volver a visitar a mis... pacientes, por llamarlas de alguna forma. Solo espero no perderme por el camino.

Durante el paseo, por no decir media maratón, aprovecho para llamar a Concha. Ramón ya me dijo que él ya había hablado con ella anoche y le había informado de que había llegado bien, pero la conozco y seguro que quiere someterme a un tercer grado de los suyos.

–Buenos días... –saludo a sabiendas de que para ella son apenas las nueve de la mañana.

–¡Candelita! Oh, qué alegría oírte... ¡¿Pero se puede saber por qué no me habías llamado?! –Genio y figura...

–Digamos que la tarde se me alargó más de lo esperado y luego caí redonda de cansancio. –Si ella supiera la verdad...

–Ramón ya me dijo que llegaste bien pero ya sabes que los hombres no se enteran de las cosas importantes. Dime, ¿algo que contarme? –Definitivamente esta mujer debió ser espía en otra vida.

–Pues... no, nada importante, la verdad –miento.

–¿Segura? Mira que te conozco desde que medias dos palmos, ¿eh Candelita? –presiona.

–De verdad... Llegué, ayudé a mi jefe con una urgencia que tuvo y ya luego me fui a dormir –resumo por mi bien.

–¿Y cómo es?

–¿Quién?

–¿De quién hablábamos? ¡Pues tu jefe, niña! Estás intentando escurrir el bulto, ¿eh?

–Que no... Él es... Un gilipollas. Un gilipollas que está como un tren pero gilipollas al fin y al cabo.

–¡Esa boca, niña...! Con jabón te la lavaré cuando vuelvas. ¿Pero por qué llamas eso al pobre hombre?

–¡¿Pobre hombre?! ¡Ja! Es un cretino, un prepotente, un altanero, un amargado, un... ¡Y tiene muy mal gusto decorando, qué coñe! –exploto.

–Vamos, que tiene posibles, está de muy buen ver y lo sabe. ¿Me equivoco? –James Bond es 007 y Concha es 008.

–Vale... Sí. Sí –digo ya resignada a la realidad.

–¿Cómo es? –pregunta la muy cotilla. Me la puedo imaginar sentada en su porche, haciendo ganchillo y con el teléfono entre la oreja y el hombro.

–Es... alto, más que Miguelón incluso, fuerte... Es como Paul Newman pero con el cuerpo de aquel actor que te gustaba tanto, ¿sabes? –Al no oír nada me preocupo—. ¿Concha? Eo...

–Sí, hija, sí. Es que casi me clavo la aguja. Madre mía, ¿y existe un hombre así? –Al oír el tono con el que habla no puedo evitar una carcajada.

–Sí, Conchita, sí. Pero no te olvides de todos los defectos que tiene. Ya sabes tú que aunque la mona se vista de seda...

–Hija mía, eres una mentecata. Para darte un buen revolcón el carácter importa un pimiento. Ya te digo yo que si me pillaran ahora con tu edad... ¡Lo que disfrutaría!

–¡Concha! –digo escandalizada aunque ya debería estar más que acostumbrada.

–¡Ni que fuera una locura! Chiquilla, tienes unas cachas que ya quisieran muchas de esas escuchimizadas que se ven, unos ojazos como dos soles, una boca que es una maravilla, un pelo que es pura seda... Encima eres lista, buena, trabajadora... ¡Valórate un poco más, niña!

Media hora más tarde y con la oreja más caliente que una plancha de peluquería, al fin llego a la nave. ¡En coche no parecía tan lejos! Menos mal que tuve la precaución de traerme una mochila con agua y algo de picar, si no me hubiera metido de cabeza en el primer abrevadero que encontrara. A simple vista no veo a nadie, así que aprovecho para estudiar todo con detenimiento mientras voy avanzando hacia las cuatro mosqueteras.

Estoy enamorada. Vale, no en el sentido estricto de la palabra, pero es que son tan monas... Deben de reconocerme ya que, en cuanto

me ven, todas se acercan a la valla de su cajón a saludarme.

Paso largo rato acariciándolas, hablándoles y estudiando todas y cada una de sus reacciones. Me recuerdan tanto a mis niñas...

–¡Si es que sois unas preciosidades! Sí... Muy guapas. ¿Y sabéis qué? Estoy aquí para ayudaros, porque estoy convencida de que si no dejáis que os fecunden es por algo. Que yo os entiendo, ¿eh? Que cada vez que voy a revisión y me tienen que explorar por dentro... Agradable no es. Los hombres no lo entienden porque como a ellos no se lo hacen... –hablo mientras acaricio a la rubia.

–Muuu... –gime la negra.

–Ya... ¿A que tengo razón? Claro que sí. Se supone que debo convencerlos de hacerlo, pero entre nosotras, no me da la real gana –cuchicheo para que solo me oigan ellas cuatro.

–Muuu... –gimen casi al unísono.

–Bueno, pues tenemos un pacto, ¿de acuerdo? Yo no permito que lo hagan pero a cambio seréis buenas y me haréis mucho caso. Sobre todo es muy importante que no hagáis daño a nadie más, ¿eh? Que ya me he enterado de que habéis lesionado a más de uno.

–Muuu... –gime lastimera la rubia.

–Ya... Ya supongo que teníais motivos, pero no recurráis a la violencia. Defenderos pero con cuidado, que sois muy fuertes y podéis hacer mucho daño a gente inocente, ¿vale?

–Consejos muy interesantes –oigo de repente.

Sobresaltada, giro de inmediato hacia el origen de esa voz. Salido de la nada, Rick aparece a mi lado. De inmediato recuerdo las palabras de King y automáticamente comprendo que estoy en problemas.

–Eh... Hola. ¿Rick, verdad? –saludo.

–Me halaga que te acuerdes. Tú eres Candela, la nueva... ¿asesora? –pregunta con un tono que no me gusta nada de nada.

–Exacto. Y tú eres uno de los veterinarios, ¿no es cierto? –contesto con firmeza.

–Cierto –contesta acercándose un poco más.

Estoy tentada de retroceder pero aguanto en el sitio para no mostrar miedo. Maldita sea mi suerte... No me gusta nada la energía que desprende. Sí, King puede ser un cretino y todo lo que quiera, pero prefiero mil veces su presencia a la de este tipo.

–Te has quedado muy callada de repente.

–Porque no tengo nada que decirte –suelto a bocajarro. *Viva la diplomacia, sí señora...*

–Vaya, una lástima. ¿Y qué haría falta para que fuera digno de tu conversación? –pregunta acercándose otro paso. Ahora mismo está tan cerca que me es imposible no retroceder para no estar a su lado.

Con disimulo intento comenzar a caminar hacia la salida, pero

debe adivinar mis intenciones que se pone justo bloqueándome el paso. Lo hace con disimulo, cierto, pero eso no impide que me de cuenta.

–Nada en especial, la verdad, de hecho...

–Rick –se oye de repente a King. Su voz resuena como un certero latigazo.

–Vaya, vaya... Hola, King –saluda con cierta ironía–. Has hecho un buen fichaje. Ahora tendré motivación extra para venir por aquí, ¿no crees?

–Lo que creo es que deberías dedicarte a hacer tu trabajo – contesta con total seriedad mientras se pone a mi lado. Inconscientemente doy un paso para acercarme a él.

–Muy interesante... Solo aclárame una cosa. Tengo entendido que ella está aquí para ayudar con el ganado, por tanto, es conmigo con quien debería tratar, ¿cierto?

–No tienes a tu buena suerte, Rick. Candela está aquí para asesorarnos a Ramón y a mí. Nada más.

Descubro más por sus silencios que por lo que hablan. Estoy convencida de que algo pasó entre ellos en el pasado. No sé qué tan grave llegó a ser puesto que Rick sigue trabajando para King, pero tan seguro como me llamo Candela que entre estos dos ocurrió algo.

Dado que la tensión se puede cortar con un cuchillo y sin comerlo ni beberlo me veo en medio, decido mediar para acabar de buenas

maneras con esta situación.

–King, de hecho me gustaría comentarte un par de cosas. ¿Tienes tiempo? –digo con toda profesionalidad.

–Acompáñame –responde con un ligero movimiento de cabeza mientras echa a andar, posando su mano en mi espalda para instarme a seguirle.

–¡Hasta pronto, Candela! –oigo a Rick mientras salimos de la nave.

Casi a empujones me hace subir a su camioneta. De hecho no sé si es una camioneta o un tanque, porque anda que no es grande...

–¿Cómo viniste? –pregunta mientras se pone tras el volante y arranca.

–Pues en el coche de san Fernando, un ratito a pie y otro andando –contesto recordando el refrán.

–¿Qué? ¿Quién es Fernando? –Debo sonreír al ver la cara que se le ha quedado.

–Es un refrán de mi país que quiere decir que vine caminando –aclaro por pura compasión.

–¡¿Que viniste caminando?! –grita.

–¿Y qué hay de raro? –pregunto extrañada. Este hombre es muy extraño.

–Ah... nada... Dejando de lado que son como diez millas... –No puedo más que alzar una ceja.

–Y diez millas son... –Ahora quien alza una ceja es él–. Sistema métrico, listillo.

–Unos dieciséis kilómetros, listilla –contesta con sorna–. Me sorprende, la verdad. No te veía capaz.

–¿Y se puede saber por qué no?

–Por nada, pero tal y como te arrastrabas esta mañana... –Una exclamación ahogada sale de mi garganta.

–¡¿Pero serás...?! ¡Estaba agotada! ¿Cómo narices querías que caminara si estaba reventada? Además te recuerdo que eras tú quien me llevaba casi a rastras caminando como un poseso.

Por suerte no contesta. Mejor. Por mi parte me dedico a mirar por la ventanilla, recordando lo sucedido esta tarde.

–¿Qué pasó? –pregunto de repente.

–¿Cuándo?

–Entre Rick y tú –aclaro. Maldigo internamente al ver que hemos llegado ya a la casa.

–Nada que te interese ni reciente, así que olvídalo.

–Ya decidiré yo qué es de mi interés y qué no, gracias. Y ni pienses que voy a olvidarlo. Si va a influir en mi trabajo, exijo saber el

motivo por el cual no debo quedarme a solas con él –razono mientras bajamos del coche y entramos en la casa, él delante y yo atrás, siguiéndole.

–Eres como un perro con un hueso, ¿verdad, Candy?

–Sí y no me llames Candy.

–De acuerdo, encanto –dice mientras entra en lo que parece ser el despacho y se sienta en el borde del escritorio.

La verdad es que me sorprende bastante. Si hasta ahora le criticaba mentalmente por el gusto horripilante que tiene decorando, el despacho es...aceptable. El escritorio es de madera noble, y tan grande que parece la mesa de comedor de una familia numerosa. Al otro lado de la habitación hay un mullido sofá gris frente a una gigantesca chimenea de piedra, la cual está flanqueada por un par de estanterías repletas de libros.

–¿Por qué esto está bien y lo demás parece más viejo que tú y que yo? –pregunto de repente mientras me siento.

–¿Perdón? –pregunta extrañado.

–La decoración. El resto de la casa tiene al menos cincuenta años, pero este despacho está... bien.

–¿Tienes algún problema con la decoración de mi casa? –pregunta ofendido.

–Yo y cualquiera. Una cosa es el estilo clásico y otro el viejuno –

aclarar.

–Bueno, pues ya que pareces tan dispuesta, te propongo algo – dice cruzándose de brazos.

–¿El qué? –pregunto desconfiada.

–¿Qué parte consideras más urgente?

–La cocina –respondo sin dudar.

–Muy bien. Tienes mil dólares y una semana para reformarla. Le diré a Ramón que te enseñe dónde puedes encontrar los materiales y herramientas que necesites. A ver qué tal se te da.

–Espera, espera... ¿Pretendes que arregle una cocina casi tan grande como mi casa en una semana y con mil dólares? ¿Pero quién te crees que soy, el genio de Aladdín? Además, ¿qué saco yo con eso?

–Pues yo desde luego no recordaba que el genio fuera así... –dice dedicándome una mirada que me repasa de pies a cabeza.

–¿Me quieres contestar o vas a seguir escaneándome? Porque desde luego no he venido para esto. –Al escucharme no puede evitar una carcajada.

–Es verdad... Estás aquí para hablar con mis vacas.

–Exacto, y si ya has acabado con tus tonterías me gustaría que respondieras a todo lo que te he preguntado.

–Ah, sí... A ver qué puedes ganar... –dice rascándose la barba.

–Me refería a Rick. A qué pasó entre ambos y por qué no puedo quedarme a solas con él. –Al oírme pierde todo rastro de diversión.

–Señorita Guerrero, ya le he dicho que es algo que queda fuera de su incumbencia.

–Pues discúlpeme, señor O'hara, pero difiero totalmente. Es más, exijo saberlo para poder cumplir con mi cometido –insisto cruzándome de brazos.

–Muy bien. Despedida. Gracias por venir pero no precisaremos de sus servicios.

–De eso nada. Me niego a ser despedida –exclamo poniéndome en pie.

–Que te niegas a ser despedida... ¿Tanto te he impresionado? –pregunta con ironía.

–¡No digas tonterías! Lo digo porque no puedo devolver el dinero y mi ética me obliga a cumplir mi parte del trato. Además están las chicas. Me necesitan, sobre todo Marylin.

–¿Quién diablos es Marylin? –pregunta descolocado.

–La rubia –digo con toda normalidad.

–Ah. Muy... esclarecedor. Y dime... ¿De qué rubia exactamente estamos hablando? Porque que yo sepa, y de colores entiendo, en este rancho no hay ninguna rubia.

–Claro que hay, me la presentaste esta mañana.

–¿Pero de qué diantres hablas, mujer? En este rancho solo hay cinco mujeres contándote a tí y ninguna es rubia.

–Ya, pero es que yo no hablaba de mujeres rubias. Hablaba de vacas rubias. De mi vaca rubia. De Marylin.

–Espera... ¿Me estás diciendo que llamas Marylin a la vaca? – pregunta incrédulo.

–Claro, ¿cómo la iba a llamar si no? Además es igual a ella. Rubia, aspecto dulce, algo pícaro...

–Que la vida me dé paciencia... –le oigo murmurar masajeándose el puente de la nariz–. Y ya por pura curiosidad... ¿A las demás también les has puesto nombre?

–Pues claro. Son Elisabeth, Rita, Ava y Marylin.

–Elisabeth, Rita, Ava y Marylin... ¿Y al toro cómo lo llamarás, Frank? –pregunta con cierta ironía.

–Si se lo merece, sí –contesto a la defensiva.

–Lo que me faltaba por oír... –le oigo murmurar–. Y espera... ¿Cómo que no puedes devolver el dinero? ¿Cómo diablos te has gastado cien mil en tan poco tiempo?

–Obviamente no me lo he gastado todo, solo... la mitad –digo con un poco de vergüenza.

–¿Y? Tranquila, ya es por pura curiosidad –dice con un tono suave.

–Pues verás... Hay, había, una pareja de ancianos en el pueblo que no tenían a nadie. Sufrieron un incendio y además el marido estaba enfermo, así que pedí un crédito para poder ayudarles a arreglar su casa y el tratamiento. El trato era que yo se lo adelantaba y cuando cobraran el seguro me lo devolvían.

–¿Pero? En esa historia me parece que algo se truncó, ¿no? – pregunta con suspicacia.

–Sí... Resulta que justo unos días después de tener la casa arreglada, estaban dando un paseo y una moto arrolló al marido. El colmo fue que, de la impresión, a la mujer le dió un infarto y los dos murieron casi a la vez. Lo más desagradable... Bueno, eso fue lo más doloroso, ahora me refiero a lo desagradable de desagradable, ¿me entiendes? –divago–. Pues como te decía, lo más desagradable fue que al entierro acudió ni más ni menos que el hijo que llevaban diez años sin ver. ¡Diez años! ¿Te lo puedes creer? –digo totalmente indignada.

–¿Y? Porque me temo que eso no explica tu deuda.

No sé muy bien cómo, a lo largo de mi relato me ha hecho levantar y me he quedado a escasos centímetros de él, que continúa apoyado en su escritorio.

–Oh, sí que lo explica sí... El sinvergüenza de su hijo no solo se negó a cumplir la última voluntad de sus padres, si no que lo primero que hizo fue vender todo. ¡Todo! La casa, las joyas de su pobre madre, los animales que eran el orgullo de su padre... Menudo desgraciado...

–¿Y tu deuda? ¿No la reclamaste? –pregunta con cierta sorpresa.

–Pues... No –digo provocando que sus ojos celestes se conviertan en dos finas líneas–. Como allí nos conocemos todos, el acuerdo lo hicimos con el beneplácito del banco y la aseguradora. Inés, la del seguro, nos dijo una fecha aproximada de cobro y luego Antonio, el director del banco, me hizo el crédito con fecha de vencimiento justo un mes después para dar un poco de margen. Pero al morir ellos y el hijo venderlo todo... A Antonio no le quedaba más remedio que ejecutar el crédito, claro –digo resignada.

Por un instante permanece callado, observándome. La verdad es que me pone un poco nerviosa. Me recuerda a un dragón estudiando a su presa, lo cual es absurdo por completo, porque King O'hara es imposible que tenga ningún tipo de interés en mí, tanto por como soy como por quién y cómo es él.

–¿Estás diciendo que te has comido esa deuda así como así? –pregunta incrédulo, obteniendo un leve gesto de afirmación de mi cabeza–. ¿Y cómo pensabas pagarlo? ¿De qué trabajas allí?

–Pues... Soy fisioterapeuta. En el pueblo hay mucha gente que trabaja en los campos, otros que llevan máquinas pesadas... También hay muchas personas mayores, y el equipo de fútbol...

–Si eres la única debes ganarte bien la vida.

–Pues... –divago esquivando su mirada.

–A ver si adivino. No cobrabas la mayoría de veces, ¿cierto? –pregunta casi afirmando mientras me alza la barbilla con sus dedos.

–¿Qué quieres que te diga? Me dan pena. Muchos de ellos ganan muy poco, los conozco de toda la vida... Me sabe muy mal.

–Eres como una jodida ONG andante, Candy –dice mirándome entre resignado y... ¿orgullosa?

–Es como soy –digo a la defensiva–. Mis padres me enseñaron que, si tenías lo suficiente para vivir, era una maldad no ayudar a quien tuviera menos que tú. Y eso hago.

Un silencio agradable reina tras mis palabras. Él se limita a sostenerme casi entre sus piernas, con las manos firmemente apoyadas a ambos lados de sus muslos. Yo, como una niña pequeña, las tengo a la espalda, cruzadas y jugueteando con los dedos nerviosamente.

–Bueno, será mejor que vayamos a cenar, ¿no te parece, Candy?
–pregunta posando sus manos en mi cintura y poniéndose en pie.

–Sí y no vuelvas a llamarme Candy.

–Lo que tú digas, encanto... –contesta mientras me alejo para dejarle bajar del todo.

Cuando voy a comenzar a andar hacia la cocina, un ligero tirón me hace volver a su lado, quedando totalmente pegada a él. ¿A qué juega?

–¿Qué haces, K...?

Ni puedo acabar de hablar. Lo ha vuelto a hacer.

Incomprensiblemente vuelve a besarme como esta mañana, con un beso rápido, lo que sería casi un pico, vamos, pero el problema es que sus besos, aunque rápidos, son firmes, envolventes. Debo tomarme un segundo, o dos, para recuperar algo de sentido.

–Para el camino, encanto.

–¡Pero si vamos a la cocina! ¡¿Y por qué narices me besas?! Es ilógico, ¿lo sabes, verdad? –pregunto mientras vamos saliendo hacia la odiosa cocina.

–Um, digamos que siempre quise ser faquir –contesta adelantándose unos metros. Tardo un segundo en entender lo que quería decir.

–¡Eres un cretino, King O'hara! ¡Y deja ya de llamarme encanto!

–Como quieras, Candy...

CAPITULO SEIS

Bendita sea Lupe. No la conozco mucho pero estoy convencida de que esta mujer en otra vida debió ser cocinera de un ejército. En la nevera y la despensa no falta de nada, es casi como ir al super sin salir de casa. Para rematar, el congelador está repleto de tupperware con mucha comida preparada.

Como Steve y Will aún andan por aquí esta noche, acabamos los cuatro en la cocina, rebuscando y eligiendo qué cenar entre todo lo que hay. Mejor dicho, rebuscamos todos menos King, que automáticamente delega tal honor en mi persona.

–Me pido estos canelones –dice Will cogiendo una bandeja con, por lo menos, diez canelones de carne.

–Genial, pues yo la lasaña, que mañana debo entrenar y quiero estar a punto para la semana que viene –comenta Steve con una lasaña que daría de comer a una familia de cuatro y bien servidos.

–¿Tú que quieres, King? –pregunto mirando dentro del congelador.

–Saca algo de carne mientras hago una ensalada –contesta con varios tipos de lechuga ya en la tabla.

–¿Tú qué cenarás? –pregunta Steve con una manzana a medio comer en la mano.

–Pues... leche con cereales –digo casi con vergüenza mientras lucho por sacar la botella de leche de la nevera.

Al cerrar la puerta del frigorífico casi se me cae la botella al suelo al ver el cuadro tan surrealista que tengo delante. En la encimera hay tanta comida que, en vez de tres adultos, pareciera que va a comer una familia de quince miembros. King tiene delante una ensaladera con tanta lechuga que por un instante casi espero ver salir al mismísimo Bugs Bunny. Steve por su parte está haciendo la bandeja de carne que saqué, y la mandíbula me llega a los tobillos al comprobar que está haciéndola entera. ¡Pero si había como dos kilos de carne!

–Porque anoche os hice la cena, que si no pensaría que hace una semana que no probáis bocado –digo sirviéndome leche en un bol.

–¿Qué podemos decir? Necesitamos muchas calorías diarias – contesta Will.

Una vez que estamos alrededor de la informal –y casi paleolítica– mesa, cenamos con total tranquilidad. Entre risas y bromas varias, Will y Steve intentan explicarme algunas normas de juego, hábitos... Cuando me cuentan la cantidad de calorías diarias que deben ingerir casi me caigo de la silla.

–Por desgracia mañana ya no nos veremos –comenta Will–. La semana que viene volvemos a la rutina y quiero aprovechar estos días que quedan.

–Yo también marchó. Debo ir a Seattle a ver a la familia antes de que quieran venir y descuartizarme por no ir al cumpleaños de mi madre–bromea Steve.

–Merecido lo tendrías –replica King–. Desde finales de la temporada pasada que no les visitas.

–¿Y tú quién eres, mi conciencia? –contesta con fingida ofensa.

–No, la persona a la que tu santa madre llama cuando no sabe nada de tí. Tío, ya podrías llamarla más a menudo.

–Lo sé, lo sé... pero es que no sabéis cómo es –dice mirándose–. Cada vez que hablo con ella, misteriosamente tiene cerca a la hija de alguna amiga, o a una cajera del super, o a una florista... La última vez era una tanatopráctica. ¡¿Os lo podéis creer?!

–Joder, tío, que estamos cenando –protesta Will.

–¿Y por qué no le dices que no te interesa? –pregunto mientras pongo el bol ya vacío en el fregadero.

–Mi madre es italiana.

–Oh –contesto entendiendo a lo que se refiere.

–Exacto.

Después de un rato más de charla donde Steve y Will discutían sobre cuál tenía la madre más peligrosa, ambos se retiraron a dormir. Eso sí, no sin antes despedirse y recordarme lo de la dichosa fiesta. Durante todo este rato King ha estado algo más callado de lo habitual. Participaba en la conversación pero lo hacía de una manera... forzada. A ver, que le conozco hace apenas día y medio, pero por alguna extraña razón, creo haber entendido medianamente cómo funciona su

carácter.

–Bien, yo también iré a dormir –digo guardando los cereales en su lugar.

–Como quieras –contesta levantándose de la silla y abriendo la puerta trasera.

Aparentemente no le pasa nada, pero... No sé. Tengo la extraña sensación de que algo le ronda la cabeza. Sea lo que sea debe ser importante para él, puesto que la seriedad que desprende... Bueno, también tengo claro que tampoco es que sea la alegría de la huerta este hombre, que si le llamo don histérico por algo es.

Por un instante estoy tentada de acercarme a él e interesarme por lo que le sucede, pero tampoco debo olvidar que no deja de ser mi jefe, que la mayoría del tiempo es un cretino y, sobre todo, que todos tenemos derecho a pensar con tranquilidad.

–Bien, buenas noches, King. Que descanses –me despido desde la puerta de la cocina.

–Buenas noches, Candela.

Me dirijo a mi cuarto con la incómoda sensación de que estoy fallándole. Y de hecho es una tontería, puesto que Hulk y yo no tenemos ningún tipo de relación personal como para sentir algo así. Es más, n...

Un momento. ¿Me ha llamado Candela? ¿Cómo que Candela? A este le pasa algo gordo, pienso con el pijama a medio poner.

Ni corta ni perezosa vuelvo a la cocina a por una explicación. Entro como un elefante en una cacharrería. Al no verle estoy a punto de volver a mi habitación, pero la luz del porche trasero me guía hacia él. Está sentado, más bien despatarrado, en un balancín, con una cerveza en las manos y la mirada perdida. Incomprensiblemente ni se entera de mi presencia.

–Me has llamado Candela –digo casi acusándole.

Al escucharme gira la cabeza hacia mí, alzando una ceja en señal de sorpresa. Lo que no sé es si es por verme o por mi acusación. De hecho yo misma me empiezo a sentir una idiota después de semejante ataque de tontería.

–Es tu nombre, ¿no? –contesta con calma.

–Sí, y ayer, y esta mañana, y esta tarde, y esta noche... Y todas esas veces te ha importado un pimiento y me has llamado como te ha dado la santa gana.

–¿Y? ¿Cuál es el problema? Querías que te llamara así, ¿no? –contesta recolocándose un poco.

–Sí, pero... –replico ya a medio gas y dejándome caer en el sitio que ha quedado libre en el balancín–. ¿Qué te ocurre? –pregunto directamente.

–¿Perdona? –responde atónito.

–Pues... Quizás me estoy volviendo loca pero creo que te ocurre algo. No sé, tengo la impresión de que estás ante una situación

complicada. Si puedo ayudarte...

–¿Y ahora qué eres, una jodida vidente? –replica de malos modos.

–No... Lo que veo es que soy una idiota por preocuparme por un cretino que se cree que puede llevar el peso del mundo sobre sus hombros y sin ningún tipo de ayuda. Pues que le aproveche, señor mío. Ya capto el mensaje –contesto levantándome como un resorte–. Buenas noches, señor O'hara. Duerma usted muy bien.

¡Esto me pasa por meterme donde nadie me llama!, me regaño mientras giro para volver por donde vine. Si es que no aprendo... ¡¿Cuándo aprenderé que no todo el mundo quiere ayuda?! ¡¿Cuándo?!, me autoflagelo con cierta amargura.

Estoy a punto de abrir la puerta de malos modos cuando su voz rompe el silencio de la noche. Su voz sale dura, firme. Por un momento estoy tentada de hacerle un corte de mangas y seguir mi camino, pero, tras respirar hondo, decido controlarme.

–¿Sí, señor O'hara? –respondo marcando distancias.

–Disculpa –dice con sinceridad.

–Disculpado. ¿Algo más, señor O'hara? –pregunto siguiendo en mis trece. Al oírme respira hondo, resignado.

–¿Podrías sentarte conmigo un momento?

–De acuerdo, señor O'hara.

Con una dignidad que ni la reina de Saba, me siento, sí, pero no junto a él en el balancín, sino en una butaca.

–¿Podrías sentarte a mi lado?

–Ya estoy a su lado, señor O'hara –replico para su desespero–. ¿Y bien? ¿Qué desea, señor O...?

–¡Por dios bendito, ¿pero quieres dejar de llamarme así?! – estalla.

–Como quiera, señ... King –concedo pero respetando las distancias.

–Terca como una mula... –murmura.

Sin mediar palabra se levanta, recorre el apenas medio metro que nos separa y, tras levantarme como si no pesara nada, se sienta donde estaba pero conmigo en su regazo. Hago el amago de forcejear pero es tan absurdo que ni me molesto en seguir intentándolo.

–Quieta, fiera... Deja de protestar y escúchame, ¿de acuerdo? – dice ante mi último intento de separarme.

–Para eso no necesito estar encima –protesto.

–¿Prefieres debajo? Yo no tengo inconveniente. Encima, debajo, de lado... ¿Cómo prefieres? –provoca.

–Al lado –contesto mordiéndome la lengua.

De inmediato me coloca a su lado. Intento poner distancia entre

ambos pero, echando su brazo por sobre de mis hombros, me atrae de nuevo a su lado. Estamos tan pegados que prácticamente estoy recostada en su hombro.

Con su pie comienza a impulsar el balancín, sumiéndonos en un ritmo casi hipnótico. La noche luce despejada, dejando ver un mar de estrellas que, unido al silencio que nos rodea, convierte la situación en algo... placentero, digamos.

–Siento de verdad lo que te dije. Sé que lo hiciste con buena intención y yo no debí responderte así –se disculpa.

–Está bien, no pasa nada. Tienes todo el derecho a defender tu intimidad –concedo.

–¿Y eso me lo dices después de verme en pelotas, dormir conmigo y besarnos? ¿Tú que concepto tienes de intimidad, mujer?

–¡Ya estamos! ¡Yo solo quería...! Bueno, da igual –digo intentando zanjar el tema–. Yo me equivoqué, tú te equivocaste. Asunto cerrado.

–Intentaste ayudar, yo me defendí panza arriba y la cagué. Por eso me disculpo.

–Está bien –cedo ante su insistencia–. Te portaste como un imbécil desagradecido. ¿Mejor así?

–Bueno, yo no llegaría a tanto... –Al oírle alzo una ceja–. Está bien, de acuerdo, fui un imbécil.

–Ahora nos entendemos –respondo.

Nos sumimos en un agradable silencio, solo interrumpido por el rítmico cantar de los grillos en la lejanía. Poco a poco me voy relajando, apoyándome ya con total tranquilidad en su hombro izquierdo mientras él me rodea con su brazo.

–La retirada –dice de repente.

–¿Qué?

–En lo que pensaba. En si retirarme a final de temporada. No sé, ya voy camino de los treinta y seis, he ganado todo lo ganable...

–¿Y? Algo me dice que hay más, ¿cierto? – pregunto tras un breve momento de silencio.

–Cierto...

–Tienes miedo de los daños –digo tras recordar las explicaciones sobre el juego que me dieron Will y Steve.

–En parte se podría decir que sí, sí. Cada vez hay más protección, pero... ¿Sabes? Llevo más de veinte años jugando, Candy. Sigo teniendo el mismo hambre de triunfo que al principio, pero la necesidad de algo más también es cada vez más fuerte. Cuando estoy aquí me siento...

–King.

–Dime.

–No, no. Me refiero a que cuando estás aquí aparcas el uniforme de semidiós y eres solo King. Solo cuando estás con desconocidos actúas como el cretino, prepotente y arrogante de O'hara.

–Interesante. ¿Y en qué te basas para esa supuesta conclusión? –pregunta con cierta incomodidad.

–Pues en que te he visto hoy. He visto cómo actúas con los animales, con Ramón, con los chicos, con el resto de trabajadores... Y he vivido de primera mano cómo te cambiaba el gesto al recibir alguna llamada o mensaje de fuera. Te volvías alguien desagradable, frío, vanidoso...

–Caray... No parece tener muy buen concepto de mí, ¿no te parece? –dice con evidente desagrado.

–Es lo que he visto. Lo siento si no te gusta lo que oyes– respondo con sinceridad.

–¿Y qué debería hacer, según tú? –pregunta a la defensiva. Al oírle no puedo evitar respirar hondo.

–Procurar ser feliz. Ni más ni menos.

–Eso suena muy idealista, ¿no te parece?

–Puede, pero yo al menos no conozco a nadie que disfrute estando amargado.

–Muy bien, ¿y cómo se hace eso de ser feliz? Tengo salud, dinero, no me faltan las mujeres, amigos, un trabajo que me gusta... ¿Qué se

supone que me falta?

–Reír –digo con una sonrisa en la cara al recordar su imagen de esta mañana.

–¿Qué? –pregunta mirándome como si me hubiera vuelto loca.

–Reír. Lo que oyes. Esta mañana cuando te reíste en el coche... Eras otro. Me gustó el King que vi.

–Reír. Vale. ¿Y cómo lo hago?

–No lo sé. Tampoco soy adivina ni estoy dentro de tí. Solo tú puedes saber qué es lo que te devolverá las ganas de sonreír, King.

El silencio vuelve a reinar entre nosotros. La soledad de la noche y el suave vaivén del balancín nos sume en una tranquilidad poco habitual. Estar así por un instante me recuerda a mi casa, al balancín donde muchas veces he reído y llorado. La diferencia es que en esas ocasiones no tenía su calor, su hombro y su aroma.

–¿Y tú?

–¿Yo qué?

–¿Qué te hace sonreír?

–Una crêpe con tres bolas de helado, nata y macedonia de frutas. Créeme, por muy mal día que tenga, ponme esto delante y te aseguro que sonreiré al instante.

Al escucharme no duda en soltar una sonora y ronca risa. No puedo evitar

sonreír al ver cómo le cambia el gesto cuando ríe de esa manera. *Ríe, King, ríe y muéstrame cómo eres de verdad.*

CAPITULO SIETE

Después de una noche bastante extraña donde los sueños con King, helados y estrellas fueron la tónica habitual, despierto bastante cansada y, por tanto, de muy mala leche. Me conozco y sé que es uno de esos días en los que por cualquier tontería suelo decir cuatro frescas y quedarme tan tranquila.

Por muy mal día que tenga, mientras me ducho no puedo evitar recordar la extraña conversación de anoche. Quizás me excedí y me tomé demasiadas libertades con alguien que al fin y al cabo conozco hace dos días. Literalmente hablando, además. Por otro lado, tampoco es que hayan sido muy normales, así que... Que sea lo que tenga que ser, como dice Concha.

Por el bien del resto de mis coetáneos decido pasar el día con las vacas. Así al menos haré algo de provecho y empezaré a justificar el dineral que cobré.

Con ese pensamiento en mente bajo hasta la cocina, y me llevo tal susto que hasta derrapo.

–¡Joder! ¡¿Pero es que no sabes avisar, hombre?!

–Buenos días a tí también, encanto –responde.

Quedo plantada delante suya mirando cómo, sin pestañear, va echando ingrediente tras ingrediente al vaso de la batidora. Claras de huevo, plátanos, leche, avena... Al deducir lo que hace me fijo en la camiseta gris totalmente sudada que lleva y en el pantalón corto.

–¿A las seis de la mañana ya vas así? ¿Es que no duermes? – pregunto.

–Te echaba de menos a mi lado –responde con sorna justo antes de, en apenas tres sorbos, tragarse todo el batido que se hizo.

–Sí, y yo que me lo creo... –murmuro mientras bebo un vaso de leche fría.

–Hoy voy a la ciudad y estaré casi todo el día fuera –comenta apoyado a la nevera mientras se seca la cara con la toalla que lleva al cuello.

–Pues mira tú qué bien. Me alegro por tí.

–Alguien no durmió muy bien, ¿no?

–Dormí perfectamente, gracias.

–Pues menos mal... –murmura–. Por cierto, te aconsejo que pienses rápido lo que quieres hacer en la cocina porque Ramón vendrá en un rato para llevarte a buscar lo necesario para la reforma.

–¿Reforma?¿Qué reforma? –pregunto descolocada.

–La que tienes una semana para hacer, encanto. Pasado mañana me iré y no volveré hasta el próximo viernes, así que tienes cinco días para sorprenderme.

–Espera un momento. ¿Es que ibas en serio con esa locura? – pregunto con los ojos como platos.

–Regla número dos: siempre voy en serio, Candy. Mil dólares y cinco días. Aprovéchalos, encanto. ¿Quién sabe? Al igual descubres tu vena artística –dice con sorna.

–Mi vena artística llegó a su cénit cuando con ocho años intenté hacer un cenicero de arcilla, gracias.

Apenas he acabado de hablar que un sonriente y cantarín Ramón aparece en la cocina. Viene acompañado por su mujer, Lupe. Es tal y como la recordaba: pequeña, muy morena, algo rechoncha y con unos ojazos tan azules que casi son transparentes.

Pasamos unos minutos saludándonos y poniéndonos al día brevemente, y me sorprende ver cómo King no duda en abrazar y besar a Lupe con sincero afecto. Se interesa por su hija y nieto, por el viaje... *¿No se supone que eras un cretino, King O'hara?*

Mientras Ramón y Lupe se quedan un momento en la cocina, King me hace acompañarle al despacho. Él va un par de pasos delante de mí, lo cual me permite recrearme la vista unos metros.

–¿Eres consciente de que sé que me estás desnudando con la vista? –dice sin girar siquiera.

–¿Y tú eres consciente de que las mujeres llevamos toda la jodida vida aguantando eso de los hombres?

–Touchè. Aunque te informo que nunca he considerado a las mujeres inferiores a los hombres o meros objetos a mi servicio.

–¿Y entonces por qué demonios no paras de besarme a las

primeras de cambio cuando no te he dado pie para que lo hagas? – insisto mientras entramos en el despacho y cierra la puerta.

–Me gusta besarte. Tienes unos labios cálidos, suaves, carnosos... –susurra mientras perfila mi boca con el dedo.

–¿Y no te has parado a pensar que yo no quiero que lo hagas? – consigo decir.

–¿De verdad no quieres que te siga besando? –dice a apenas un par de centímetros de mis labios.

–Tampoco he dicho eso –confieso en un ataque de sinceridad–. Me gustan tus besos.

–Me alegra oírlo eso, encanto, porque no pienso dejar de hacerlo...

Es un provocador. Se recrea tentando, amagando, mientras con sus manos me retiene a su lado para que no escape. Poco a poco lo que comienza como un juego va ganando intensidad. Con nuestros labios libramos una batalla por ver quién enloquece más a quién, por ver quién es capaz de llevar al límite al otro.

Poco a poco las manos van cobrando importancia, enloquecidas por tocar piel caliente. Las mías luchan con su camiseta, y él no duda en sacársela por la cabeza y lanzarla a un rincón sin ni tan siquiera mirar. Las tuyas por su parte no titubean a la hora de meterse dentro de mi blusa para tomar mis pechos y cubrirlos por completo.

Ambos estamos sumidos en un estado totalmente primario,

donde lo único que importa es el placer. Sentir las callosidades de sus manos tiene un extraño poder sobre mí, que respondo invitándole a que continúe, a que no cese en este banquete que nos estamos dando mutuamente.

Colgada de su cuello me lleva hasta el escritorio, donde por puro instinto le recibo entre mis piernas. Su dureza no para de frotarse contra mí, mientras sus besos van cubriendo centímetros con total libertad. Mis manos recorren su piel casi poseídas, memorizando cada trazo, cada protuberancia, cada marca... Clavo las uñas en sus brazos al notar sus dientes en mis pechos h...

–¿King, estás ahí? –conseguimos oír.

Como si la voz de Ramón fuera de ultratumba, hasta que no toca un par de veces más en la puerta no volvemos a la realidad. *Madre mía, ¿pero qué estábamos haciendo?*

–Ahora voy, Ramón. Estoy... Estoy hablando por teléfono – consigue contestar King con evidente esfuerzo.

–De acuerdo. Te espero en la furgoneta –responde Ramón antes de alejarse con tranquilidad.

No sé cuál de los dos parece más avergonzado. Él mismo se encarga de localizar mi ropa y dármela casi sin mirar, girándose de espaldas para así concederme cierta intimidad. Mientras, aprovecha para ponerse la suya propia. Yo, por mi parte, me siento fatal. Lo peor es que ya no sé si es por lo sucedido o por su reacción.

En total silencio me bajo del escritorio y me dispongo a salir,

cuando su mano bloquea la puerta. Le miro desconcertada, lo cual no le es indiferente.

–¿Cómo estás? –pregunta con suavidad.

–Confundida, la verdad –digo con sinceridad.

–Yo... Lo siento. No pretendía llegar tan lejos. Una cosa son unos besos y otra es...

–Hemos sido los dos, King. Nada que perdonar.

–¿Seguro que estás bien? –insiste para mi desespero.

–Pero bueno, ¡a ver si te vas a creer que con treinta años que tengo eres el único que me ha tocado los pechos! No me voy a traumatizar porque nos hayamos besado con más pasión de la cuenta –exploto.

–Y si lo tomas tan bien, ¿por qué pareces tan desconcertada? –presiona.

–Pues simple y llanamente porque lo último que esperaba era estar a punto de liarme contigo y sobre la mesa de tu despacho. Por eso –respondo a la defensiva.

–Entonces, ¿te descoloca el beso o el lugar?

–¡Todo! Dios, eres tan desesperante...

Aprovecho que se separa de la puerta para intentar salir, pero justo antes de poner un pie fuera, su brazo me bloquea el paso.

–Regla número tres, encanto: nunca dejas las cosas a medias –
susurra en mi oreja.

–Pues te diré un secreto, King O'hara: me importan un pimiento
tus reglas.

CAPITULO OCHO

Mientras camino por el pasillo no puedo evitar escuchar cómo ríe abiertamente. *Maldito idiota... Ojalá te la pilles con la cremallera*, maldigo para mis adentros.

Decido volver a la habitación para refrescarme. Estoy convencida de que hasta un ciego notaría en mi cara lo que ha pasado. Voy directa al baño para lavarme la cara y despejarme, pero lo único que consigo es montar en cólera. ¡¿Un chupetón?! Desesperada estiro el cuello todo lo posible para comprobar que la vista no me juega una mala pasada. Ah no... Ahí, a plena vista, un enorme chupetón parece gritar “¡eh mirad, me he liado con alguien!”. Y a ver cómo diablos lo disimulo, porque esto ni un kilo de maquillaje lo tapa.

Desesperada busco un pañuelo entre mis escasas pertenencias, pero los que encuentro son o demasiado grandes o demasiado pequeños. Bastante harta opto por enviarle un mensaje al Hulk con alma de vampiro.

Candela_07:48

¡Me has marcado el cuello!

Necesito un pañuelo o algo.

King_07:50

No lo tapes. En mi cómoda

tengo una pomada que servirá.

Ya sabes dónde está...

Candela_07:51

Ja. Ja. Ésta me la cobro.

King_07:52

Mi cuello está a tu disposición

para cuando gustes.

Candela_07:53

CRETINO

King_07:54

BRUJA

Candela_07:55

Que te den, King O'hara.

King_07:58

?

Candela_07:59

Déjalo. Demasiado complejo

para tu capacidad mental.

Resignada, no me queda otro remedio que ir a su dormitorio a por la dichosa pomada. Diciendo mil burradas por minuto entro en tromba en el cuarto, y la pobre Lupe suelta tal grito que acabamos las dos gritando como dos posesas. Al darnos cuenta de la situación tan patética, ambas rompemos a reír.

–Qué susto me diste, criatura. A King se le oye a kilómetros, pero tú eres como un ninja de esos de las películas –dice plumero en ristre.

–Espera, ¿puedes repetirlo que lo grabo para que lo oiga Concha? –bromeo–. Ella siempre me acusa de escandalosa, ya ves.

–Eso es porque ella tiene oído de ratón. No se le escapa ni una – responde sonriendo–. A todo esto, ¿qué buscas aquí? ¿Te has perdido?

–Eh... No. Es que King me dijo que cogiera una pomada que tiene en su cómoda. ¿Sabes cuál es?

–Ah... Debe ser esa amarilla –dice señalando un bote con forma de dentífrico–. Muchas veces le he dicho que debería comprar la fábrica directamente. ¡Así acabaría antes! Si está en temporada la gasta como el agua.

–¿Sí? ¿Y eso? –pregunto con interés mientras ojeo las indicaciones del reverso.

–¿Pues por qué va a ser? Por los golpes que se llevan en el fútbol.

Dios mío, a veces doy gracias porque llegue de una pieza a casa.

–¿Tan duro es? –me intereso intrigada.

–¿Nunca has visto un partido? –Niego con la cabeza al oírla–. Pues intenta ver uno y te harás una idea.

–Lo intentaré... –musito pensativa–. Ah, y gracias por esto –digo agitando el tubo mientras salgo.

–¡De nada!

¡Puag! ¡Con esto no se me acercarán ni los mosquitos! ¡Qué peste! Los ojos casi me lloran al abrir el bote y untarme una ridícula cantidad en la marca. En fin. Todo sea por evitar comentarios.

Tras un par de minutos para que el espantador seque, decido ponerme un jersey fino de cuello vuelto que me traje. Al ser sin mangas pasa medianamente desapercibido, y si alguien pregunta... En fin, ya me inventaré algo.

Resignada a la larga caminata que me espera, emprendo el camino con filosofía. *Al menos me pondré en forma*, pienso dándole patadas a una piedra. El sonido de un coche que se acerca me hace alzar la vista. Mierda, Rick.

–Buenos días, Candela. Qué agradable sorpresa.

–Buenos días, Rick.

–¿Vas a ver al ganado? Yo voy hacia allí. ¿Quieres que te lleve? –ofrece.

–Pues... –titubeo un instante.

–A ver si adivino. King te ha dicho que te alejes de mí, ¿me equivoco? Ahhh... –chasquea–. Tranquila. No tengo por costumbre asaltar a mujeres indefensas dentro del rancho –añade.

–¿Eso significa que fuera sí? –pregunto provocando su risa.

–Ni dentro ni fuera. Por suerte no lo necesito, y no estoy fanfarroneando, créeme. Vamos, además es una estupidez que vayas a pie tanta distancia cuando ambos vamos al mismo sitio.

–Está bien. Te tomo la palabra –digo subiendo a la furgoneta blanca que lleva.

Aunque en un principio dudé recordando la recomendación de King, algo en el semblante que tiene hoy me ha hecho aceptar su propuesta. Además, en ocho kilómetros tampoco es que vaya a tener tiempo de hacerme demasiado daño, y si lo intentara que dios le pille confesado, porque con el día que tengo...

Para mi sorpresa el tiempo pasa volando. Por cómo habla del ganado me demuestra lo que llega a gustarle su trabajo. Y algo muy importante para mí, parece respetar lo que hago.

–Entonces eres algo así como una susurradora de caballos, ¿cierto? –pregunta mientras llegamos a los establos y aparca.

–Bueno, más o menos. Obviamente a las vacas no hay que domarlas –bromeo–. Digamos que soy como una psicóloga bovina. Las conozco, analizo su comportamiento y descubro qué les causa el

problema que sea que tengan.

–Caray. Suena interesante. Me gustaría ver cómo lo haces si es posible.

–No creo que haya problema. Aunque no es nada del otro mundo, la verdad.

–Todo lo que tenga que ver con el bienestar animal vale la pena – responde para mi agrado.

–Sabias palabras.

–Hablando de sabiduría, ¿puedo preguntarte algo?

–Pregunta. Ya veré si respondo o no.

–¿Hay algo entre King y tú? –pregunta con seriedad.

–Obviamente no –afirmo con rotundidad.

–Obviamente ¿por?

–Pues por mil motivos –respondo evadiendo decir algo comprometido–. ¿A qué viene esa pregunta?

–Pues... Conozco a King hace mucho tiempo, mucho, y no es una compañía recomendable para cierto tipo de mujeres –respondo con ambigüedad.

–¿Y cómo se supone que son ese tipo de mujeres, según tú? – pregunto algo molesta.

–Oh, no me malinterpretes. Me refería a mujeres de carne y hueso. Él está acostumbrado a mujeres que van a lo que van, ya me entiendes, y cuando da con una mujer del mundo real no sabe tratarla. Para él solo hay dos tipos de mujer: las que van a por su cartera y las que van a por su cama. O las que van a por ambas cosas, perdona.

–Bueno, gracias por avisar –digo algo molesta–. Ahora disculpa pero tengo mucho trabajo que hacer. Gracias por traerme, por cierto.

–De nada –responde aún tras el volante mientras yo ya he salido del coche–. Por cierto, mi invitación para comer sigue en pie. Sin compromiso.

–¡Lo pensaré! –contesto ya a cierta distancia.

Tan concentrada voy dándole vueltas a la conversación que tuve con Rick que ni me doy cuenta de que no estoy sola en el box de mis amigas.

–¡Hola! –oigo de repente.

–¡Joder! –escupo sin pensar. Al darme cuenta de quién es el origen de ese tímido saludo me relajo de inmediato–. Perdona, es que llevo una mañanita de sustos...

–Tranquila. Tú debes ser Candela, ¿verdad? Ramón me habló de tí. Soy Flora, una de los veterinarios.

–Tú y Rick, ¿no?

–Sí. ¿Lo conoces? –Hum... Me huelo que entre estos dos hay tomate.

De inmediato me inspira confianza. Se trata de una chica algo más joven que yo, desgarbada pero con una belleza serena y discreta. Bajo esas gafas de culo de botella vislumbro unos impresionantes ojos verdes. La melena castaña y rizada la lleva recogida en una sencilla trenza que le llega a media espalda. Un cisne disfrazado de patito feo...

Después de una amigable charla, decide quedarse conmigo para ver qué es lo que hago exactamente. De hecho pasamos toda la mañana con mis nuevas amigas. Al final ella hablaba con ellas casi tanto o más que yo.

–Uy, ya es la hora de comer. ¿Tienes planes? Podríamos ir a un prado que hay. Mi madre me pone comida para un regimiento –ofrece gentilmente.

–Pues... ¿sabes qué? De acuerdo. Apenas llevo un par de días aquí y no he visto nada, así que... Trato hecho.

–¡Genial! Vayamos en mi coche y luego si quieres ya te dejaré en la casa. Mi padre me ha dicho que la de invitados tiene una avería y por eso estás en la principal.

–¿Tu padre? –pregunto desconcertada.

–Ramón. Él y Lupe son mis padres.

–¡Ah claro! No asocié los nombres, perdona.

–Tranquila. En el trabajo procuro ser discreta con ese tema para evitar suspicacias, ¿sabes? Hay muchos que nos acusarían de favoritismo o algo peor.

–Lo entiendo, hay mucho amargado que ve cosas donde no hay nada. Yo misma me enfrenté a eso hace mucho tiempo... –digo rememorando el pasado.

Subidas en una furgoneta del rancho llegamos a un prado que me deja boquiabierto. Esto es un prado en condiciones y lo demás son tonterías. Una extensión de fértil tierra se extiende hasta el infinito. Para rematar, estamos justo al lado de un lago tan calmo y limpio que dan ganas de llorar.

Aprovechando la agradable temperatura otoñal, nos acomodamos en la parte trasera de la furgoneta, y río al ver que no exageraba con lo de que Lupe le pone comida para un regimiento.

–Desde luego hambre no pasarás –bromeo.

–Ni sed –añade sacando con esfuerzo una botella de cinco litros de limonada fresca.

Entre risas varias pasamos un rato muy agradable. Siento que he encontrado una amiga y no solo para el tiempo que esté aquí. Al pensar en ello un pellizquito de dolor me asalta.

–Oye, ¿puedo preguntarte algo? –digo con tacto.

–Claro, dime.

–¿Sabes si ocurre algo entre King y Rick? Las veces que han coincidido me ha dado la impresión de que tienen algún problema. Al igual me equivoco, pero... –suavizo.

–La verdad es que bien tampoco lo sé. Creo que se conocen desde el instituto y que incluso jugaban juntos en el equipo. Luego fueron a la universidad con una beca deportiva y ahí creo que se torció todo, pero tampoco te puedo decir el motivo porque no lo sé. Si le preguntas a alguno de mis padres seguro que sabrán decirte algo más.

–Ah. Bueno, tampoco es que me importe mucho, era solo por saberlo... Ya sabes, sana curiosidad –miento.

Después de comer pedí a Flora que me acercara a casa, puesto que para continuar con mi plan de trabajo debo pedir ayuda a Ramón. Según llegamos él es a quien primero me encuentro, caminando inquieto de un lado a otro.

–Hola, Ramón. ¿Algún problema? –pregunto bajando de la furgoneta.

–Depende de cómo se mire –Al oírle, Flora y yo nos miramos con desconcierto.

–Ah... ¿Y cómo debo mirarlo? –pregunto.

–O'hara está enfadado. Contigo.

–Dime algo que no sepa –ironizo.

–Tendría que haberte llevado esta mañana a buscar lo que

necesitaras para la reforma de la cocina pero desapareciste del mapa. Él llamó para saber, descubrió lo que pasaba y...

–Y don histérico se puso de morros. ¿Me equivoco?

–No. Además dice que te estuvo llamando y tenías el teléfono apagado. Yo también lo hice y es verdad. ¿No tienes batería?

–Ah, pues... –digo sacando el teléfono del bolso–.No.

–¿Quieres que le llame y le diga algo? –ofrece con toda amabilidad.

–No, tranquilo, ya me entenderé yo con él.

–Bueno, si necesitas ayuda...

–Tranquilo, estoy vacunada contra la rabia –bromeo.

Tras comentarle lo que necesitaría para mañana y concretar un par de cosas, subo a mi dormitorio algo molesta. *¿Se pasa la vida con la casa sumida en los años sesenta y ahora le vienen las prisas? ¡Anda ya...!*

Candela_15:45

¿Me buscaba para algo, su

Serenísima Majestad?

King_15:50

¿Se puede saber por qué

demonios no contestabas?!

Candela_15:58

Fácil. Estaba amortizando

lo que me pagaste.

King_16:00

Debías ir con Ramón.

Candela_16:05

Debía comenzar a investigar.

King_16:07

¿Y ahora quién eres, Colombo?

Candela_16:09

¿No has pensado nunca en

trabajar en el circo? Como

payaso no tienes precio.

King_16:12

No me gusta que no contesten.

Candela_16:13

Ni a mí que me controlen.

King_16:15

SOY TU JEFE

Candela_16:16

MI CLIENTE. Y estaba

haciendo el trabajo por el

que me pagaste.

King_16:18

Ahora no puedo hablar. Hay

un imprevisto y no podré ir

hasta la semana que viene.

Candela_16:25

Oh. ¿Importante?

King_16:29

Trabajo...Mañana quiero que

empieces lo que pactamos hoy

Candela_16:31

Está bien... Pero que conste

que lo haré por Lupe.

King_16:33

Me vale.

Candela_16:35

Y si no te vale me da

lo mismo

King_16:36

?

Candela_16:38

Que me da igual que te valga

o no.

King_16:40

Deberás darme algunas clases

de español porque no te

comprendo. Eres muy complicada.

Candela_16:41

Dijo la sartén al cazo...

King_16:43

Luego te daré las

buenas noches.

Candela_16:44

Qué ilusión. No quepo en

mí de la alegría.

King_16:45

BRUJA

Candela_16:46

GRACIAS. HAGO LO

QUE PUEDO.

CAPITULO NUEVE

Paso la tarde con Lupe tomando medidas de la dichosa cocina. Ella está como niña con zapatos nuevos por la idea de “estrenar” lugar de trabajo. Cuando le pregunto el porqué no había reclamado que la actualizaran, su respuesta es bastante coherente.

–Llevo trabajando en esta casa casi toda mi vida. Incluso estrené todo esto. No sé, supongo que para mí no tenía nada de malo. La fuerza de la costumbre, digo yo...

–Ya, pero... ¿No te apetecía renovarla aunque fuera un poco? – pregunto enrollando mis improvisados planos.

–Me bastaba. Como además King suele estar mucho tiempo fuera...

–¿Por gusto o por trabajo? Me da la impresión de que estar aquí es lo que más le gusta –tanteo.

–Oh, sí. Lleva el rancho en las venas, lo que pasa que el deporte le hace pasar la mayoría del tiempo en la ciudad o viajando por ahí.

–¿Hace mucho que tiene el rancho?

–Toda la vida –contesta llenando un par de tazas de té y poniéndolas en la mesa–. El rancho era de su padre, poca cosa comparado con lo que es ahora. Ramón y yo vinimos poco después y hasta hoy. A King le hemos visto nacer, ¡imagínate! –dice casi sorprendida por el paso del tiempo.

–Vaya... Entonces debéis conocerle muy bien, ¿no? –tiento antes de dar un sorbo a la taza.

–Mmm... King no es de fácil acceso. Antes sí, pero después de lo de la universidad... –dice negando con la cabeza y torciendo el gesto.

–¿Lo de la universidad? ¿Qué quieres decir? ¿Le pasó algo allí? –pregunto haciéndome la tonta.

–No es ningún secreto, lo que pasa es que ocurrió hace tanto tiempo que mucha gente no lo sabe o ya ni siquiera lo recuerda.

»King y Rick eran amigos desde pequeños, casi como hermanos. Los dos eran competitivos a más no poder, lo que pasa que Rick, además, era celoso. Ya en el instituto jugaron juntos en el equipo y eran las estrellas. La pareja perfecta, decían muchos. El caso es que, en el último año de instituto, los ojeadores hicieron unas pruebas. A King le concedieron una beca deportiva. A Rick no.

Él siempre mantuvo que King le había saboteado, que no le había hecho buenos pases a propósito para que no destacase. A partir de ahí empezó a distanciarse de King, que no terminaba de creer que su amigo pudiera ser así.

–¿Y solo por eso tienen esa enemistad? –pregunto extrañada–. No sé, tal y como actúan es como si hubiera algo más... No sé, quizás me equivoque.

–Chiquilla que no me dejaste acabar. Pasas demasiado tiempo con Concha, ¿eh? –bromea.

–Pues sí –admito sonriendo–. Perdona. Continúa, por favor – digo zampándome la quinta galleta de chocolate.

–¿Por dónde iba...? Ah, sí.

»Bueno, pues resulta que Rick en el instituto tenía una novia. Una animadora. Eran como Barbie y Kent, daban hasta asco de lo guapos que eran. El caso es que esta chica era una interesada y, cuando vio que King era quien conseguía la beca, lo emborrachó y se lió con él. Eso terminó de matar la amistad entre ambos pese a que King ni se acordaba de nada porque la chica lo había drogado.

Lo grave fue que en la universidad King estuvo muy enamorado de una chica. Estaba tan enamorado que incluso tenía pensado casarse con ella. Rick seguía muy resentido por todo con King y, en cuanto tuvo la oportunidad, se vengó. No sé cómo consiguió liarse con esa chica y grabarlo. Luego no dudó en mandarle una copia de la cinta a King el mismo día de su cumpleaños.

–Caray... ¿Y la chica? ¿No quería a King? No entiendo cómo se lió con Rick estando ya con King –pregunto con un repentino regusto amargo.

–El caso es que ella sostuvo que Rick la había drogado y que no fue consensuado. Lo curioso del caso es que luego culpó a King de lo sucedido y lo abandonó.

–Espera, espera... ¿Estás diciendo que fue Rick quien supuestamente abusó de ella y ella culpó a King? ¡¿Por qué?! – pregunto desconcertada.

–Porque, según ella, todo fue por culpa de King. Ella sostenía que, si King no se hubiera liado con la chica de Rick, a ella no le hubiera pasado nada.

–Vaya culebrón... –digo más para mí misma que otra cosa–. Espera, entonces, ¿por qué Rick trabaja aquí?

–Ay niña... Porque King en el fondo se medio creyó esa historia y se sigue culpando en parte por lo que pasó en el instituto con los ojeadores y la primera chica.

–¿Y Rick? Si tantos celos tenía... ¿Por qué aceptó el trabajo? –pregunto intentando poner cierta lógica a toda esta historia.

–No lo sé. Según Ramón está esperando para dar el golpe final, pero... A saber. Él cree que está esperando a que King se enamore de verdad para hacerle un daño irreparable, pero claro... Eso es solo una teoría de mi Ramón. Quizás nunca lo sepamos realmente.

–Quién sabe, Lupe. Quién sabe... –digo meditabunda.

Cuando acabó su trabajo y marchó, llamé a Concha. Necesitaba volver por un rato a mi tranquila aunque algo surrealista existencia. Me puso al día de cómo iba todo, de las novedades del pueblo, de mis niñas... Incluso me contó que parece que Sara está encariñándose con un toro vecino. *iA ver si me van a hacer abuela!*, pienso riéndome sola por mi locura.

Después de cenar una pizza y ya en la soledad de mi cuarto, hago el intento de ver un programa de la televisión local que es bastante... bizarro, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, no dejo de darle

vueltas a la historia que me contó Lupe. La verdad es que daría para un libro. Dos amigos, un deporte, dos chicas, celos, traiciones... ¡Ni en Falcon Crest!

Debo admitir que, visto de esa manera, no me extraña que King no se fíe de su otrora amigo y no quiera que me quede sola con él. Bueno, supongo que ni yo ni ninguna mujer del rancho, vaya.

Justo cuando el programa que simulo ver consigue medio engancharme, mi teléfono se vuelve loco sonando. Ríe al oír a Los Inhumanos cantando “Me duele la cara de ser tan guapo” y de fondo una foto de King que le hice ayer mientras se quitaba la camiseta. Vale, soy algo cabronceta, pero es que... Él se lo busca. Descuelgo aún con la sonrisa en la cara.

–Pareces de buen humor, ¿no? –pregunta. *Si tú supieras...*, pienso.

–¿Y por qué no iba a estarlo? –contesto mientras recoloco los almohadones–. Por cierto, debo admitir que las camas de tu casa son muy cómodas.

–Vaya, gracias. Pondré en mi curriculum que soy buen escogedor de colchones, aunque a decir verdad no es mérito mío. Bueno, el mío sí. Ése es especial, como bien recordarás –dice con toda la intención.

–Si por especial se entiende como enorme y cómodo, sí. Definitivamente el tuyo es el más especial en el que he dormido – concedo.

–Caray... ¿Y cuál el que menos? Ya que estamos confesándonos...

–pregunta relajado.

–Un hotel perdido en un pueblo de Francia. Era como un agujero negro, ite hundías por todas partes! Odio los colchones tan blandos. A todo esto, ¿por qué diablos estamos hablando de colchones? –pregunto descolocada.

–Alababas mi cualidad para escoger colchones.

–Ah. Cierto. Y ahora que lo pienso, ¿por qué llamas?

–Mujer de poca fe... Ya te dije que te llamaría para darte las buenas noches, ¿recuerdas?

–¿Tanto te aburres? –respondo con sarcasmo.

–Um, depende de cómo se mire. Hoy estuve todo el jodido día grabando un anuncio de coches. El director repetía cada escena cien veces y se hizo eterno.

–¿Cuál era la historia? –pregunto con toda confianza.

–Ninguna. Era solo el coche, yo y una grúa que nos llevaba de un lado a otro. Cambiando de tema, ¿qué has hecho hoy?

–¿Quieres asegurarte de estar amortizando los cien mil? –pregunto con sorna.

–También. Aunque la verdad es que estoy algo aburrido. No me apetece leer, estoy demasiado cansado como para salir, no hay nada en la televisión...

–¡Eh! Yo estoy viendo un programa muy raro en el canal ocho y a lo tonto me ha enganchado.

–¿En el ocho dices? A ver...

–¿Qué haces? –digo al oírle moverse.

–Pues ponerlo para verlo contigo, encanto.

–Te recuerdo que estás a no sé cuántos kilómetros.

–¿Y? –dice cierta ironía.

–Que estás muy mal de la cabeza. Eso –respondo.

–Pues no lo negaré, no. Al fin y al cabo te he pagado una pequeña fortuna para que hables con mis vacas. Aunque bien pensado no sé si es de tontos o de locos. ¿Tú qué crees?

–De locos. En tu caso concreto se trata de locura pura y dura. Aunque si soy justa debo decir que en todo caso el loco sería Ramón, que fue quien me contrató.

–Él un loco por contratarte y yo un tonto por pagar.

–Hmm... Bien planteado. Punto para tí, King O'hara.

–¿Me estás dando la razón? ¿Quieres decir que Candela Guerrero me está dando la razón en algo y sin regatear? –pregunta fingiendo estupor.

–Sí pero no te lo creas mucho. Te doy la razón en que eres un

tonto, por si no te has dado cuenta.

–Ya me extrañaba...

Pasamos más de una hora al teléfono, comentando lo que estamos viendo en la televisión y hablando de todo un poco. En los días que llevo aquí es la vez que más cómoda he estado con él. Se muestra vivaz, sarcástico, bromista, culto... Y llego a una conclusión. Esta faceta de Hulk es muy peligrosa para mí.

–Mañana volveré a llamarte para saber cómo va la reforma y ver una película.

–¿Estás diciendo que me llamarás para ver una película? ¿Y eso qué sentido tiene?

–Mucho. Que tú no lo veas no significa que no lo tenga, encanto.

–Ah... Claro... Es lo más normal del mundo. No sé cómo no se me ocurrió antes... –ironizo.

–¿Qué le voy a hacer? Soy un visionario nato.

–Seguro... –añado con sarcasmo.

–Buenas noches, Candy.

–¿Cuántas veces tendré que decirte que no me llames así? Me llamo Candela, no Candy o encanto.

–Pero encanto, ¿por qué no puedo llamarte Candy? Me rompes el corazón con tu negativa –responde fingiendo ser todo inocencia. ¡Ja!

–¡Venga ya...! Como mucho te hago cosquillas en el ego, así que no me vengas con esas. Y buenas noches –digo con fingido orgullo.

–Buenas noches, mi dulce Candy –se despide con tono cálido y ronco.

Normalmente soy bastante noctámbula, pero esta noche me he dormido casi al instante. Al recordar el rato que pasamos hablando y cómo se mostró me hace sentir ciertas cosquillas que no me gustan nada. Ya una vez las sentí y el resultado fue casi catastrófico para mí.

No son las siete de la mañana cuando ya estoy metida en la cocina manos a la obra, y ahora mismo doy mil gracias por ser toda una manitas. De hecho, Concha siempre se burla de mí porque dice que soy la única mujer que conocer que se siente tan feliz en una tienda de bricolaje.

Lupe estaba tan ilusionada que no dudó en ofrecerse como ayudante, por lo que ni se me pasó por la cabeza hacerle el feo de rechazar su ayuda. Tras explicarle lo que tenía pensado hacer, ni se lo pensó. Cuando me quise dar cuenta ya había retirado casi todas las puertas de los armarios, ya vacíos desde ayer tarde. ¡Vaya crack!

Cuando Ramón vino a la hora de comer con tres tappers para comer no pudo evitar silbar de admiración por lo que su mujer y yo habíamos avanzado en una mañana.

–Esto está genial. Mañana si queréis os puedo enviar un chico que me sobra para que os eche una mano también.

–Te estaría muy agradecida, Ramón –digo adivinando su

intención de que Lupe no haga demasiados esfuerzos.

Ayer supe que había superado un cáncer hace pocos años. Debía jubilarse en ese momento pero se negó. Entonces, King decidió que sólo se encargara de la cocina, y contratar a dos personas para que se ocuparan del resto de tareas bajo su supervisión. Según le dijo, la ascendía a ama de llaves. Todo un gesto por su parte.

Después de comer dejamos a Lupe en su casa, y Ramón y yo nos dirigimos a ver a mis amigas las vacas. Admito que estoy bastante cansada hoy, pero esto es por lo que cobré al fin y al cabo.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –pregunta Ramón mientras vamos entrando al box.

–Claro que sí. Tranquilo, no va a pasar nada. Necesito verlas actuar en libertad y cómo reaccionan con los demás.

–Bueno, tú sabrás que eres la experta –cede mientras comienza a abrir la puerta del corral.

–¿Qué estáis haciendo? –oímos de repente. ¡Joder qué susto!

–Hola, Rick. Voy a llevarme a las vacas de excursión al prado norte–digo intentando sonar lo más natural posible.

–¡¿Sola?! Estas vacas son demasiado peligrosas como para que te las lleves tú sola. Me niego –Uy.

–¿Sabes en qué se diferencian tu opinión y la comida china? En que la comida china la pido.

Sin mirar atrás salgo tan ricamente con las cuatro vacas en fila india. Como si ellas fueran conscientes de lo sucedido, salen con la cabeza bien alta, y no dudan en mover los rabos casi con intención de golpear a Rick. Ramón por su parte a duras penas puede contener la sonrisa y debe disimular como puede. *Con prohibiciones a mí un tipo que ni me va ni me viene... ¡Ja!*

Como tampoco soy idiota ni estoy loca, bueno, dejémoslo en que mi locura no roza un nivel peligroso, Ramón y un ayudante suyo están cerca por si les necesitara.

Después de una placentera caminata de unos veinte minutos, llegamos al prado norte. Me fastidia reconocerlo pero don histérico ha hecho un trabajo genial con este sitio. Obviamente sé que gran parte del mérito es de Ramón, pero él mismo me ha reconocido que King está detrás de casi cada decisión de mejora que se ha tomado.

Parapetadas tras una cerca de blanca madera, las cuatro vacas y yo observamos al resto del ganado. Yo me limito a estudiarlas y a hablarles, fijándome en cada leve reacción que muestren.

Ya de camino me dí cuenta de que Elisabeth y Marylin son pareja de paseo, así como lo son Ava y Rita. Mucha gente no sabe que las vacas eligen, digamos, que a una amiga especial, llegando incluso a acompañar su frecuencia cardíaca. Me lo terminan de confirmar por cómo se han colocado en fila mirando por sobre de la valla. *Bien, vamos por buen camino.*

—¡Vaya! Tenéis muy buenos toros por aquí, chicas.

–Muuu... –muge Marilyn.

–Muuu...–replica Elisabeth con un tono diferente. *Vaya, vaya...*

–¿Y vosotras qué opináis, chicas? –pregunto a Ava y a Rita, que están a mi derecha–. Ese toro negro por ejemplo tiene una musculatura preciosa. Y su pelaje brilla que da gusto –tiento.

–Mu... –muge a desgana Ava mientras busca con la mirada algo más lejos.

–Muu... –accede Rita.

Siguiendo la mirada de Ava descubro un semental negro impresionante. Está montado por un vaquero que parece... No sé, me parece muy poca cosa para semejante caballo. Apartándome unos metros llamo a Ramón por el radio transmisor que me dejó antes.

–¿Ramón? ¿Me oyes?

–Sí, Candela. Dime.

–¿Ves ese caballo negro? A mis diez.

–Sí. ¿Por qué?

–¿Puedes contarme algo sobre él? ¿De quién es?

–A ver...Es Trueno, el caballo de King.

–¿Y quién suele montarlo?

–Pues King cuando está aquí. Los demás apenas podemos

acercarnos. Hoy es Ben quien lo monta y me parece que no querrá volver a hacerlo, por lo que veo.

–King... –murmuro pensando en voz alta.

–¿Por qué me lo preguntas?

–¿Eh? Ah, no no, por nada, por nada... O sí. Debo terminar de analizarlo... Gracias, Ramón. Cuando quieras podemos regresar.

El camino de vuelta a casa lo hago casi en silencio, agotada pero a la vez con la mente bullendo de trazos de lo descubierto hoy. Lógicamente me falta bastante para conseguir aclarar cuál es el problema de esas vacas, pero creo haber descubierto los hilos de los que tirar.

Tras cenar una ensalada ligera me metí en la cama con mi libreta de notas. Cada día necesito hacerlo para ir poniendo en orden mis descubrimientos. Al plasmarlos en papel es como si consiguiera ponerlos en contexto, hallar los nexos por muy inverosímiles que parezcan.

Cuando estoy acabando de desarrollar la última de mis hipótesis, el inconfundible tono de King vuelve a la carga. A duras penas consigo controlar el ligero hormigueo que, para mi desgracia, comienza a revolotearme en el estómago cada vez que lo oigo.

–¿Tú no tienes vida social? –disparo directamente.

–Yo también me alegro de escucharte, encanto –da por respuesta–. Y sí, quizás demasiada, incluso.

–¿Y entonces por qué me llamas? Si te cayera bien aún lo entendería, pero va a ser que bien bien no es que nos caigamos – cargo en contra suya.

–Cuando quiera ser mordido por un dóberman allanaré una propiedad privada, gracias. Buenas noches, Candela. A ver si descansar te aligera el mal humor.

Cuelga dejándome con la palabra en la boca, y de inmediato me siento mal por haberle avasallado de esa manera. Las palabras que Concha me dice a menudo vienen a mi mente: “A veces eres más bestia que mi burro Bartolo”.

Candela_21:40

Disculpa. Hoy he tenido un
día muy largo y lo pagué contigo

King_21:45

¿Mal día?

Candela_21:46

A decir verdad, no. He hecho
mil cosas y el cansancio me ha
jugado una mala pasada.

¿Me perdonas?

King_21:48

No sé... ¿Te gustan las series tipo

CSI, Mentas Criminales...?

Candela_21:49

¿Bromeas? No me pierdo

ni un capítulo de ambas.

King_21:51

Pon el canal 42. Y esta

noche llamas tú.

Candela_21:52

Hecho.

–Hola –digo con suavidad plenamente consciente de mi error de antes.

–Vaya... Esto es un tono agradable, sí señora.

–King... No apures tu suerte.

–Me gusta cómo dices mi nombre. Lo haces de una forma muy

erótica, ¿lo sabías?

–¿Cómo que de una forma erótica? ¡De eso nada! Lo digo normal. Si lo dijera de una forma erótica te aseguro que notarías la diferencia.

–Perfecto. Hagamos la prueba.

–¿Qué? –pregunto estupefacta.

–Lo que oyes. Imagina que estoy ahora mismo en la cama contigo, mordiendo la parte trasera de tu cuello mientras voy acariciando con suavidad tus pechos. Dí mi nombre, Candy. Adelante, encanto –dice con un susurro ronco que me eriza la piel de arriba a abajo.

–King... –logro decir imaginando con muy poco esfuerzo la estampa que me planteaba.

–Joder... Tu voz es puro terciopelo.

–Gracias... supongo –contesto a duras penas-. ¿Qué te parece si vemos esas series? –digo intentando cambiar de tema, provocando una risa ronca y profunda al otro lado de la línea.

–Sí... Mejor hagamos algo que no hiera tu pudorosa sensibilidad –contesta con sorna.

–Perdóname por no ser una exhibicionista malpensada como otros...

Estoy tan cansada que, aunque lucho por mantener los ojos

abiertos, el cansancio me vence. En mi descargo debo decir que, entre el cansancio y la voz cálida y profunda de King al oído, hubiera sido un milagro que aguantara despierta más de los dos capítulos que aguanto.

No sé si es verdad o no lo estoy soñando, pero creo oír a King sonreír y susurrar algo.

—¿Sabes? Eres como un buen trago de tequila. Quemamos pero siempre se quiere más. Buenas noches, Candy. Que duermas bien.

CAPITULO DIEZ

Pensativa voy removiendo la taza del desayuno entre mis manos. Madre mía, aquí los días me pasan en un pestañeo. Entre las mañanas metida en la cocina terminando la reforma, y las tardes con mis pacientes bovinos... El tiempo vuela.

A lo tonto ya han pasado cuatro días desde que discutimos y me quedé dormida. Sonríó con tristeza al recordarlo. Al día siguiente me levanté como un pollo descabezado. No hice una a derechas. Fue entonces cuando me hice el firme propósito de no sucumbir a su encanto. Me resisto a darle ese poder a alguien de nuevo. Lo malo es que, al llegar la noche, anhele el momento en que mi teléfono comience a sonar aun cuando a lo largo del día intercambiamos algún que otro mensaje.

Sin saber muy bien cómo hemos establecido una rutina. Después de cenar me llama y, teléfono en ristre, vemos juntos alguna película o serie mientras hablamos de todo tipo de cosas. Desde cómo nos ha ido el día hasta política o historia.

–Estás muy pensativa hoy, criatura –dice Lupe devolviéndome a la realidad.

–Pensaba. Solo nos falta el suelo por acabar y aún han sobrado casi cincuenta dólares del presupuesto. ¿Algún capricho? Aprovecha que solo tenemos día y medio –digo con picardía.

–¿Seguro que solo es eso? –dice sentándose a mi lado con un taza de café–. Hace días que te veo... despistada.

–Sí, tranquila. Tengo muchas cosas en la cabeza. La reforma, lo del ganado, las cosas de mi casa... –contesto eludiendo la realidad.

–Hmm... Será eso –afirma mirando al infinito fingiendo creerme.

–Gracias –digo consciente de su respeto.

–De nada –contesta dedicándome una sonrisa cómplice–. ¿Sabes? Mi madre solía decirme algo que, a lo largo de los años, he comprobado que era verdad. Siempre me miraba y me decía: “Hija, lo peor que puedes hacer es permitir que el miedo a fracasar te pare. Lo que tenga que ser, será.”

–Sabias palabras, sí.

–Sí. ¿Y sabes qué? Hoy soy yo quien te las dice. No tengas miedo, Candela. Sé que crees que solo tienes a Concha, pero no es así. Eres de esa clase de persona que con solo tu presencia regalas alegría y bondad. Y los demás lo notamos y lo agradecemos. Tienes más personas a tu lado de las crees.

–Gracias –digo con un nudo en la garganta.

–A ti –dice levantándose del banco y entrando a la cocina–. Ah, y no estaría mal un especiero nuevo.

–¿Un especiero? –repito descolocada.

–Con lo que sobra.

–¡Ah! Así que un especiero... Llamaré a Bill a ver qué tiene por la tienda. Hemos hecho buenas migas –digo guiñando un ojo y

provocando que ría abiertamente.

–Ese viejo loco... Le has caído muy bien. A todos los del pueblo, de hecho –dice ya entrando en la cocina.

Tras darle vueltas al sabio consejo de Lupe, me levanto del escalón donde estaba sentada con toda la decisión del mundo. Mi vida es mía. No voy a permitir que nada ni nadie vuelva a dirigirla. Mi vida, mis decisiones.

Al finalizar la mañana Lupe, Bobby, el chico que Ramón nos cedió para que nos ayudara, y yo sonreímos satisfechos recreándonos con el resultado de nuestro trabajo. Si alguien nos viera creería que estamos mirando alguna famosa obra de arte.

–Está mal que lo diga pero... ¡Qué demonios! ¡Nos ha quedado genial! –exclama una emocionada Lupe–. Muchas gracias, Candela. Si ahora está así es gracias a ti.

–En todo caso gracias a vosotros dos. Hubiera sido imposible que yo s...

–¡Caray! –oímos de repente a Ramón–. Porque sé que lo han hecho ustedes, que si no pensaría que ha pasado una tropa de operarios por aquí.

–Y nos han sobrado cuarenta y cinco dólares –digo con satisfacción. Lupe al escuchar eso se extraña–. Bill me regaló el especiero.

Al oírme todos estallan en una ruidosa carcajada. Bill al parecer

es famoso por su racanería, pero desde el primer momento debí caerle en gracia. Según se ve he conseguido un hito histórico en el pueblo. En cuarenta años jamás había regalado nada, ni siquiera un triste tornillo.

Como estábamos casi de celebración, Bobby nos convenció a todos para ir a comer al pueblo. Incluso Flora se nos unió en la improvisada fiesta.

Como excepción, hoy decidí no ir a ver a las vacas. Cada día he ido y creo tener bastante encaminada la solución al problema. Solo me falta determinar el problema de Ava. Tengo mis sospechas pero hasta que no llegue King no podré salir de dudas.

Durante la comida no pude evitar oír hablar a varios parroquianos sobre el partido de esta noche. Todos sin excepción decían que, pese a que sería el partido más complicado de la temporada regular –aún no consigo entender bien eso–, estaban convencidos de que, gracias a King, ganarían.

Mientras me duchaba decidí tomar el toro por los cuernos y nunca mejor dicho. Al salir me puse ropa cómoda, cogí el mando de la televisión y la tecnología hizo el resto. Estúpidamente dudo. Algo me dice que, después de verlo, mi forma de pensar sobre King no será la misma que tengo ahora. Lo que no sé es si el cambio será a mejor... o no. *Va, no seas gallina y ponlo*, me digo a mí misma.

El partido duraba unas tres horas, pero yo estoy durante cinco horas pegada a la pantalla. En varias ocasiones me vi a mí misma retrocediendo la imagen para ver los movimientos de King una y otra

vez. El cómo hablaba con sus compañeros, cómo estudiaba cada jugada, su mirada, sus gestos... Ganaron, pero el resultado me era lo de menos.

Enrollada en una manta en el sofá de mi cuarto no paro de dar vueltas a lo que siento ahora mismo. Estoy como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. Un cúmulo de sentimientos totalmente inesperados me bombardean. El miedo de cada jugada en la que le derribaban, lo orgullosa que me sentía cuando sus pases acababan bien, el cómo sabía en cada momento lo que estaba pensando por los gestos y miradas que tenía...

Lo más grave de todo son las cualidades que he descubierto que posee. Francamente, creo que hubiera sido mucho mejor para mí descubrir a un hombre egoísta, falto de intuición, torpe, cobarde... Pero por desgracia es todo lo contrario. Ha resultado que Hulk, don ego herido, don histérico o como le llame habitualmente, parece ser un hombre generoso, con gran inteligencia en muchos aspectos, tremendamente hábil, cabal, buen compañero, simpático... En resumen, todo lo que no me conviene que sea. Para rematar es guapo a rabiar y con un cuerpo que quita el hipo y los siete males. *Genial, si salgo ilesa de ésta me mereceré un premio.*

Aún dando vueltas al asunto me meto en la cama. Al ser día de partido presupongo que estará demasiado ocupado como para nuestra tertulia nocturna. Con cierta desilusión abro un libro a ver si me da sueño. Intenté ver la tele pero, por extraño que parezca, echaba de menos los comentarios de King sobre lo que íbamos viendo.

Ni siquiera sé la hora que es cuando unos pasos me hacen alzar la

vista del libro. *¿Alguien en casa?* Alarmada me levanto despacio, en alerta. *Espero que las clases de krav maga sirvan para algo llegado el caso*, pienso mientras pego la oreja a la puerta. Sé que hay seguridad permanente y alarma, pero... Como para fiarse.

Con sigilo abro la puerta, pero inesperadamente me topo con una pared de carne y hueso que huele a las mil maravillas. Automáticamente reconozco ese olor.

–¿King?! –pregunto perpleja.

–Caray, ¿tienes un radar para detectarme? –bromea con ironía.

–No, lo que pasa es que un elefante en una cristalería es más silencioso que tú –respondo aún desconcertada–. ¿Qué haces aquí? Pensaba que llegabas mañana.

–Y yo, pero me apetecía venir a casa.

–En Houston también tienes casa –replico apartándome con disimulo.

–¿Acaso te molesta mi presencia? Te recuerdo que es mi casa y vengo cuando quiero –contesta con seriedad.

Va en vaqueros, un jersey fino y una chaqueta de cuero bajo el brazo. Aparenta estar fresco, pero al mirarle a los ojos veo claramente cómo se siente.

–Date una ducha y ponte cómodo mientras te preparo algo. Pareces cansado –afirmo sin dudar.

–Lo estoy –admite con gesto somnoliento–. Lo cierto es que lo que más me apetece es tumbarme y ver un rato la tele. ¿Te apuntas?

–Sí, claro –acepto algo perpleja aún.

–Bien. Hoy hacen una peli muy buena –dice agarrándome de la mano y guiándome a su dormitorio.

–Ey, ey. ¿A dónde me llevas? –Al escucharme se para y me mira como si me hubieran salido siete cabezas.

–Pues a ver la película que te dije.

–¿Y para eso tenemos que ir a tu dormitorio?--Mi pregunta le hace alzar una ceja.

–Podemos ir al tuyo, pero te recuerdo que mi cama es más grande.

–¿Y qué tiene que ver ahora el tamaño? Ya sé que la tienes grande.

De inmediato me pongo como la grana al entender el doble significado de mis palabras. Maldigo para mis adentros al ver su sonrisa.

–La cama. Quería decir que tu cama... –intento explicarme de forma patética.

–Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía ser si no, encanto?
–*Maldito cretino...*

–No has respondido. ¿Por qué tenemos que ir a tu dormitorio para ver la película? –Él se limita a observarme apoyado en su puerta.

–Encanto, es tarde, estoy cansado y quiero ver una jodida película contigo. ¿En qué cama prefieres que amezcamos, en la tuya o en la mía? La mía es la más grande y podemos dormir los dos sin problemas. La tuya es más pequeña y, tarde o temprano, coincidiremos durante la noche, y si estoy dormido no me hago responsable de lo que pase. ¿Comprendes a lo que me refiero o quieres que sea más claro? –Al entender su planteamiento afirmo con la cabeza sin dudar.

–Ve poniéndote cómodo que voy a por algo de comer.

–Buena chica. ¡Ah! Y por cierto... –dice acercándose hasta quedar a escasos centímetros—. Hola.

Un tierno beso. Ese simple gesto me hace temblar como gelatina mientras sus labios me besan con dulzura, casi de un modo inocente. Sus manos cálidas y grandes sujetan mi cara con delicada firmeza, acariciando mis mejillas con sus pulgares. Para mi desgracia se separa demasiado pronto, aunque no duda en apoyar su frente en la mía y seguir acariciándome con parsimonia.

–Candy, Candy... Eres una maldita bruja con una boca hecha para el pecado.

–Y tú un imbécil con una espalda demasiado bien hecha. –Su cuerpo vibra en consonancia con su risa.

–¿Y qué hay de mi trasero?

–Hmm, está bien. No me gusta tanto como tu espalda pero lo tienes aprovechable.

Una carcajada suya rompe el silencio de la noche. La semi penumbra en la que estamos perfila los rasgos de su cara como el mejor retrato al carboncillo. El mentón firme y ancho, la nariz romana, los ojos penetrantes...

–Vamos a cenar algo.

–¿Has cambiado de idea?

–Créeme, mejor que ahora estemos lejos de una cama.

–Oh –digo al comprender.

–Sí, *oh* –dice imitándome.

Bajamos a la cocina cogidos de la mano, en silencio. Yo soy la primera en entrar y encender la luz, sin percatarme de que él se ha quedado plantado como un pino en la puerta. Va mirando todo con los ojos desorbitados, estudiando cada pequeño detalle.

Los muebles de nogal lijados y barnizados, encimeras nuevas de acero, la isla nueva con zona de desayuno, la mesa restaurada, la pintura, los suelos pulidos...

–Sorpresa. ¿Te gusta el resultado? –tanteo al ver su gesto serio—. Y han sobrado cuarenta y cinco dólares del presupuesto –añado por si acaso.

–¿Me estás diciendo que has dejado la cocina en este estado y

encima te ha sobrado dinero? ¡Y en una semana!

–Ese era el trato. Por cierto, no estaría de más que renovaras los electrodomésticos. Yo solo pude renovar el microondas –confieso.

–Tú misma.

–¿Yo misma qué? –pregunto con el cuchillo en alto.

–Que cojas lo que se necesite. Lo dejo en tus manos. Toda la casa, de hecho. Presupuesto ilimitado. ¿Qué opinas?

–Que estás rematadamente loco. Eso opino. Tu casa. Tu decoración. A mí no me mires –niego poniendo los bocadoillos en los platos de malos modos.

–¿Por qué no? Además te recuerdo que tengo que amortizarte de alguna manera. –Ya estamos...

–¿Te recuerdo por enésima vez para qué me contrataste? Y por cierto, lo tengo bastante encaminado. Me quedan solo un par de cabos por atar.

–¡Perfecto! Si tan encaminado lo tienes, no veo el problema para que te encargues de actualizar el resto de la casa. ¿Qué problema hay en elegir muebles nuevos y tirar los viejos? ¿O es que no te ves capaz? –pincha mientras subimos las escaleras.

–Y sin tan fácil lo ves, ¿por qué demonios no lo has hecho tú antes? ¿O es que eres tan despistado que hasta que no vine y te dije que tu casa se veía más vieja que la guardería de Matusalén no te

habías dado cuenta?

–¿La guardería de Matusalén? ¿Bromeas? –Al escuchar el tono que emplea no dudo en mirarle por sobre el hombro, evidenciando que, de broma, nada–. Muy bien, dime tus condiciones. Negociemos –dice mientras entramos en su dormitorio.

–Sí o sí quieres que lo haga, ¿no? –pregunto con los brazos en jarra–. Muy bien. Haré algunos cambios en el resto de la casa menos –recalco– aquí, en tu dormitorio.

–¿Y puedo saber por qué aquí no? –pregunta poniendo el plato en la mesilla y comenzando a quitarse ropa a una velocidad de vértigo.

–Pues porque el dormitorio es un lugar... ¡Por dios, ¿pero es que no puedes desvestirte en el baño?! –protesto al verle quedar solo en ropa interior.

–Claro que puedo, pero no quiero. –Al ver que quedo en silencio estudiándole idiotizada totalmente, no duda en ponerse delante mía, obligándome a mirarle a los ojos –¿Decías, encanto?

–¿Eh? Ah, sí. Decoraré todo menos esta habitación. Y es una cuestión de respeto. Si alguna vez traes a tu pareja no creo que le haga mucha gracia dormir en una cama donde otra eligió las sábanas.

–Tú eres la única mujer que ha dormido en esta cama. En esta casa, de hecho –afirma–. Exceptuando a Lupe y su familia, claro está.

–Claro está –repito asimilando lo que ha dicho.

–¿Y bien? ¿Lo harás? –pregunta acariciándome los brazos con suavidad.

–Todo menos este cuarto. Me gusta cómo está.

No sé si sonrío por haberme convencido o porque le haya dicho que este dormitorio se salva de la quema. El caso es que verle sonreír de esa manera produce un peligroso efecto atontizador en mí.

–Perfecto. Y ahora veamos esa película mientras comemos algo. ¿Te parece?

–De acuerdo.

–Caray. Me parece que a partir de ahora cada vez que deba hablar contigo lo haré en calzoncillos –bromea.

–Ni se te ocurra que te conozco, King O'hara.

Como me negué en redondo a comer en la cama, no le quedó más remedio que, obedientemente, sentarse en el sofá. La verdad es que con lo rápido que comía no hubiera caído ni una miga en la cama. A cambio, yo acepté poner la película solo cuando hubiésemos acabado y ya estuviésemos en la cama.

Odio admitirlo pero el momento fue algo... incómodo. Se me hacía una acción muy íntima el estar los dos apartando las sábanas para meternos en la cama.

Con la firme determinación de estar lo más lejos posible de él, casi me puse en la otra punta de la cama. Él, al ver mi intención,

sonrió con sarcasmo. Mientras él se había acomodado casi acostado, yo permanecía sentada y apoyada en los almohadones.

–No me extraña que tengas ese carácter de mil demonios, poniéndote así de tiesa para ver una simple película –comenta con sarcasmo.

–¡Yo no estoy tiesa! –contesto ofendida a sabiendas de que tiene razón.

–¿Ah, no? ¿Acaso te pones así cada noche?

–Pues claro que no –confieso sin querer.

–Entonces es que mi presencia te altera tanto la libido que no puedes relajarte. Si no te ves capaz de controlar tu apetito sexual...

–¡¿Serás cretino?! Tengo perfecto control sobre mis instintos, gracias. Y más si se trata de tí.

–Perfecto. Entonces no tendrás problema alguno en tumbarte de una jodida vez para ver la película a gusto, ¿cierto? –reta alzando su brazo derecho para que me apoye.

A regañadientes me tumbo a su lado, apoyando la cabeza en su hombro. Me duele admitir que, en lo más profundo, un gustirrinín bastante agradable me envuelve al tener su calor tan cerca. Siento tranquilidad a su lado, como si pudiera desprenderme de mi armadura sabedora de que él me protegería. Y eso me asusta enormemente. Mucho.

–Mucho mejor.

–Si tú lo dices... –protesto mientras enlazamos los pies casi en sincronía.

Al comenzar la película, King está más callado de lo habitual. Presuponiendo que es por el cansancio del partido, alzo la vista para mirarle, y me topo con que su respiración regular y el silencio se debían, básicamente, a que estaba dormido como un bebé.

Sonriendo al verle tan relajado y vulnerable, decido levantarme y volver a mi dormitorio. Por muy grande que sea la cama, necesitará todo el espacio posible para descansar.

Con sigilo intento levantar la cabeza y separarme de su lado, pero en una rápida maniobra me deja, literalmente, pegada a su cuerpo. Su brazo me aprisiona por la cintura apretándome contra sí, apoyando su barbilla en mi cabeza.

–A dormir... –susurra.

–¿No estabas dormido?

–Nunca te confíes.

CAPITULO ONCE

Vaya frío, vaya frío... Y lo *mejor* es que aún no ha llegado oficialmente el invierno. *¡Menos mal!*, pienso con alivio mientras entro a toda prisa en la casa. Lupe sonrío al verme sacudir como un perrito. Estamos a principios de diciembre y, según Ramón, éste está siendo más frío de lo habitual. Como apenas me traje ropa, tuve que ir un día con Lupe y Flora de compras. Fue divertido variar la rutina, y además era la primera vez que salía del pueblo. Fuimos a San Antonio y, según me comentaron, Houston queda a la misma distancia. Ahí valoré el esfuerzo que King hace tan a menudo por venir al rancho.

Desde aquella noche se forjó una nueva y extraña costumbre entre nosotros. Cada vez que viene compartimos dormitorio. Sí, ya sé que es extraño, y más si tenemos en cuenta que no somos pareja ni amantes. Además viene mucho más que antes, o eso al menos me dijo Lupe un día con cierta picaresca.

–Por dios qué frío hace ahí fuera –comento quitándome los guantes de lana.

–Ya te veo, ya –dice mientras se quita el delantal.

–Me parece que mis amigas las vacas tendrán que esperar hasta mañana –pienso en voz alta mirando por la ventana de la cocina.

–Sí, se avecina tormenta. Dudo que King pueda venir hoy –dice poniéndose a mi lado.

–¿Apostáis algo? –oímos de repente. Ambas giramos de

inmediato al reconocer la voz.

–¿King?! ¿Pero hoy no tenías partido? –pregunto.

–Sí, pero caí lesionado. Me temo que me tendréis por aquí varios días, señoras –anuncia alzando el cabestrillo que luce en el brazo derecho.

–¡Fantástico! –exclama Lupe–. Bueno, me refiero a lo de tenerte por aquí –aclara mirando a King.

–Tranquila, Lupe. Además no hay mal que por bien no venga, ¿verdad? –contesta King. En silencio le observo. A mí no me engaña.

–Bueno, me voy que quedé con Flora para ir a hacer las compras de navidad. Hasta mañana, Candela. King, mañana nos vemos. ¡Ay qué ilusión me hace! –dice saliendo de la cocina.

Quedamos en silencio. Mientras se sirve un vaso con agua yo le voy observando con atención. La rigidez de su mandíbula, la tensión de su espalda...

–Ya puedes dejar de fingir, King –digo apoyada en la mesa de la cocina.

–¿De qué diablos hablas ahora? –contesta a la defensiva dejando el vaso en el fregadero.

Está de espaldas a mí, mirando por la ventana. Tras un suspiro de resignación, me acerco hasta ponerme a su lado, posando mi mano sobre su brazo bueno.

–Déjame adivinar, ¿vale? Final de temporada regular. Os jugáis pasar a los play-off. Te rompes durante... ¿tres, cuatro semanas? Además sigues dándole vueltas a tu retiro. Si pasáis, bien, podrás seguir luchando por despedirte en lo más alto, pero si no pasáis...

–Pero bueno, ¿no sabes nada de este deporte ni de mí y ahora te crees con derecho a pronosticar resultados y cómo me siento? Pues déjame decirte una cosa, señora sabelotodo. Yo... –al mirarme a los ojos se desmorona– te debo dar la razón en todo –claudica.

–Yo no quiero la razón, King. Quiero que te desahogues. No te hace ningún bien sumar tensión a la lesión. Si lo que quieres es recuperarte, lo primero que debes hacer es relajarte.

–Lo sé, lo sé –admite rodeándome los hombros con su brazo izquierdo–. Es que... Joder... No era el momento.

–Bueno, a ver si te crees que las lesiones van a pedir cita a ver cuándo te va bien que aparezcan. Aparecen y punto –digo provocando que sonría.

–Empiezo a creer que es el karma. Lesionado y condenado a pasar todo este tiempo con una bruja.

–Pues tú sabrás lo que has hecho mal, majete. Además, nadie te obligó a venir hasta aquí. Tranquilamente podías haberte quedado en H... –Estrujándome contra sí y besándome con rapidez me hace callar de inmediato.

–Hola –dice con suavidad al liberar mis labios.

–Hola –contesto con la misma suavidad.

–¿Comemos? Me parece que llenar el estómago es un buen inicio de recuperación.

–Bien dicho. Además hoy Lupe hizo un asado que sabe a gloria –añado sonriente.

–Pues venga, te echo una mano... literalmente –dice con cierta tristeza.

Pasamos la tarde solos en casa, tranquilos. Desde la última vez que vino, es decir la semana pasada, me dió tiempo a terminar el salón. Ahora sí que dan ganas de sentarse y relajarse y no de salir corriendo. Con la excusa de poder descansar el brazo en el reposabrazos, de inmediato se apropió de la parte del sofá con chaise- longue. *Como si le hiciera falta una excusa...*, pienso sentándome a su lado.

–Pues no ha quedado nada mal... –comenta dando una ojeada alrededor durante un descanso publicitario.

–Gracias, aunque no tiene ningún mérito. Lo difícil hubiera sido dejarlo peor que antes –añado con sinceridad.

–¿Siempre eres tan sincera o es que te gusta tocarme las narices?
–pregunta mirándome.

–Bah, digamos que me inspiras –respondo con fingida inocencia.

Dando por sentado que querría dormir solo, después de cenar

vine directa a mi dormitorio aprovechando que estaba hablando por teléfono con Ramón. Por lo visto, la tormenta de la tarde provocó varios destrozos y organizaban el trabajo para mañana.

Estoy con el pijama a medio poner cuando abre la puerta sin ni tan siquiera llamar. Viene despotricando que da gusto pero calla de inmediato al verme en sujetador. *Joder, llego a saberlo y me pongo uno un poco más... motivador*, pienso por un segundo mientras me abotono a toda prisa.

–¿Qué haces aquí? –logra decir tras respirar hondo.

–Es mi cuarto. Duermo aquí –contesto perpleja.

–No cuando yo estoy.

–Ya, pero resulta que ahora estás lesionado.

–¿Y?

–Pues... Supongo que quieres dormir cómodo, ¿no?

–Para eso ya tengo un colchón especial –protesta de malos modos.

–No te gusta dormir en el otro lado de la cama –argumento no sin cierta confusión.

–Ya decidiré yo dónde estoy cómodo y dónde no, gracias. Ahora haz el favor de venir para que podamos ver nuestras series.

–Estás un poco dictador, ¿no? ¿Tienes mala leche concentrada o

qué? –pregunto mientras salgo pasando delante suya.

Dos semanas. Lleva dos semanas aquí y ya he estado a punto de atarlo a las vías del tren en varias ocasiones. *¡Qué hombre más desesperante, por favor!* Aunque ha hecho grandes progresos, aún le quedan unos días para estar bien del todo. Incluso yo he acabado ayudándole con la rehabilitación en coordinación con el servicio médico del equipo. O se recupera o le hago un exorcismo, una de dos.

Jamás he conocido a alguien tan desesperante. Dejando de lado el tópico de que los hombres son más quejumbrosos que nosotras, la realidad pura y dura es... que lo son. Lo he comprobado. No entiendo cómo es capaz de soportar que moles de ciento cincuenta kilos lo arrollen día sí y día también pero hacer un ejercicio la mar de simple le ponga de tan mal humor. Incluso he acabado mandándole a la mierda en más de una ocasión.

Lo cierto es que, aunque me queje, gracias a su lesión y a la terapia de las vacas se me ha hecho más llevadero el soportar estas fechas. Hoy es nochebuena y, pese a que Lupe y Ramón nos insistieron para que la pasáramos en su casa, finalmente declinamos la invitación.

Después de hablar con Concha largo y tendido y de prometerle de mil maneras que estaba bien y que cenaría como se debía, nos pusimos a preparar la cena. Admito que es divertido mezclar costumbres de ambos sitios.

–Bueno, encanto, me parece que este pollo ya está listo –afirma abriendo el horno.

–Mmm... Sí, pero aparta que ya lo saco yo –le pido al ver sus intenciones.

–Créeme, el día que no pueda sacar un pollo del horno con una sola mano es que no sirvo para mi trabajo.

–Ah. ¿Significa eso que en tu trabajo no se necesita mucho sentido común? –razono con ironía.

–Acabas de recordarme el porqué te llamo encanto.

–Un placer recordártelo.

Cenamos un auténtico festín. Aunque solo seamos dos, no falta de nada. Desde el marisco tan típico nuestro, al pollo relleno o el ponche. Para mi asombro, él mismo se encargó de prepararlo todo, teniendo yo que encargarme del postre al declararse él un auténtico inútil en ese aspecto culinario.

Aunque no nos hemos vestido de una manera formal, sí que es cierto que vamos algo más arreglados que de costumbre. Él con una camisa blanca remangada al codo y pantalón gris y yo con un sencillo vestido rojo que me compré con las chicas. El tiempo que él invirtió en afeitarse yo lo utilicé para peinar mi melena suelta. Al tener el pelo rizado, suelo llevarlo recogido en una trenza o con pinzas, por comodidad más que nada, y eso hace que muy pocas veces se me vea con la melena suelta y bien peinada. *De higos a brevas*, como dice Concha.

–Bueno, Candy, ¿por qué te parece que podemos brindar? –pregunta descorchando una botella de champán.

–No sé... ¿Por la salud, porque no terminemos en el hospital y... por las vacas? –sugiero mientras llena las copas que yo sostengo.

–Mejor déjame a mí –dice cogiendo su copa–. Veamos... Brindo por la salud, por la amistad, sea entre humanos o con animales, y... por nosotros. Salud.

–Salud –respondo chocando nuestras copas.

Ya en la cama, me mira de una forma que me pone nerviosa. El que llevamos varios meses compartiendo cama y que, últimamente, estemos juntos casi las veinticuatro horas, me tiene los nervios a flor de piel. Si ya en la distancia se me hacía duro ignorar lo que empezaba a sentir, ahora me resulta un esfuerzo titánico. De mil maneras posibles trato de no pensarlo, de no poner nombre a la llama cada vez más grande que siento en mi interior.

–Me gusta tu pelo. Casi siempre lo llevas recogido –dice acariciándome un mechón y poniéndolo detrás de la oreja con sumo mimo.

–Comodidad. El pelo largo puede resultar bonito pero puede ser un incordio a la hora de trabajar, por ejemplo.

–No lo sé, nunca he tenido esa posibilidad –bromea acariciando su cabeza rapada.

–Te queda bien así. He visto fotos tuyas con pelo y creo firmemente que se te cayó para arreglar tu imagen. –Al oírme no puede evitar una risa ronca y profunda.

–Lo peor es que creo que tienes razón –concede.

–No lo dudes –afirmo continuando la broma.

–Estabas muy guapa hoy, por cierto.

–Uy. Espera –digo alzando una mano y poniéndola en su frente–. Debo mirarte la fiebre. No es posible que estés halagándome así como así.

–¿Tanto te cuesta aceptar un cumplido? –pregunta con seriedad agarrando mi mano.

–Aceptar un cumplido tuyo –concreto–. Admitirás que no es que nos lancemos flores muy a menudo.

–Quizás eso deba cambiar. Podría ser un buen propósito para el año entrante , ¿no te parece? –susurra con un tono que me pone la piel de gallina.

Alarmas de peligro se me encienden por todas partes. Lo triste es que, aunque sé que debería salir de esta situación cuanto antes, la sola idea de alejarme de su lado ahora mismo me resulta del todo impensable.

–Lo dices porque sabes que tienes las de perder, ¿verdad? –trato de bromear.

–Quizás.

Permanezco en silencio, incapaz de responder nada que no me ponga en evidencia. Intento mantener el pulso visual que estamos

teniendo pero, finalmente y presa del miedo a que se note lo que estoy sintiendo, debo apartar la mirada. Él sin embargo no me permite hacerlo. Su mano grande y cálida alza mi cara para que no pueda volver a esquivarle de nuevo.

–Voy a besarte, Candy –avisa.

–¿Desde cuándo me avisas? –pregunto extrañada.

–Desde que decidí no detenerme.

Nuestros labios se unen en calma, despacio, casi como si se tratara de una declaración de intenciones. Si las otras veces que me ha besado ha sido, en su mayoría, a bote pronto, sin esperarlo, esta vez es todo lo contrario.

Parece que estemos tanteando la reacción del otro, dándole espacio para la retirada. Poco a poco, al ver que ninguno de los dos se echa atrás, nuestras bocas se van volviendo más audaces, más exigentes.

Mis manos vuelan a su cuello, casi como si actuaran atraídas por un imán que les impidiera alejarse de allí. De repente gira quedando sobre mí, apoyado sobre sus brazos para no aplastarme, mientras nuestras bocas continúan su particular asedio.

–Última oportunidad, cielo. Niégate ahora o bésame como sabes.

Lo que me queda de cordura me grita que me ponga a salvo ahora que aún estoy a tiempo, pero el resto de mi ser está demasiado sediento.

Sin pensarlo dos veces me lanzo a la conquista de su boca, entregándole sin que él lo sepa mi corazón, mi claudicación. *No me hagas daño, King, tú no...*

El baile de nuestros cuerpos es digno de la mejor obra clásica. Nuestras manos y bocas recorren el cuerpo del otro casi con enfermiza necesidad de memorizar, de aprender, de marcar... Una embriagadora mezcla de reverencia y de urgencia nos hace estudiarnos sin tapujos, recrearnos en la visión, el tacto y el sabor de nuestro compañero de baile.

Un grito animal nos hace retorcer de doloroso placer, constatando así que la pasión y la entrega que hemos protagonizado no eran algo a tomar a la ligera.

Permanecemos abrazados, aún unidos en lo más íntimo, mientras continuamos besándonos, mimándonos. Poco a poco esos tiernos gestos nos llevan de nuevo a la cumbre más alta, donde la caída es cada vez más desgarradora, más salvaje.

Caemos sobre el colchón agotados pero satisfechos. Pese al frío que impera en el exterior, nuestros cuerpos desnudos están perlados de sudor, ardiendo.

–¿Estás bien? –pregunta con suavidad mientras juguetea con su nariz en mi oreja.

–Sí. ¿Y tú? –respondo interesándome por su hombro.

–Perfecto –responde acariciando mi pecho desnudo.

–¿Lo dices por tu hombro o por mi pecho? –pregunto.

–Por ambos. Aunque definitivamente tu pecho está mucho mejor que mi hombro. Sí, ni punto de comparación... –comenta mientras sus dedos comienzan a acariciarme con laxitud.

–King... –susurro.

–Dios... ¿Te he dicho alguna vez cómo me llega a gustar tu boca? –susurra justo antes de besarme—. ¿Tomas algo? –pregunta mirándome con seriedad.

–Sí. Hace años –le informo.

–¿Quieres que siga usando protección o...?

–Con lo mío es suficiente, King.

–Bien... Quiero sentirte, cielo. Quiero vaciarme en ti.

–Y yo. Nunca lo he sentido –confieso.

–Ni yo, cielo, ni yo... –confiesa a su vez justo antes adueñarse de mi boca de nuevo.

Pasamos la noche danzando de mil maneras, saciándonos del otro sin límite alguno. Como si mentalmente nos hubiéramos desprendido de la última careta, actuamos por puro instinto animal. Las caricias y los besos se suceden, así como el baile de nuestros cuerpos al son que elegimos en cada ocasión.

Ya rayando el alba es cuando caemos agotados, vencidos por el

sueño pero con una sonrisa de satisfacción en la cara. *Me pongo en tus manos, King, no me defraudes.*

CAPITULO DOCE

La llegada del Año Nuevo trajo dos buenas noticias para King. Su recuperación y la clasificación del equipo para los play-off. Por desgracia eso supuso su marcha de nuevo, y reconozco que fue duro separarme de él después de las semanas que habíamos pasado juntos. Sobre todo la última.

La mañana siguiente de nuestra primera noche sentí pánico por cómo reaccionaría, por si se arrepentiría de alguna manera. Mis dudas fueron aclaradas con más besos y caricias. Tras desayunar incluso intercambiamos unos regalos. Él me obsequió con un libro sobre la historia del fútbol americano. No es que sea el regalo soñado pero oye, me ayudó a comprender mucho mejor su deporte. Yo había sido más práctica y le había comprado un refranero español, a ver si así termina de entenderme.

Hoy en teoría vuelve, y estoy como niña con zapatos nuevos, impaciente por volver a verle. Hace ya una semana que no nos vemos y admito que le he hecho mucho de menos. Sí, continuamos con nuestra rutina de hablar cada noche, pero noto que algo ha cambiado. Seguramente sea por la presión que tiene ahora mismo, pero a veces siento que el King que conocí al principio hace acto de presencia.

El estar con mis amigas de cuatro patas es lo único que me ha aligerado la espera. Por suerte creo haber descubierto cuáles son los problemas y, cuando se los cuente a King y a Ramón, no sé cómo lo tomarán. Espero que en serio. Me fastidiaría mucho que tanto trabajo y tiempo invertido no sirviera para nada, que quedara en papel mojado.

El único escollo que he tenido ha sido la presencia casi constante de Rick, controlando en la distancia qué hacía. Sí, es verdad que salta a la vista que adora a

los animales tanto como yo, pero el rencor que siente por King y el cómo deja que eso influya en sus relaciones con los demás... Lo siento pero eso no va conmigo.

Después de desayunar me metí en el despacho, y voy paseando arriba y abajo con el informe que he preparado estrujado entre las manos, dudando si dejarlo o no.

–¿Quieres rediseñar la alfombra? –escucho a mi espalda. Del susto doy un salto en el sitio.

–¡King! Por dios, qué susto me diste –digo sonriente.

–¿Eso es forma de saludarme? –pregunta tirando de mi mano y acercándose a él.

–Bueno, ¿y cómo quieres que te salude?

–¿Cómo quieres saludarme? –pregunta alzando una ceja mientras me aprieta por la cintura para pegarme más aún a su cuerpo.

–Hmm... Déjame pensar... ¿Qué te parece esto? Bienvenido a casa, King –susurro justo antes de besarle.

Diez minutos después vamos recolocándonos la ropa, sonriéndonos como dos adolescentes. Al verme agachar para recoger el informe arrugado de debajo de la mesa se da cuenta de lo que es.

–¿Un informe y todo? Caray, sí que te tomas en serio ese tema – Al oír el tono que emplea me enderezo.

–Ese tema es por el que me pagaste, por si no te acuerdas. Si vine hasta aquí fue para ayudar con el problema que tenéis, no para

decorarte la casa ni...

–Ni para acostarte conmigo –termina–. Adelante, dilo. No pasa nada. Yo tampoco te pagué para ello, entre otras porque eso tiene un nombre bastante feo, ¿no crees?

Como no puedo creer lo que oigo respiro hondo, entre otras para evitar darle el guantazo que se merece. Envarándome como pocas veces, doy un paso atrás, alejándome de su lado.

–Cierto. Tiene un nombre muy feo, pero más feo es el de quien abusa de los que se ven en la necesidad de hacerlo, ¿no te parece? Y toma, si quieres lo lees o lo usas de calzador. Lo que hagas ahora no es asunto mío. Que tenga buen día, señor O'hara.

Roja de la rabia y el dolor me dispongo a marchar, pero su mano me agarra de la muñeca impidiéndome alejarme de su lado.

–Ey, lo siento. No pretendí ofenderte ni menospreciar tu trabajo. Jamás se me ocurriría pensar o insinuar algo así sobre ti.

–Pues lo has hecho. Ofenderme y menospreciar lo que hago con todo mi cariño. Entiendo que estés tenso por la competición y por todo lo que tienes en mente, pero eso no te da derecho a insultarme.

–Perdona. De verdad –dice con sincero arrepentimiento–. ¿Te parece que me refresque un poco, llamamos a Ramón y nos expones tus conclusiones? Muero de curiosidad por saber qué demonios le pasa a esas cuatro brujas –bromea intentando relajarme.

–Está bien. Iré a la cocina con Lupe y llamaré a Ramón mientras

te pones cómodo –accedo.

–Yo tenía en mente otros planes para ti –dice casi en un susurro.

–Pues mira, es lo malo de fastidiarla conmigo. Si querías un felpudo, en la puerta tienes.

–Muy bien, acato tu decisión, encanto. Hasta dentro de un rato – dice liberándome de su abrazo. Sin embargo, no me he alejado un par de metros que vuelve a llamarme–. Por cierto... ¿te durará muchos el enfado?

–Depende de lo bueno que seas haciéndote perdonar.

–Touchè.

En la cocina coincido con Lupe y con Ramón, precisamente. Es obvio que ambos notan que me pasa algo, pero como vengo de estar con King y nuestras discusiones son ya casi legendarias...

–Justo el hombre al que quería ver –digo apoyándome en la mesa.

–Vaya. ¿Necesitas algo? –se interesa mientras coge el café que Lupe le sirve.

–Necesitar necesitar... no. Es que creo que ya sé lo que le sucede a las vacas y quería contártelo a ti y a King. ¿Te va bien venir ahora al despacho y lo hablamos?

–¡Claro! –dice poniéndose en pie al momento.

–¿Significa eso que te irás pronto? –pregunta Lupe de repente, seria. Por extraño que parezca no me había detenido a pensar en ello.

–Pues... Supongo...

–¿Quién se va? –interrumpe King desde la puerta.

Todos giramos en su dirección. Al verle se me acelera el pulso. Se ha puesto unos vaqueros desgastados por el trabajo, una camiseta gris y una camisa encima de cuadros rojos. La necesidad de correr hacia él y sentir su abrazo es tan grande que me cuesta horrores mantenerme serena.

–Suponemos que Candela. Como parece que ya terminó su trabajo... –responde Lupe. La muy arpía es una lianta de cuidado. Cuñada de Concha tenía que ser.

–Eso es mucho suponer, Lupe. Aún no nos ha explicado sus conclusiones. Soy yo quien tiene la última palabra sobre su marcha.

–Amén –dice Ramón mirando de reojo a su mujer. ¡Vaya par de celestinos!–Bueno, cuando quieras, criatura.

Al pasar junto a King noto su mirada clavada en mi nuca. Tanto él como Ramón me dejaron pasar delante, yendo él detrás y cerrando el propio Ramón la comitiva. Según entramos al despacho toman asiento, King tras su escritorio y Ramón en una de las butacas de enfrente.

–¿Y bien? Somos todo oídos.

–Bien... Bueno, de hecho lo tenéis todo detallado en el informe que hay sobre la mesa.

–Prefiero que me lo cuentes tú –afirma King balanceándose en su silla.

–Está bien –cedo–. Empecemos por Marylin, que es la que tiene el problema más simple. –Ahí es Ramón quien levanta la mano.

–¿Marylin? –pregunta.

–La rubia –aclara el propio King sin dejar de mirarme–. Continúa, por favor. ¿Dices que es la del problema más simple? ¿Cuál?

–Pues... Está enamorada de un toro marrón algo... torpe, por decirlo de alguna manera. Por eso se niega a dejarse montar o inseminar. Te aseguro que si la pones con ese toro... Bingo.

–¿Un toro marrón dices? ¿Sabes cuál es, Ramón?

–Pues... quizás ese Hereford que siempre se está dando golpes.

–Es miope –interrumpo.

–¿Qué? –pregunta un atónito King.

–El toro, que es miope. Por eso se va dando golpes.

–Marylin con toro Hereford miope. Sigue –pide King ya con el informe en la mano dándose golpecitos en la rodilla doblada.

–Pues... Rita. Ella...

–¿Quién es Rita? –vuelve a preguntar un Ramón totalmente desconcertado.

–Es una de las castañas –aclaro yo ya que King tampoco lo sabía–. La buena noticia es que ella se dejará montar sin problemas. Está enamorada de Frank.

–¿Y por qué diantres no se ha dejado? –protesta King.

–Solidaridad con sus amigas. Además ese toro déjame decirte que es un sinvergüenza. Va de gallo del corral porque sabe lo valioso que es y no valora el daño que ocasiona a las vacas.

–Madre mía... Miedo me da seguir preguntando –dice King frotándose la cara–. Continúa, va. A ver qué sorpresas nos quedan.

–Elisabeth, la morena –aclaro antes de que pregunte alguno–, está enamorada de un burro que suele pasearse por ahí como si fuera Rodolfo Valentino. No me hago responsable de lo que haga ese burro pervertido.

–¿Y la última? ¿A esa qué le pasa? –pregunta un impresionado Ramón.

–¿A Ava? A ella nada, solo que está enamorada de King. –Él, al oírme, se atraganta con el café que bebía.

–¡¿Qué?! –preguntan ambos a la vez.

–Pues... eso. Que descubrí que Ava está encandilada contigo.

Sinceramente, me parece que tendrías que hablar con ella para que entienda que es un amor imposible. Pero por favor, no le rompas el corazón –pido con toda seriedad.

–A ver si lo he entendido. Tengo una vaca enamorada de un toro miope, otra enamorada de un burro, otra que por suerte está enamorada del toro correcto pero que resulta ser una especie de activista bovina, y para rematar, otra vaca enamorada de mí. ¿He entendido bien tu diagnóstico o se me olvida algo? –pregunta con ironía.

Ahora mismo no sé si King está apunto de echarme a patadas, reír o convertir a esas cuatro vacas en carne picada. O todo a la vez, porque tal y como se frota la cara... Suerte que no veo escopetas a la vista.

–Lo has resumido perfectamente.

–Bueno, ¿y qué propones? –pregunta Ramón, al cual solo le faltan las palomitas.

–Pues... eso es cosa vuestra. En este caso... Las que están enamoradas de toros no veo problema alguno. Con Elisabeth negociaría y con Ava ya lo he dicho. Eso a no ser que King quiera probar experiencias nuevas... –trato de bromear para aligerar el ambiente.

–Gracias pero de momento estoy experimentando con las víboras –dice con toda la intención–. ¿Tú que opinas, Ramón? –consulta.

–Pues... –duda rascándose la cabeza–. Es que nunca hubiera

imaginado tal panorama. No sé. Podemos probar de juntar las dos parejas correctas a ver qué pasa. Y lo del burro... Le preguntaré a Flora a ver qué se le ocurre.

–Hazlo, y tenme al tanto por favor.

–Bien. Ahora mismo me pongo a ello.

Dando la reunión por terminada, voy a marchar a la vez que Ramón, pero la voz de King me detiene justo en el umbral de la puerta.

–Quédate un momento.

Permanezco inmóvil mientras recorre la distancia que nos separa. Con la excusa de cerrar la puerta, me deja atrapada entre ésta y su cuerpo. Sus ojos no se apartan de los míos, estudiándome con detenimiento.

–¿Qué es eso de que te vas? –pregunta.

–En teoría debía quedarme hasta acabar mi trabajo.

–¿Cuánto tiempo te queda de visado?

–Tres meses –respondo casi en un susurro.

–Quédate.

–¿Que me quede? –pregunto sintiendo mil mariposas en mi estómago.

–Sí. Te necesito aquí. Estoy en la etapa más dura de la temporada y... Me gusta tenerte cerca. Me relajas.

–Pero... ¿No se suponía que solo debía quedarme hasta acabar el trabajo? –tanteo.

–Ambos sabemos que hace semanas que eso cambió. Además... – susurra a escasos centímetros de mi boca mientras me acaricia la mejilla con dulzura–. La cama se me haría demasiado grande sin ti. ¿Te quedarás conmigo?

–¿Seguro? –pregunto acariciándole el pecho por encima de la camisa.

–Me parece que es la decisión más inteligente que he tenido en mucho tiempo. –Sonrío al oírle.

–Si es así... Está bien. Todo sea por tener tu ego bajo control – digo con sarcasmo.

–Bruja –responde con una sonrisa en los labios.

–¡Bonita forma de convencerme! –protesto ocultando la sonrisa que pugna por salir.

–¿Y qué te parece ésta? –susurra sobre mis labios justo antes de besarme–. ¿Así mejor?

–Hmm... Vas mejorando, sí. Te queda mucho por aprender pero en general... aceptable –digo para pincharle.

Una risa ronca que me parece música celestial sale de su

garganta. Sin permitirme separar de su lado nos guía hasta su mesa, alzándose y sentándose encima para quedar cara a cara. La risa ha dado paso a la seriedad, y la expresión de sus ojos es indescifrable ahora mismo.

–¿Seguro que estás bien?

–Sí, de verdad.

–¿Estoy perdonado por lo de antes? –pregunta con sincera preocupación.

–Te lo explicaré así. Te he planteado una historia totalmente surrealista sobre tus vacas más importantes y no has cuestionado el más mínimo detalle. ¿Tú qué crees?

–No tengo motivos para dudar de ti, Candy. Además, el que una de ellas esté loca por mí demuestra que tu teoría es verdadera. –Tardo un segundo en comprender su broma. Ambos sonreímos en silencio, mirándonos—. Te necesito conmigo, encanto. Siento que eres la persona que necesito tener a mi lado para aclarar mi futuro.

–¿No te has decidido aún? –pregunto al comprender a lo que se refiere.

–No... Soy incapaz de posicionarme. ¿Algún consejo, señora psicoterapeuta bovina?

–Dos, de hecho. El primero es que dejes de pensar en ello. Cuando ganes ese dichoso anillo del demonio sabrás lo que debes hacer.

–Interesante. ¿Y el segundo?

–Que te calles y me beses.

–Ah... A eso lo llamo un sabio consejo. Sí, señora.

CAPITULO TRECE

Por desgracia para mí, King tuvo que regresar a Houston a la mañana siguiente. Cada vez se me hace más difícil soportar estas idas y venidas, pero también pienso que sirven para mentalizarme para cuando llegue el momento de mi marcha.

Aunque hace frío, aprovecho un breve momento de tregua para pasear un poco por el jardín, meditando. No soy estúpida y, pese a que dice que me necesita a su lado y me pidió que me quedara, en ningún momento ha hablado de sentimientos. Sé que sería absurdo por mi parte exigirle que sienta lo mismo que yo, y además viene siempre que tiene un hueco. Supongo que eso es una muestra de que significa algo para él, ¿no?

Sumida en mis pensamientos me dispongo a regresar a la casa, cuando tropiezo con un inoportuno Rick. Ahora mismo no es que esté de humor para sus indirectas, todo sea dicho.

–Vaya, vaya... Hola Candela. ¿Paseando en soledad?

–Pues no. Voy acompañada de mí misma. ¿Te parece poca compañía? –respondo con ironía.

–Al contrario. Estoy convencido de que resultas ser una compañía sumamente... agradable. No hay más que ver cómo se apura King en regresar al rancho siempre que puede –dispara con mala idea.

–Digo yo que el que ésta sea su casa tendrá algo que ver, ¿no te

parece? Además, no creo que sea de la incumbencia de nadie el controlar las idas y venidas de nuestros jefes, ¿verdad? –replico a la defensiva.

–Por supuesto –concede–. Y por cierto... ¿Te divertiste en la fiesta de Steve? Tengo entendido que fue bastante amena.

–¿Fiesta? –pregunto desconcertada.

–Claro. La fiesta a la que te invitó cuando estuvo por aquí. Fue la semana pasada, coincidiendo con la clasificación del equipo para los play-off. Supongo que King te recordó la fecha, ¿o me equivoco? –pregunta plenamente consciente de que es la primera noticia que tengo.

–¿Quieres algo de mí, Rick? Aparte de conseguir que me congele de frío, digo.

–De hecho sí. Quería felicitarte por el trabajo que hiciste con esas vacas. Ya dos han sido cubiertas de modo natural y con las otras dos probaremos la semana que viene otra solución.

–Me alegra oírlo. Y ahora si no te molesta... Regreso a la casa. Adiós, Rick –me despido comenzando a caminar sin ni tan siquiera darle la oportunidad de seguir hablando.

–Adiós, Candelita. Adiós.

Acelero el paso de tal manera que, hasta que no entro en mi dormitorio y me apoyo tras la puerta cerrada, no doy rienda suelta a mis sentimientos. Una solitaria lágrima recorre mi mejilla. ¿Será

verdad? ¿Me habrá ocultado King la fiesta para que no fuera? No es ningún secreto que Rick haría cualquier cosa por fastidiar a King, pero no veo la necesidad de mentir en algo así. Decidida pero con pánico por lo que pueda descubrir, saco el teléfono de mi bolsillo.

Candela_10:45

No recuerdo cuándo era la

fiesta de Steve. ¿Podrías recordármelo?

King_11:00

¿Curiosidad por probar

las mieles del lujo?

Candela_11:03

No. Ganas de saludar a

alguien que me resultó agradable.

King_11:15

Ok. Esta noche no podré

“acudir” a nuestra cita.

Lo siento, encanto.

Candela_11:25

Está bien, vale.

¿Algún compromiso?

King_11:26

¿Y ahora qué

eres, mi canguro?

Candela_11:30

No. Solo soy la mujer con la

que te acuestas de vez en cuando.

Me llegan un par de mensajes más pero decido ignorarlos, demasiado dolida como para poder seguir hablando con él.

Me deslizo hasta el duro suelo de madera, confundida totalmente por su actitud. *¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha cambiado?* Sea lo que sea ha tenido que ser después de su reincorporación al equipo, después de... *¿Será que se arrepiente, que no quiere nada conmigo?* Maldita sea, ¡no somos dos críos! Si no quiere nada conmigo basta con que hable claro.

A la hora de comer me obligo a bajar a la cocina. La pobre Lupe apenas me ha visto en todo el día y tampoco es justo que la pague con los demás cuando el único culpable de mi malestar tiene nombre y

apellido.

–Hola, criatura. Ya pensaba que no te vería antes de irme –saluda con su buen ánimo de siempre.

–Hola Lupe. Siento no haber venido antes. Digamos que no estoy teniendo buen día... –respondo apoyándome en la encimera y mirando por la ventana.

–¿Te ocurre algo? –pregunta con sano interés al ver mi semblante.

–Tranquila, se me pasará –la tranquilizo poniendo mi mano sobre la suya, que permanece sobre mi brazo.

–Flora y yo vamos esta tarde al pueblo a dar una vuelta. ¿Por qué no vienes y así te distraes? –ofrece.

–Gracias, de verdad, pero hoy no sería buena compañía. Pero gracias –recalco realmente conmovida por su preocupación.

Justo cuando va a contestar, mi teléfono comienza a sonar con insistencia. Al ver el número de Concha en la pantalla sonrío, pero de inmediato me preocupo.

–Hola, Concha –saludo con un mal presentimiento.

–Hola, cariño... ¿Puedes hablar? ¿Estás acompañada?

–Sí, estoy con Lupe, tranquila. ¿Qué pasa? –pregunto ya preocupándome de verdad.

–Ay, Candelita... Es que no sé cómo decírtelo...

–¿El qué? Habla, Concha –la apremio.

–Un incendio, cielo. Hubo un incendio y... No queda nada. Tu casa quedó completamente arrasada. Lo único que se salvó fueron tus tres vacas porque estaban en mi granja y las cosas que me dejaste por seguridad antes de irte. Lo siento, cariño...

Las rodillas me flojean de tal manera que, si no llega a ser porque Lupe fue rápida y me puso una silla, hubiera acabado en el suelo. No sé si reír o llorar. *Todo. Mi casa de toda la vida, mis recuerdos... Todo.*

–¿Qué... Qué ocurrió? ¿Se sabe? –logro preguntar.

–Se sospecha que un rayo, pero aún están investigando. Lo siento de verdad, cariño... Hemos rescatado todo lo posible pero... Apenas son tres cajas.

Lupe, que al ver mi semblante pálido intuyó enseguida que ocurría algo grave, se sentó a mi lado, y no dudé en poner el manos libres para que pudiera escuchar ella misma. En el fondo creo que lo hice para ahorrarme tener que verbalizar lo sucedido.

En ese mismo momento llegaron también Ramón y Flora, y al ver nuestras caras serias también dedujeron que pasaba algo. Por suerte la propia Lupe se encargó de ponerles al día.

–¿Qué harás, cielo? –pregunta Concha con voz trémula como pocas veces.

–Pues... ir. No puedo hacer otra cosa, ¿no?

–¿Y para qué? Aquí no hay nada. Tus animales pueden quedarse en mi granja sin problema, y del seguro y lo que salga también podemos encargarnos. Si surgiera algo te avisaría y ya lo arreglaríamos en el momento, pero no merece la pena que rompas lo que estás viviendo por eso. Quizás sea una señal, vete a saber.

–Estoy de acuerdo con mi hermana, Candela. Allí ahora tampoco harás nada que no sea amargarte. Y, si quieres reconstruir tu casa, se me ocurre que aquí puedo encontrarte sin muchos problemas algún otro rancho donde necesiten tu ayuda. Así podrás tener suficiente liquidez para ello sin arruinarte y sin depender del seguro.

–¿Pero... y el visado? ¿Y King? No puedo estar viviendo en su casa así como así... –murmuro sin percatarme de la mirada que se dedican los tres.

–Del visado no te preocupes que yo me encargo, y de vivienda tampoco. Si por cualquier motivo no quisieras seguir en esta casa siempre puedes venir a la nuestra, o a una que tenemos en otro sitio –ofrece Ramón.

Al verme rodeada por tanto cariño y comprensión me rompo. Intento verbalizar un *gracias* pero no me salen las palabras. No puedo más que abrazarlos uno a uno, olvidándome por un instante de que la pobre Concha continúa aún al teléfono.

–¡Eh! Sigo aquí, ¿eh? –protesta con la voz emocionada al haber oído toda la conversación.

–Ya... Como para olvidarnos de tí, Conchita –intento bromear–. Está bien, me habéis convencido.

Con mil esfuerzos consigo que Lupe y su familia se convenzan de que puedo quedarme sola. Solo después de prometer por activa y por pasiva que, si les necesitaba, les llamaría, accedieron.

Ya en la soledad de mi dormitorio todo lo acontecido hoy me pasa factura. Rompo a llorar como una niña pequeña, engullida por un mar de recuerdos de mi infancia, de mis padres, de todos los momentos buenos y no tan buenos vividos entre esas cuatro paredes. *King... Cómo necesitaría ahora de tu abrazo*, pienso ahogada en un mar de lágrimas.

En un impulso saco el teléfono de mi bolsillo para llamarle. Sé que me dijo que esta noche no podríamos hacer nuestra sesión vespertina, pero necesito oírle decir que todo saldrá bien, que no me preocupe. *Cinco minutos. No necesito más*. Haciendo acopio de todo el autocontrol posible le llamo.

–¿Candela? ¿Qué pasa?

–Hola, King. ¿Pu... Puedes hablar? –tartamudeo.

–¿Es urgente? –pregunta con sequedad.

–Bueno no, pero... –balbuceo contrariada por cómo me habla. *¿Pero qué te pasa, King?*

–Entonces mejor hablamos en otro momento. Me están esperando. Lo siento, encanto.

Cuelga sin ni tan quiera dejarme despedir. Sentada en el borde de la cama acaricio la pantalla del teléfono, derrotada. Por primera vez en mucho tiempo me siento... perdida. Por muy luchadora que sea, por mucha entereza y buen ánimo que ponga, ahora mismo apenas encuentro nada a lo que agarrarme.

Me siento totalmente a la deriva. Aunque sé que cuento con Ramón, su familia y con Concha, un vacío que creía superado vuelve a apoderarse de mí. Siento que la incertidumbre de no saber a qué atenerme con King me costará cara. La cuestión es... ¿cuánto?

CAPITULO CATORCE

Los días se suceden y el frío se ha instalado en mi interior. Han pasado ya casi cuatro semanas desde el incendio de mi casa y la frustrada conversación con King. Desde ese día de hecho le siento más y más lejos, como si fuéramos dos planetas que se alejan sin que nada pueda evitarlo. De hablar cada noche casi un par de horas hemos pasado a hacerlo dos, tres a lo sumo. Y venir... Con suerte viene un día a la semana, normalmente el día después del partido. Quiero achacar su actitud a la presión que tiene, a que se juegan mucho.

Hoy juegan el partido definitivo para meterse en la Super Bowl, que es algo así como la final finalísima, donde el ganador se lleva el maldito anillo del demonio. Sinceramente, nunca imaginé que pudiera existir un deporte en el que una panda de hombres montara tal jaleo con tal de conseguir un anillo. *¡Y somos las mujeres las interesadas! ¡Ja!* Por un instante me imagino a toda una panda de moles dándose de leches y luego recibiendo un anillo tan emocionados como un niño con Scalextric nuevo. Increíble es decir poco.

No todo ha sido malo estos días. Gracias a Ramón he tratado con muchos rancheros de la zona. De hecho fue Flora quien tuvo la genial idea de organizar una reunión con los responsables de los ranchos cercanos. Con ello pretendía presentarme y ofrecerles mi asesoramiento, y lo cierto es que, dejando de lado algún que otro escéptico, la gran mayoría me acogió con bastante interés. Incluso he tratado a varios animales con mucho éxito. Ahora resulta que soy la susurradora de vacas. *Genial. Oficialmente ya tengo título para mi*

locura, pienso mientras abono unas flores.

–¿Mucho trabajo? –oigo a mis espaldas. Respiro resignada al ver de quién se trata.

–Sí –contesto sin muchas ganas.

–Estás muy seca hoy, ¿no? –pregunta apoyando una pierna en una maceta a mi lado.

–Estoy ocupada, Rick. ¿Querías algo en concreto? –doy por respuesta mientras me pongo en pie y me sacudo las manos.

–¿Acaso no puedo saludarte? Somos compañeros de trabajo. ¿O no?

–Si quieres mirarlo así... –digo con ironía.

–¿Verás hoy el partido? Todos van al granero. Incluso Ramón y su familia. Es tradición. Montan una pantalla y vemos a nuestro brillante jefe guiar a su equipo a la victoria.

–Ya me lo han dicho –contesto ignorando el tono de sarcasmo que usa.

–¿Y? ¿Vienes? Vamos. Algo me dice que la experiencia no te será fácil de olvidar.

–No... No creo –digo algo escamada por su enigmático comentario.

–¡Venga! Prometo portarme bien y no hacer ningún comentario

fuera de lugar sobre King. Podrás ponerte con Lupe y Flora si lo prefieres. También viene el resto de trabajadores, así que no tienes nada que temer.

–Lo pensaré –digo al fin ante su insistencia.

Paso el resto de la mañana dando vueltas a la sospechosa insistencia de Rick. Ramón, Lupe y Flora ya me habían invitado a ir con ellos, pero no habían hecho tanto énfasis en la experiencia. En este tiempo he llegado a conocer bastante a Rick y sé que algo se trae entre manos.¿El qué? Ni idea. Me temo que solo saldré de dudas si voy al granero esta tarde.

Durante la comida tanteo a Lupe sobre lo del partido, y finalmente me convence para ir con ellos. Además me cuenta que suele ser casi una fiesta, donde todos llevan algo para picar y varios hombres preparan perritos y hamburguesas para los más hambrientos.

–A ver si así recuperas algo, chiquilla, que estás quedándote en los huesos –me regaña.

–No tengo mucho apetito, Lupe, pero me alimento bien –me defiendo.

–Ya, y por eso tuviste que comprarte ropa dos tallas más pequeñas, ¿verdad? –protesta poniendo el paño de cocina en su sitio.

–Parece que seas hermana de Concha –bromeo.

A las cuatro en punto llego al granero. Se supone que el partido

comienza en media hora y esto está lleno de gente. Es ahora cuando caigo en la cuenta de que todas estas caras a día de hoy me son totalmente familiares. En este tiempo he llegado a conocer a todos y cada uno de los trabajadores, desde Ramón hasta Joaquín, un chico que empezó la semana pasada.

Todos me van saludando con una sonrisa, con un gesto amable, y es algo que siempre les agradeceré.

Apenas tardo en localizar a Lupe y a Flora, sentadas en unas cómodas sillas en primera fila. Algo alejados veo que están Rick y Ramón, y parece que mantienen una charla no muy amistosa.

–Ni se te ocurra, ¿me oyes? –escucho a Ramón advertir a Rick.

–¿Y quién me lo prohibirá? ¿Tú? –contesta retador.

–Si hace falta, sí, aunque me parece que King se basta solo para pararte los pies.

–Ah... King... ¿Sabes, Ramón? Me parece que más pronto que tarde se os caerá la venda de los ojos sobre las intenciones de ese santo.

El partido es duro, bronco. En varias ocasiones me veo a mí misma cerrando los ojos al ver cómo derriban a King, Steve o Will. Para desgracia de Lupe apenas pruebo bocado, con un nudo en el estómago que me impide comer nada que no fuera alguna galleta salada.

Aunque estemos en pleno invierno, aquí dentro hace tanto calor

que ni siquiera han tenido que encender todos los calefactores que hay alrededor. Más de uno incluso tuvo que quitarse el jersey y quedar en mangas de camisa, sofocados por la gente y por el fragor del partido.

Finalmente el equipo de King ganó y todos a mi alrededor estallaron de júbilo. No puedo evitar sonreír, contagiada por la alegría que me rodea. En la pantalla siguen dando las entrevistas a los jugadores y, cuando llega el turno de King, todos callan casi al momento.

–Bueno, O'hara, a por el quinto –comenta un sonriente reportero.

–Así es. Habrá que pelearlo pero algo me dice que ese anillo caerá de nuestro lado –contesta un pletórico pero cabal King.

–Te veo muy bien acompañado por Olivia Parker, flamante nuevo miembro de la junta, y algunos rumores apuntan a campanas de boda. ¿Hay algo de cierto en eso? ¿Quizás ya tenga dueña ese anillo? –En ese instante me quedo petrificada con la vista clavada en King y la despampanante rubia que está a su lado. *Por dios King, niégalo...*

–¿Quién sabe? Sería un bonito final para todo, ¿no te parece? –contesta mirando a la rubia.

En ese momento la entrevista se interrumpe por el jaleo del resto de jugadores. Estoy segura de que, si ahora mismo me pincharan, no saldría ni gota de sangre. Petrificada. Helada. Destrozada.

Las manos de Lupe y Flora agarran las mías para guiarme fuera.

Aun habiendo procurado ser discreta, hubiera sido imposible que los más cercanos no se percataran de lo que ocurría entre King y yo. Y ese gesto de ambas me lo confirma.

Dentro de mi aturdimiento comienzo a atar cabos, a contextualizar situaciones y hechos.

–Soy la otra. Fui la otra, Lupe –afirmo con la voz rota de dolor mientras la miro en busca de algo, consuelo tal vez.

–Cariño... No te precipites... Me parecería muy extraño que King... –intenta excusar.

–Quiero irme. Quiero irme de aquí, por favor –ruego al notar las lágrimas brotar sin control.

Ambas me acompañan a casa. Voy tan aturdida que apenas me doy cuenta del camino que recorreremos. *Fui la otra. Me usó*, no paro de repetir mentalmente mientras me ahogo en llanto.

–¿Por qué no le llamas? –sugiere Flora–. Estoy segura de que...

–Me lo prohibió. Me dijo que los días de partido mejor no le llamara porque necesitaba de toda su concentración, que yo le distraía demasiado –digo aturullada, dolida por lo estúpida que fui.

–Candela... No sé qué decir... ¿Qué harás? –pregunta una preocupada Lupe.

–Irme. Quiero salir de aquí y no volver a ver a King O'hara en lo que me queda de vida –respondo intentando recobrar algo de

dignidad. *Me siento tan poca cosa...*

Lloro. Lloro de rabia, de dolor, de vergüenza... *iEstúpida, estúpida, estúpida!*, me recrimino mil veces.

Paso horas llorando, inconsolable. Lupe me acuna entre sus brazos como una madre a una hija que sufre, y es algo que nunca olvidaré. Me va susurrando palabras alentadoras, pero ahora mismo de nada me sirven. Ella no sabe nada de mí, de mi pasado. No imagina lo honda que es la herida que King me ha infligido. Desgarro sobre desgarró.

Casi es medianoche cuando, agotada, consigo calmarme un poco. Lo único que tengo claro ahora mismo es que no puedo permanecer por más tiempo bajo este techo. En este rancho.

Aturdida y bajo la atenta mirada de Lupe y Flora, que va y viene a la vez que Ramón, me levanto y cojo el ordenador. Para mi desgracia, tengo los ojos tan hinchados que ni siquiera soy capaz de ver con claridad la pantalla, y debo pedir a Flora que lo use por mí.

–¿Qué quieres buscar?

–Vuelos. Quiero irme mañana mismo.

–¿A casa? –Ante su inocente pregunta no puedo más que sonreír con amargura.

–¿Qué casa, Flora? Ni eso me queda.

Negándome a sentir lástima de mí misma, intento pensar qué me

diría Concha. *Disfruta, haz algo por tí misma*, me aconsejaría.

–Washington. Iré al Smithsonian. ¿Podrías buscarme vuelo y hotel, por favor?

–¿Al Smithsonian? ¿Por qué? –pregunta una desconcertada Lupe.

–Siempre quise ir –contesto con sinceridad. En ese momento llega Ramón, con el teléfono en la mano.

–Candela... King quiere hablar contigo. Dice que te ha llamado pero que no lo tienes operativo.

–Ni lo tengo ni lo tendré. Al menos no para él –afirmo con la voz desgarrada, fiel reflejo de cómo me siento ahora mismo gracias a él.

Respetando mi decisión con un leve gesto de cabeza, sale de la habitación hablando por teléfono. No puedo obviar la mirada que cruzan Flora y su madre. Comprendo que se sienten en medio, y es una carga que me duele de verdad por lo bien que se han portado conmigo.

Gracias a Flora dejamos todo cerrado para el día siguiente. Con un vuelo que sale a mediodía, tendré tiempo de sobra para recoger las pocas cosas que tengo y poder llegar con tranquilidad al aeropuerto. Será la propia Flora quien me acompañe, puesto que Ramón tiene deberes imposibles de delegar.

La mañana amanece extrañamente soleada, fría pero soleada. Como apenas logré dormir, desde antes del alba ya tenía todo listo,

pudiendo permitirme el lujo de dar un último paseo por el jardín que tanto mimé y cuidé.

Voy de regreso cuando tropiezo con un sonriente Rick. Al ver mi semblante no puede disimular la leve mueca de sorpresa.

–¿Tan temprano ya estás con eso? –pregunta como si no pasara nada.

–Me estaba despidiendo, Rick –digo pasando por su lado sin ni siquiera parar.

–¿Despidiendo? –pregunta desconcertado mientras me sigue.

–Sí, despidiendo. Me marchó.

–¿Te vas?¿Vas a Houston, quizás? –intenta averiguar. De repente caigo en su juego y río por la ironía de su plan.

–Eso era lo que buscabas, ¿verdad? Por eso insistías con tanta vehemencia en que viera el partido. De alguna manera te enteraste de la relación de King con esa chica y pretendías usarme como un arma arrojadiza. Creíste que, presa de un ataque de celos, iría a Houston en busca de una explicación y así frustraría el intento de King de hacer su vida. ¿Me equivoco en algo?

–¿Y no es lo que harás? –pregunta con altanería.

–No. Yo no soy como tú, Rick. Me marchó, sí, pero no a Houston en busca de una explicación. Me marchó. Punto.

Me sigue en silencio, totalmente contrariado por ver fracasar su

maquiavélico plan. Cuando llego al porche me detengo, girando para mirarle cara a cara.

–¿Sabes Rick? Eres un gran veterinario, pero demuestras ser un completo idiota al vivir así. Un día te darás cuenta de que has malgastado tu vida intentando sabotear la de King, y te encontrarás solo. Amargado y solo. Y todo por no saber pasar página y mirar a tu alrededor. Si hicieras eso te aseguro que te darías cuenta de que tienes un tesoro delante de tus narices, pero tan cegado estás en tu cruzada que no eres capaz de verlo.

–¿Qué quieres decir? –pregunta el muy imbécil.

–Averígualo tú, que ya eres mayorcito para ello. Eso sí, espabila no sea que, cuando te quieras dar cuenta, otro se haya llevado el premio gordo.

En ese preciso momento Flora sale de la casa y, por la mirada que acaba de poner Rick, creo que acaba de tener una visión esclarecedora.

–Adiós, Rick. Suerte con tu visión –me despido dándole una ligera palmadita en el brazo y entrando en el coche. Un golpecito en la ventanilla me hace bajarla.

–Candela, yo... Siento que te hayas visto metida en esto. Lo siento.

–Me daré por pagada si haces lo que debes a partir de ahora –digo con sinceridad–. Cuando quieras, Flora. Estoy... lista.

Como detesto las despedidas, ya anoche dije un *hasta la vista* a Ramón y a Lupe. Ella no pudo contener las lágrimas, y Ramón hizo lo posible porque nadie viera la rebelde que se le escapó.

En el aeropuerto y ya algo más calmada puedo ser más racional con Flora. Quedamos en hablar cada ciertos días, pero con la condición de que no me cuenten nada relacionado con King.

Haciendo tiempo para embarcar decido llamar a Concha. Necesito oír-la, desahogarme de alguna manera. Ella me conoce mejor que nadie, y comprenderá mejor que nadie también lo profundo que es el daño. Con ella no necesito dar explicaciones. Sabe toda mi historia.

La vengadora del crochet

Sinvergüenza... Ah no... Pero éste se va a enterar de lo que vale un peine. Como Concha García que me llamo que no me voy a quedar con las ganas de decirle cuatro frescas bien dichas a ese desgraciado. ¡A mi niña no me la vuelve a dañar nadie!

Cuando me llamó esta semana intentó estar fuerte, la pobre, pero la conozco tan bien como si la hubiera parido. Está destrozada. Le aplaudí la decisión de, aprovechando que está allí, cumplir su sueño de visitar el museo ese tan grande. ¿Cómo se llamaba...? ¿Gregoriano? No... Gregoriano, no. ¡Smithsoniano! ¡Eso! O algo así.

Ya que que mi Paquito usa el ordenador como yo la aguja, lo convencí para que me reservara sitio en el primer vuelo que saliera a Texas. Él y Miguelón me dijeron que no metiera las narices, pero mientras lo decían iban haciendo la reserva y dándome consejos.

Ventaja de ser mayor, un taxista en el aeropuerto aceptó llevarme hasta el mismo rancho de ese hombre. Miguelón quería que llamara a mi hermano, pero ya le dije que a mi hermano no tengo por qué meterlo en esto. Ramón no es tonto y me conoce, y después de hablar anteayer, estoy segura de que se huele que no me voy a estar quieta.

Con la maleta en una mano y el paraguas en la otra, llamo a la puerta de la casa. A regañadientes tengo que reconocer que todo lo que he visto hasta ahora es grandioso, hasta la casa, pero eso no compensa lo rastrero que es.

–¡¿Concha?!

–La misma que viste y calza. Hola Lupe –saludo. Enseguida reconozco el arrastrar de pies que se acerca.

–Ya sabía yo que no tardarías en llegar...

–Hola Ramón. No hace falta que te diga a lo que vengo, ¿verdad?

–Pasa anda. Iré a avisarle. Pero te advierto que no está de muy buen humor.

–Pues mira tú qué bien. Ya somos dos.

Siguiéndole por un pasillo llegamos delante de una puerta de madera. *Qué bonita; una así quedaría bien en mi salón.* Toca de una manera en concreto, con clave. Mi hermano no cambia ni a palos.

–¡Pasa Ramón! A ver qué demonios sucede ahora.

–King, tienes visita.

–Que se vaya. No tengo ganas de aguantar ahora a...

No doy oportunidad a ninguno de los dos. Pasando por delante de mi hermano me meto en el despacho, plantándome delante mismo de su escritorio.

–De aquí no me marcho sin decirle cuatro verdades.

–¿Y quién se cree que es para venir a mi casa y amenazarme, señora?

–Concha. La segunda madre de Candela.

–¿Concha? Pero si vive en...

–Exacto. Vengo expresamente a verle y que me escuche. ¿Tiene lo que se necesita para escuchar unas cuantas verdades o me va a echar?

El tal King mira a mi hermano como si quisiera arrancarle la cabeza, y podría, porque anda que no es grande el *jodío* ahora que lo veo de pie, pero el gesto de resignación que hace es el mismo que hace mi Miguelón.

–Siéntese. ¿Quiere algo?

–Ya vengo servida, gracias –agradezco sentándome en el sofá que me dice.

–Está bien. Ramón, déjanos solos.

–Contaba con ello –murmura mi hermano saliendo y cerrando la puerta.

Soy una enclenque, como siempre me ha dicho mi hermano y mi marido, pero ni el más gigante me va a achantar para defender a los míos.

–¿Cómo está Candela?

–Si tiene que preguntar eso es que es usted más tonto de lo que pensaba, señor mío. ¿Cómo quiere que esté después de la jugarreta que le hizo, eh?

–Señora, si vino a insultarme ya puede irse.

–A insultarle entre otras cosas, sí.

–Acláreme una cosa. ¿Por qué se toma la molestia de venir desde tan lejos solo para ello?

–Porque Candela lo vale. Es de las personas más generosas y buenas que han pisado este mundo, y no hay derecho a que vuelvan a hacerle daño de esa manera. Una vez casi la pierdo. Dos, no.

–¿Qué quiere decir con eso? –pregunta echándose hacia delante.

–Antes de contarle nada quiero que me responda a una pregunta muy sencilla. ¿La engañó sí o no?

–Sí –responde respirando hondo–. Pero estará de acuerdo conmigo en que las explicaciones tengo que dárselas a ella, no a usted.

–Correcto. ¿Y ha intentado dárselas?

–Sí, pero no me contesta el teléfono ni sé dónde está. ¿Usted lo sabe?

–Claro que lo sé, pero no se lo voy a decir. Su bienestar está por encima de todo, y no voy a ponerla en peligro porque usted pueda descargar su conciencia.

–¿En peligro? Se pone usted muy trágica, ¿no cree?

–Usted no sabe nada de Candela. Hace unos años casi se consume de pena, y no puedo permitir que le pase lo mismo. Ahora es más fuerte, más segura de sí misma, pero en el fondo sigue siendo

aquella chiquilla tierna y confiada sin una pizca de maldad en el cuerpo.

–¿Por lo de sus padres?

Algo en el tono y el gesto que tiene este hombre me hace pensar que hay más de lo que aparentemente pasó. Tras observarle y meditar un momento decido jugar el todo por el todo, poner las cartas sobre la mesa.

–En parte, sí. ¿Sabe? Voy a contarle una historia. El final... dependerá de usted.

–Soy todo oídos –responde poniéndose cómodo.

»Érase una vez una niña que nació en un pueblito. Era la criatura más perfecta que uno pueda imaginar. Guapa, inteligente, alegre, tierna, inocente... Era hija única, así que sus padres se desvivían por ella. Además en el pueblo todos se conocían y ella desde bien pequeña supo ganarse el corazón de todos a su alrededor. Si alguien enfermaba o necesitaba ayuda, ella era la primera en ayudar. Lógicamente era el mundo real y habían problemas, pero sus padres ya cuidaban de protegerla de las maldades del mundo. Además era una niña que no se metía en ningún problema. Amigos sanos, nada de vicios o rencillas... Vida casi perfecta.

–Eso suena casi idílico –interrumpe.

–Sí, y es que lo era. Vivimos en un pueblo donde no llegamos a las dos mil personas, donde todos nos conocemos. Siempre pasan cosas, como es normal, pero es un sitio muy tranquilo y seguro, y más

en aquella época.

–Siga. Supongo que Candela era ese dechado de virtudes, ¿no?

–Pues claro que hablo de ella, no voy a hablarle de la carnicera, hombre.

»Cuando ya tenía diecisiete años, sucedió una tragedia. Sus padres tuvieron un grave accidente de coche cuando volvían de una reunión de trabajo. Murieron casi en el acto. Cuando tuve que decírselo a esa criatura... Se me rompió el alma. La pobre estaba tan desamparada de repente... Como le quedaba poco para la mayoría de edad y yo era su tutora legal, vivió con nosotros esos meses que le faltaban. Y maldita sea la hora en que la dejé marchar.

–¿Qué ocurrió? Por cómo lo ha dicho parece que no fue muy buena idea.

–No, la verdad es que es de las pocas cosas de las que me arrepentiré toda mi vida.

–¿Tan grave? No hace usted pinta de ser una mujer dada a dejarse llevar por sentimentalismos.

–Y no lo soy, pero Candela es... Candela. Ella es mi punto débil.

»La muerte de sus padres la afectó mucho en todos los sentidos. Apenas sonreía, apenas comía... Lo comprensible al fin y al cabo, y más en una cría de esa edad. Por suerte se refugió en los libros. Siempre fue un ratón de biblioteca y todo se le quedaba a la primera. Era alumna de matrícula, ¿sabe? De hecho ése fue el principal

problema.

Sus profesores, con toda la buena intención del mundo claro está, la convencieron de que fuera a la universidad de una ciudad algo más lejana al pueblo. Ella no era tonta y sabía que la vida en la ciudad era diferente, pero en su inocencia pensaba que tampoco sería tan distinto. Cómo se equivocaba...

– Descubrió el mundo real, ¿me equivoco? ¿Y qué hizo, darse a las fiestas, dejar los libros?

– No... Ojalá hubiera sido eso – niego con pesar.

» Como tenía una beca y dinero que sus padres habían guardado para sus estudios, pudo conseguir un piso para vivir cerca de la facultad de medicina. Al principio fue bien, parecía contenta, pero más pronto que tarde se dió de frente con la crueldad de la gente. Ella no dejaba de ser una chica de campo poco acostumbrada a preocuparse por la ropa y esas cosas normales de cualquier chica de ciudad. Además era la época en que estaba de moda ser un palillo, y ella siempre ha tenido curvas de mujer. De hecho siempre le he dicho que me recuerda a la Taylor en sus buenos tiempos.

– Y más. Es realmente una belleza – suelta sin pensar.

– Vaya, estamos de acuerdo en algo.

» Estaba en un momento bajo cuando conoció a Jorge. Maldita rata... Un auténtico sinvergüenza. Aprovechó su debilidad para ganársela. Se la cameló poco a poco, fingiendo ser un chico noble y trabajador, pero lo único que quería era aprovecharse de ella.

–¿Qué le hizo? –pregunta echándose hacia delante. *Vaya, vaya... A ver si va a haber sorpresa...*

–Paciencia, señor mío. Escuche y medite.

»Ella empezó a ilusionarse. Era su primer amor, ya ve. En casa la veíamos cada vez menos, y al principio pensamos que sería por los estudios y luego por lo normal de la vida de estudiante, pero qué va... El muy maldito la convenció para que lo ayudara a estudiar, pero lo que realmente hacía era vender sus apuntes. Hacía que ella se matara literalmente a estudiar su carrera y la de él, que no era moco de pavo, estudiaba una ingeniería, para luego sacar tajada de su trabajo. La pobre pasaba casi dieciocho horas estudiando, y todo para aquel sinvergüenza se pudiera pavonear por ahí con la otra.

–¿La otra? ¿La engañaba? –Su voz... Por un momento me da miedo este hombre.

–Sí. Candela fue la otra durante dos años. Fue explotada, engañada y, lo peor, humillada. Como si no fuera suficiente el lucrarse vendiendo su trabajo y engañarla con otra, el muy... malnacido, se jactaba delante de sus amigos con lo que le hacía en la cama. Incluso llegó a grabar un video que fue enseñando a sus amigotes de la universidad.

Es moreno pero se ha quedado blanco como el papel. Conozco un *poquito* a los hombres como para saber cuando uno está controlando las ganas de descuartizar a otro. Tiene un cojín tan apretado con la mano derecha que eso no va a haber quien lo estire en la vida. En el fondo me alegra ver que reacciona así. *Bueno, bueno... Parece que mi*

viaje no fue una pérdida de tiempo, después de todo.

–¿Cómo se enteraron? –pregunta apretando la mandíbula para controlarse.

–Por mi hijo, Paco. Él es de la misma edad de Candela. Por casualidades de la vida tenía amigos en común con ese sinvergüenza y fue así como se enteró de todo.

»Al principio no sabía qué hacer, le daba vergüenza decírselo a Candela, y me lo contó a mí. Cuando ella lo supo... Se quiso morir. Dejó todo. Dejó estudios, dejó ciudad, dejó de salir, de comer, de dormir... Creció de la peor manera posible. Se recluyó primero en su granja y luego, según fue mejorando y sintiéndose más segura, en el pueblo. Pero desde entonces no le gustan las ciudades. Unas horas las soporta, pero vivir... No. Se fortaleció, se hizo más irónica, más segura, pero en el fondo sigue siendo la dulce niña Candelita.

Todo queda en silencio durante un par de minutos. Él no ha aguantado sentado más tiempo y se levantó, primero dando un ligero paseo y luego apoyando las manos en la chimenea, estirando los brazos con la cabeza gacha. Por un momento, solo un momento, siento compasión de él.

–¿Cómo está? –vuelve a preguntarme con la voz rota.

–Mal. No tanto como esa vez porque como le dije se ha fortalecido, es más madura y más segura, pero... Usted le ha hecho lo peor que le podía hacer: traicionar su confianza. Para ella eso es sagrado. Apenas duerme, ha adelgazado mucho, apenas sonríe...

Además se le juntó con lo de la granja y...

–¿Lo de la granja? ¿No se había arreglado lo del pago?

–Sí, pero hablaba del incendio. Poco antes de enterarse de lo suyo, una tormenta eléctrica quemó su casa. No quedó nada. Ha perdido absolutamente todo. Se puede decir que ahora mismo tiene lo que lleva en las maletas y unas pocas cosas que dejó en mi casa antes de venir.

Le cuesta hablar. Intenta evitar que me dé cuenta de lo que pasa pero soy perra vieja. Hasta sin gafas vería las lágrimas que intenta esconderme.

–No vine a pedirle explicaciones, al fin y al cabo esas se las tendría que dar a ella, pero sí para abrirle los ojos, a que fuera consciente del daño que ha hecho.

–¿Dónde está? –pregunta mirándome a los ojos.

–La gata sobre el tejado de zinc.

–¿Qué?

–¿Eh? Ah, nada. Es que Candela me dijo una vez que usted se parecía a Paul Newman, y como siempre le digo que ella me recuerda a la Taylor... De repente me vino esta película a la cabeza.

–Se parecen ustedes mucho. No es su hija pero tienen la misma costumbre de volver loco a cualquiera.

–Todo se pega.

–Bueno, ¿me dirá dónde está o tendré que adivinarlo?

–Antes respóndame a una pregunta muy simple. ¿La quiere? Solo tiene que decir sí o no.

–Ah... Se lo diré de esta manera. No puedo dormir en mi habitación. No puedo ir a la cocina. No puedo ir a los establos. No puedo estar en este despacho... No puedo estar en ningún lugar de esta jodida casa.

–¿Por?

–Todo me recuerda a ella. Todo huele a ella. Todo lleva su huella. Yo llevo su huella.

–¿Entonces por qué la engañó? –presiono.

–¿No le ha pasado nunca el estar mucho tiempo encaprichada con algo y, cuando lo consigue, darse cuenta de que lo que tenía le satisfacía más?

–Comprendo... Bien, es todo lo que tenía que hablar con usted. Ahora si me perdona ya es hora de que me vaya. Adiós, señor O'hara. Que le vaya bien.

Va a acompañarme pero no cuenta con que, aunque vieja, soy más ágil que muchos jovencitos atrofiados por tantas maquinillas. Ya estoy con la mano en el tirador de la puerta cuando me llama.

–¿No se olvida de algo?

–Su sueño siempre fue visitar el Gregoriano.

–¿El qué?

–El Gregoriano. El museo ese tan famoso.

–¿Quiere decir el Smithsonian?

–Como se diga. El caso es que me entendió.

–Y qué remedio... Una cosa más. ¿Qué fue de sus vacas? Sé que les tenía gran cariño.

–Están en mi casa. Por una bendita suerte, el día del incendio las trajimos a mi granja para que la veterinaria no tuviera que ir hasta allí solo por ellas tres. Desde entonces están allí y allí seguirán hasta que Candela quiera.

Conozco esa cara. Mi Miguelón pone la misma cada vez que está rumiando algo. Intrigada retrocedo un par de pasos hasta ponerme delante de él. *Sí que es grande el jodío*. Y está duro como el actor aquel que tanto me gusta, el Jasón Statan o como se diga.

–¿Qué está pensando?

–No se le escapa una, ¿eh? –Ay mi madre qué sonrisa. No me extraña que mi Candelita se encandilara y eso que ahora hizo solo una mueca.

–Si tiene que ver con Candela...

–Sí. Tiene todo que ver con Candela... Creo que será mejor que se siente y hablemos. ¿Por casualidad tiene vuelo de vuelta?

–Sí, para pasado mañana. ¿Por qué?

–¿Qué le parecería cambiarlo y pasar aquí unos días?

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Paciencia, señora mía... La paciencia es el alma de todas las ciencias.

–Será que soy de letras, señor mío.

–Hasta de latín, me temo –murmura–. ¡¡Ramón!! ¡Ramón! ¡Deja lo que estés haciendo y ven!

–¿No tiene teléfono o qué? No me extraña que mi hermano esté medio sordo con esos gritos.

–Tranquila, sabiendo que estaba conmigo estará muy cerca por si acaso tenía que venir al rescate.

–¡Bah! Mi hermano sabe que yo no necesito que me defiendan de nadie, y menos de usted.

–Ya, pero es que yo no me refería a su defensa precisamente, señora mía...

CAPITULO QUINCE

Llevo ya varios días en Washington y debo reconocer que, pese a lo mal que me siento, lo estoy pasando... bien. Lo malo es que, por una fatal coincidencia del destino, la maldita Super Bowl se celebra justo aquí, y como si no hubiera bastantes hoteles en toda la ciudad, el equipo de King se hospeda justo en este.

Gracias a un recepcionista muy simpático y algo charlatán, me enteré hace un par de días de que ellos estaban aquí. Desde entonces estoy jugando al ratón y al gato, procurando no tropezar con King, Steve o Will. Como hoy es el partido, decidí pasar el día encerrada a cal y canto en la habitación, incomunicada. Normalmente no veo la televisión, pero de vez en cuando me sorprende a mí misma mirando el mando a distancia y la pantalla, tentada de ver el partido. *No seas masoquista, Candela...*, me repito cada vez que me pasa.

Finalmente la tentación puede. Con resignación y repitiéndome que lo veré a modo de despedida, pongo el partido justo a tiempo de verlo empezar. De inmediato localizo a King, con el pañuelo blanco colgando de la cintura y el dorsal 5 a la espalda.

Los dos primeros tiempos son una tortura. King no paró de recibir palos por todas partes y de fallar pases. Incluso los comentaristas se preguntan qué le pasa a Aceman, como le llaman. Inconscientemente le animo, como si hubiera una especie de línea mental que permitiera que me escuchara.

Para sorpresa de todos, los dos siguientes tiempos son todo lo

contrario. El equipo de King vapulea al rival, gracias en gran medida al cambio en el juego de King. Finalmente ganan. Me emociona ver el júbilo del equipo, especialmente cuando, en un momento dado, las cámaras enfocan un abrazo entre King, Steve y Will. En otro momento captan a King solo, en cuclillas mirando todo alrededor suyo, emocionado. Y ahí me doy cuenta de que lloro cuando las lágrimas salpican el cojín que tengo abrazado. *Lo has conseguido, King. Lo conseguiste.*

Como había la posibilidad de llevarme algún disgusto, apago la tele antes de las entrevistas. Respiro hondo, extrañamente aliviada. *Bueno, se acabó, King O'hara. Ya tienes el ansiado quinto anillo,* pienso mientras permanezco acurrucada en la cama.

Paso los dos siguientes días algo decaída, sin muchos ánimos de ir a ninguna parte. Me digo a mí misma que es lo normal, pues sé perfectamente lo que suponía para él esa victoria. Por ahora no ha confirmado su retiro. Ante la pregunta de un periodista, su respuesta fue: “Esa decisión dependerá de lo que me espere en casa.” Muy romántico si no fuera porque iba dirigido a otra.

Por suerte enseguida vuelvo a tomar el toro por los cuernos y retomo mi rutina museística. Hoy toca el Museo de Historia Natural. Sentada frente a una vitrina que contiene esqueletos de serpientes, hago que los contemplo pero, realmente, lo que hago es descansar y evitar a un donjuán de medio pelo que no ha parado de perseguirme por todas y cada una de las salas desde que entré hace como cuatro horas. *¡Qué pesaíto el amigo!*

–Interesante. ¿Habías visto alguna vez su esqueleto?

Al oír esa voz debo respirar hondo para intentar calmarme, estrujando entre mis manos el folleto que cogí cuando entré.

–¿Qué haces aquí, King?

–Mhh, tenía ganas de ver víboras. ¿Y tú? –pregunta sentándose a mi lado.

–Eres de Texas, King. Allí te sobran las víboras.

–Ya, pero es que la que me interesaba no estaba allí.

–¿Qué haces aquí, King? –pregunto mirándole cara a cara por primera vez.

–Se te marcan los pómulos –murmura acercando su mano en un intento de acariciarme. Por instinto me aparto, haciendo que exhale una bocanada de aire—. Lo siento.

–No pienso marcharme, pero te pido que te vayas –no dudo en decir con firmeza.

–¿Te importaría que fuéramos a alguna parte para hablar con tranquilidad? –pide poniéndose en pie y tendiéndome una mano en claro gesto conciliador.

Lleva vaqueros y un jersey de cuello alto, y eso no hace más que hacerle destacar, más aún si cabe, al remarcar la musculatura de su espalda. Como además no es que sea bajo precisamente, pues ya son varias las personas que se van girando y cuchicheando para decidir si se trata de verdad de él o no.

Por un momento estoy tentada de hacerle una jugarreta, ponerme a gritar a los cuatro vientos que King O'hara está aquí y dispuesto a firmar todos los autógrafos que le pidan. Sin embargo, al ver la cara de apuro que tiene, me apiado. Resignada acepto su invitación, pero no así su mano. *Que corra el aire...*, como dice Concha.

En silencio vamos dando un paseo hasta un parque cercano. De vez en cuando cruzamos algún comentario inocuo sobre el tiempo o poco más; conversación de ascensor, que se suele decir.

Me duele estar tan cerca suya, anhelar que me abrace y me bese cuando sé que no debería. Mentalmente voy aleccionándome, construyendo a toda prisa un muro de protección para evitar que nada de lo que me diga me pueda hacer más daño.

Al llegar a una zona que, por lo que se ve, considera *su majestad* que es lo suficientemente discreta, detiene mi avance sujetándome del codo. De inmediato le miro alzando una ceja, exigiendo una explicación.

–Estás muy delgada. ¿Por qué no comes? –pregunta acariciándome el brazo, casi como si lo midiera.

–¿Y a tí que te importa? Lo que pese o deje de pesar no es asunto tuyo. ¿Y ahora quieres ya decirme qué haces aquí? –exijo.

–Buscarte –resoplo de malos modos al oírle.

–Pues ya me encontraste. Ya puedes irte con la música a otra parte. Gracias.

–Tengo un problema y solo tú puedes solucionarlo.

–Lo siento pero los milagros se me acabaron. Mala suerte – chasqueo.

–Con el ganado. Tengo problemas con el ganado y necesito que vuelvas. –Al escuchar eso capta mi atención de inmediato, haciendo que le mire.

–¿Qué problemas? Cuando me fui estaba todo bajo control –digo con desconfianza.

–Elisabeth se ha fugado con Rodolfo. El toro miope no puede... Bueno, que no puede cumplir con Marylin. Ava no deja de perseguirme y Rita sigue en plan manifestante.

–¿Estás de broma, verdad? –pregunto incrédula.

–Ya quisiera. Además hay un problema nuevo con un toro y otra vaca.

Joder... ¡Pues casi que se quedó corta Concha cuando negoció! Entre que los animales están como una regadera, y el dueño que tienen... Una y no más, santo Tomás.

–¿Y qué le pasa a esa pareja? A ver –digo casi exasperada por el panorama que pinta.

–El toro hizo daño a la vaca e intenta conquistarla, pero ella lo esquiva.

–¿Y te extraña? Merecido lo tiene.

–Y lo acepta. Es consciente de que cometió una tontería cegado por una vieja ilusión, pero se dió cuenta de que a quien quiere a su lado es a esa vaquita terca y desquiciante. –Por como habla y me mira saltan todas mis alarmas. *¿Por qué me haces esto, King?*

–Y ese toro... Aparte de imbécil, cretino y egoísta, ¿qué historia tiene? ¿Qué le hizo arriesgar todo sin pensar en lo que podía perder?
–Sonríe con pesar al escucharme.

–Ah... Bien... Digamos que, cuando era joven y estaba en la universidad bovina, estuvo muy enamorado de una vaca. Era todo lo que soñaba.

» Una mala jugada de otro toro le hizo perderla y él, aunque pasaron los años, siguió con esa espinita clavada. Estuvo con muchas otras vacas, pero ninguna llenó ese agujero. Hasta que, un día, conoció a la vaca más irritante, terca y orgullosa que se pueda imaginar. Con el paso del tiempo la relación fue estrechándose tanto que, al ver que ella lograba lo que ninguna otra, comenzó a sentir miedo.

Eso coincidió con la reaparición de su amor de juventud, y el que ella volviera a mostrar interés por él después de cómo se habían despedido... Digamos que encontró la escapatoria perfecta.

–¿Y en ningún momento se paró a pensar en el daño que podía hacerle a la vaca nueva? Ella puede que estuviera también luchando contra sus propios fantasmas, y el que él actuara de esa forma quizás le haya hecho perderla definitivamente.

–En ese momento no, pero una noche en que estaba pletórico después de una victoria en un torneo bovino, pasó algo que le hizo abrir los ojos.

»Dijo algo y, casi en el mismo momento en que lo dijo, se arrepintió. Aunque tenía a su amor de juventud al lado, la imagen de esa vacuita terca le venía a la mente una y otra vez. Cuando dijo las palabras malditas, fue como si una luz se le encendiera en el interior. En cuanto pudo la llamó para aclararlo, pero ya era tarde. Ella no quería hablar con él.

–¿Y qué esperaba? ¿Una alfombra roja? ¿Que le dijera: "oh, sí, no pasa nada, haz doblete. Aparéate con las dos, no hay problema."?

–Algo que la vaca terca no sabe es que el toro no pudo cubrir a la otra vaca. Cuando lo intentó... No pudo. No es algo de lo que estar orgulloso ni que le exima de culpa, al fin y al cabo se metió en... el granero con esa otra vaca, pero las veces que lo intentó no pudo.

–¡Venga ya...! ¡¿En serio quieres que me crea eso?! ¿Es que me ves cara de tonta? –protesto girando para mirarle cara a cara.

–No tengo por qué mentirte –afirma mirándome a los ojos directamente.

Quedamos en silencio con la vista clavada en el otro durante no sé cuánto tiempo. Su tacto cálido sobre mi mejilla me sorprende, pero más el que no me aparte al sentirle. Me acaricia con ternura, estudiando mis rasgos ahora más marcados que cuando llegué.

–Lo siento tanto, Candy... Si pudiera dar marcha atrás lo haría sin

dudar, te lo prometo, pero no puedo. Solo tenemos el presente y el futuro. Si quisieras, claro está.

–Si quisiera, claro está. El problema es que, a día de hoy, no tengo ningún motivo para querer pero sí muchos para no hacerlo.

–Lo sé, encanto. Lo sé... Por eso te pido una oportunidad. Una sola oportunidad para remediar lo que hice. Sé que actué como un imbécil los últimos meses, pero quiero arreglarlo.

–No tienes por qué, King. Al fin y al cabo no hubieron promesas, no hubieron sentimientos o intenciones más allá de que estuviera contigo hasta que acabara la temporada. Ésta ya acabó, así que...

–Te equivocas. Hubo promesas con cada beso, con cada caricia. Hubo sentimientos, confusos por mi parte, cierto, pero los había ya entonces y los hay ahora.

–¿Sentimientos? King... Las ganas de amordazarme no cuentan como sentimiento. Ni las mías de caparte, todo sea dicho.

–¿Vas a atreverte a negar que me quieres? –pregunta agarrándome la barbilla para evitar que desvíe la mirada. Su tono es duro, casi ofendido o... dolido.

–¿Y si lo hiciera qué? –le reto.

–¿Negarlo o quererme? –pregunta ya con suavidad.

–Ambas. Y deja de jugar a los trabalenguas que sabes que siempre te gano.

–Cierto... Tu lengua siempre gana a la mía.

Hago el amago de protestar pero cierro la boca de inmediato. No sé qué pretende con todo esto. Una parte de mí quiere poder creerle y perdonarle, lanzarme a sus brazos como si nada hubiera pasado y hacer borrón y cuenta nueva, pero...

–¿Qué quieres de mí, King? –pregunto evidenciando por primera vez ante él mi fatiga mental y física.

–Empezar de nuevo. Volver a lo que tuvimos y que yo por inconsciente estropeé.

Al escucharle no puedo evitar que una lágrima solitaria recorra mi mejilla. Sin molestarme en disimular me la limpio con la mano, mirándole a corazón abierto por primera vez.

–Pero es que eso ya no me vale, King. Antes, puede, pero ahora... Me niego a aceptar migajas de nuevo.

–Yo no te ofrezco migajas, Candy. Te lo ofrezco todo.

–No, King. Tú me ofreces sexo, compañía agradable, quizás lujos... pero no lo que yo quiero. Lo que merezco.

»Ya una vez, tonta de mí, creí haberlo encontrado, y casi acabó conmigo. Contigo decidí arriesgarme de nuevo, y mira cómo acabé. Me niego a dejar que los sentimientos gobiernen mi vida. Las dos veces que les he hecho caso he acabado destrozada, y te aseguro que no volverá a ocurrir.

–¿Qué quieres decir, que te negarás la oportunidad de ser feliz?
¿De amar y ser amada?

–No, nada de eso. Lo que digo es que me niego a ser la perjudicada. Que me niego a dejar que mis sentimientos por otro estén por encima de mi estima propia, de mi bienestar, de mi seguridad. Querer, sí, pero no a cambio de nada. Si doy mi corazón quiero otro a cambio. O todo o nada.

–Bien... Me alegra oírte decir eso, encanto –dice sacando una caja de su abrigo–. Llevo prácticamente toda mi vida dedicado en cuerpo y alma a mi carrera, viviendo por y para el fútbol. Para mí, cada trofeo ganado era un honor, un premio a mis sacrificios, pero me he dado cuenta de que no valen nada si no tienen un fin.

–¿Qué quieres decir? –pregunto desconcertada.

–Ábrela. Son tuyos –dice entregándome la caja de madera. Al abrirla quedo boquiabierta.

–Tus anillos... –murmuro estupefacta.

En un interior forrado de terciopelo negro, cinco majestuosos y enormes, sobre todo enormes, anillos de oro y diamantes lucen en fila, escrupulosamente ordenados por año, tal y como rezan las placas bajo cada uno de ellos.

–Ahora son tuyos, así como el resto de trofeos que tengo en mis vitrinas. Como comprenderás no podía traerlos todos, pero sí los anillos.

–King... No puedo aceptarlos. Son tuyos. Tu esfuerzo. Además, ¿qué hago yo con eso? Ni siquiera me los podría poner sin acabar con el dedo roto –excuso tontamente.

–La verdad es que pesan un poco, sí –concede–. Pero son tuyos. Para guardarlos, para quemarlos, para fundirlos. Lo que quieras hacer bien hecho estará.

–King... –empiezo a protestar. Sujetando mi cara con mimo hace que le mire, que vea a través de sus ojos.

–No soy idiota aunque lo creas. Sé perfectamente que a día de hoy es impensable que me aceptes, pero sí sé que comprendes lo que esos anillos significaban para mí. Por eso te los entrego, en señal de mi voluntad de luchar por ti, bajo tus condiciones.

–Yo no... Madre mía, estás peor que tus vacas, ya lo veo claro –protesto haciéndole sonreír.

–Una vez me aconsejaste lo que necesitaba para ser feliz. Y tenías razón. He descubierto que te necesito a ti. Tú eres mi sonrisa. Si tú no estás... Mi risa se desvanece.

–¿Y yo, King? Hablas de tu felicidad, pero ¿y la mía? ¿Quién dice que mi felicidad está a tu lado? –pregunto con lágrimas en los ojos.

–Encanto, si tú no eres feliz yo tampoco. ¿Es que no lo ves? Míranos en un espejo. Verías a dos personas amargadas, ojerosas, con cara larga. Ahora recuerda nuestro reflejo de hace unos meses. Éramos felices. Juntos.

–¿Y qué propones, Freud? ¿Qué genial tratamiento se te ha ocurrido? –pregunto con cierta ironía.

–Ven conmigo al rancho. Empecemos de nuevo. Poco a poco, a tu ritmo. Conóceme. Dame la oportunidad de resarcirte. Por favor.

–Necesito pensarlo con tranquilidad. No quiero tomar una decisión a la ligera. No te voy a engañar. Mi corazón dice sí pero mi mente tiene todas las defensas en alerta máxima –admito con sinceridad.

–Lo comprendo –acepta con entereza–. ¿Qué tiempo necesitas? Mañana tengo que volver al rancho. Si estás dispuesta a darnos esa oportunidad, dímelo y paso a recogerte donde me digas. Si no lo estás aún... Esperaré tu llamada el tiempo que haga falta.

–Gracias. Y por favor, llévate esa caja contigo –digo intentando dársela–. Me da miedo perderlos, que me los roben o vete a saber.

–Devuélvemela cuando vuelvas al rancho –dice con cierta socarronería.

–No tientes a tu suerte, King O'hara.

–Tenía que intentarlo, encanto.

–Me llamabas Candela –recuerdo de pronto con tristeza–. Los últimos meses. Me llamabas Candela en vez de Candy o encanto. Por eso sabía que algo no iba bien.

Une su cabeza a la mía, estrechándome entre sus firmes brazos

en un perdón silencioso mientras besa mi pelo. *Dios, cómo añoraba esta sensación... Me siento a salvo de todo*, admito.

Como si el aceptar ese simple hecho me hiciera ver las cosas de otra manera, tomo una decisión en el acto. *Espero no equivocarme... Otra vez.*

–El hotel donde estuviste concentrado. Me hospedo allí. Recógeme mañana.

Damos un paseo de vuelta al museo, esta vez hablando con algo más de normalidad. Insistió para acompañarme al hotel pero me negué. *Piano a piano*, le dije. A la hora de la despedida me sorprendió dándome un ligero beso y un *para el camino, encanto*, tan típico entre nosotros casi desde el inicio. *Espero no equivocarme*, pienso mientras le veo alejarse entre la gente.

CAPITULO DIECISEIS

Es poco más de mediodía cuando aterrizamos en el aeropuerto de Houston. Hoy todo va a una velocidad de vértigo. A las ocho ya estábamos camino del aeropuerto, donde un pequeño avión nos esperaba. Tras las breves explicaciones de seguridad despegamos y, en apenas tres horas sin incidentes más allá de alguna turbulencia que otra, de nuevo en Texas.

La ya archiconocida furgoneta de King estaba a buen recaudo en un parking cercano, y de inmediato nos pusimos en marcha. Ya no hace tanto frío como días atrás, e incluso me pude permitir el lujo de bajar un poco la ventanilla para respirar aire fresco.

La mayoría del trayecto lo hacemos en silencio, cruzando algún que otro comentario inocente. De vez en cuando le sorprendí mirándome de reojo, casi como si intentara asegurarse de que no planeaba fugarme ni clavarle un destornillador por la espalda.

Según nos vamos acercando al rancho, los nervios de mi estómago van en aumento. Al traspasar la famosa verja de la entrada, el nudo es tan intenso que me aprisiona. Casi puedo sentir cómo el color de mi cara se convierte en un verde oliva de marca *nomemires*. King me va mirando cada vez con más frecuencia, con la preocupación pintada en la cara. A pocos metros de la casa echa el coche a un lado de malos modos.

–Candy, ¿te encuentras bien? –pregunta tocándome la mano fría como el hielo.

–S... ¡No! –me da tiempo a decir justo antes de abrir la puerta y convertirme en la niña del exorcista.

Pacientemente me anima y me ayuda a recomponer una vez que acabo. No emprende la marcha hasta asegurarse de que estoy ya mejor, y aún así me desespera por cómo me mira.

–Oye... ¿Puede haber la posibilidad de que estés embarazada? –pregunta con delicadeza.

–King... No. No vayas por ahí. El desayuno me cayó mal, y con todo el ajetreo del vuelo y los nervios... Fue una simple indisposición. Ya está.

–¿Estás segura? –insiste mientras llegamos a la puerta de casa.

–Sí, King. Completamente segura –afirmo bajando sin esperarle.

–Por fechas cuadraría. Hace apenas un mes que noso... –vuelve a insistir mientras va a sacar las maletas.

–¡¿Pero quieres dejar de insistir, pesao'?! ¡Que no estoy embarazada! –exclamo.

–¡¿Pero serás sinvergüenza?! Embarazar así a mi Candela... –oímos de repente.

En un segundo se monta un desmadre que no hay quien lo entienda. Salido de la nada, un bulto flaco y pequeño se abalanzó sobre King dándole con una espumadera de madera. Él, mientras, se dedica a intentar quitársela de encima sin lastimarlo. Lupe por su

parte no hace más que seguir la “pelea de gatos” diciendo *madre mía, un niño*. A todo esto, Flora y Rick salen de la casa discutiendo como perro y gato por no sé qué de un ternero sin percatarse del jaleo que hay ya montado. Para rematar, una enardecida Ava aparece trotando en dirección a King y el bulto, perseguida por un caballo montado por Billy. Y como si con él no fuera el asunto, Ramón se dedica a sacar mis maletas de la furgoneta y entrarlas en la casa. *Y me pagó para que tratara a las vacas... ¡Pero si ellas son las más normales!*

Alertados por la polvareda que levanta Ava, todos se ponen a cubierto. Todos menos yo, claro está, pese a los intentos de King de arrastrarme a un lugar seguro.

Mientras Billy lucha con la vaca, me acerco lentamente, sin aumentar su estrés. Voy susurrándole con voz calma durante varios minutos hasta que, ya calmada, deja de forcejear. Cuando veo que está lista, hago que King venga a nuestro lado. Él no comprende mi intención al principio, pero al ver cómo voy hablando con Ava y llevándole a él con nosotras, al fin entiende.

–King, habla con ella como si fuera una chica. No sé. Piensa en una fan quinceañera que estuviera enamorada de ti y no quieres hacerle daño.

–¿Bromeas, verdad? –Al ver mi cara impasible se frota la suya–. Me lo temía... Joder, si me llegan a ver los del equipo... –protesta.

–Pero no te ven. Estamos solo tú, ella y yo. De hecho estaré escondida para que no se sienta humillada –aclaro.

–Encanto, como no tengas esto en cuenta como parte de mi redención...

–Dios te lo pague con muchos hijos... –digo con sarcasmo recordando la típica muletilla de antaño.

–¡Así que es cierto! –insiste.

–Y dale a la cabra con el trigo. ¡Que no! Y ahora vete ahí y haz feliz a esa pobre vaca –ordenó empujándole.

Escondida tras una columna, no puedo evitar tener que taparme la boca para no sonreír al oír la ternura con la que King, con todo mimo, explica a Ava que su amor es un imposible. Le cuenta que él es demasiado mayor para ella, y que merece el amor de un toro sano y fuerte que le de terneros tan guapos como ella. Largo rato después le oigo despedirse, con beso incluido, con cierta melancolía.

–Lo que se llega a hacer por la mujer de uno... –despotrica mientras viene a mi encuentro.

Mientras Billy se lleva a una calmada Ava, el resto del inesperado comité de bienvenida aguarda en la puerta de casa. En pleno jaleo habían llegado Steve y Will, que, al haber presenciado todo lo sucedido, no paran de reírse de King. *Un momento...*, pienso deteniéndome de pronto.

–¿Concha?¿Pero tú qué haces aquí? –pregunto una vez asimilada su presencia.

–¿Qué es eso de que estás embarazada? No me habías dicho

nada.

–Ni a mí y eso que soy el padre –murmura King.

–No estoy embarazada. Vomité porque el desayuno me cayó mal. Punto. Y no has respondido, que te conozco y te me vas por los cerros de Úbeda.

–Vine de visita –contesta haciéndose la digna.

–Conchita... Que te conozco. Tú no sales del pueblo a no ser que sea causa de fuerza mayor. Y por fuerza mayor entiéndase cataclismo nuclear o similar –presiono ya a su lado, junto a la escalera de entrada.

–Digamos que... Vine de visita y luego surgió hacer una entrega especial –dice mirándose una uña.

En este mismo momento, un sonriente Ramón aparece trayendo consigo a tres vacas. Por un momento creo que la vista me engaña, pero...

–¿Carmen? ¿Sara? ¿Lola? –digo estupefacta.

–Exacto. Cuando Concha vino me contó lo del incendio, y como sé lo importante que son para ti tus vacas... Aquí están. Espero que te guste la sorpresa –dice King mientras me agarra de la cintura.

–Mis niñas... Oh, dios mío son mis niñas... –sollozo mientras salgo corriendo hacia ellas.

Siento un alivio inmenso al comprobar por mí misma que están

bien. Desde el incendio tenía la preocupación de cómo estarían y, al verlas aquí y bien... Aunque no lo vivieron, para ellas supone un estrés muy grande no estar en su ambiente, pero están... ¡fantásticas! ¡Fantásticas y...! ¿Preñada? Palpando el abdomen de Sara, noto algo que, desde luego, cuando marché no estaba ahí.

–Concha... Sara está preñada.

–Eh... Sí. Ya sabes que es un poco... casquivana.

–Bueno, si más no se acabaron los problemas bovinos por una época –digo mientras las acaricio y me acerco al grupo de nuevo.

–Te recuerdo que hay una que está por ahí con el burro Rodolfo, que el toro miope no consigue cubrir a la rubia y que la otra sigue de protesta –corrige King de brazos cruzados. Al oírle le miro pálida.

–¿De verdad no era una excusa entonces?

–Créeme, en la vida tendría tanta imaginación como para inventarme algo así. Ni siquiera para traerte de vuelta.

–Vaya... Hermano, creo que tenemos que renegociar la tarifa... – dice Concha a Ramón al escuchar lo que ocurre con las vacas.

Es ya casi de noche cuando todo vuelve a la calma. Después de comer todos juntos, Concha y yo dimos un largo paseo, aprovechando para ponernos al día de todo. Me emocioné al saber el verdadero motivo que la trajo aquí. Lloramos, reímos... Esta es mi Concha. Escuchó pacientemente todo lo que sucedió con King, lo que hablamos, y me reconforta que esté de acuerdo con mi decisión. Solo

me dio un consejo: no dejes que el miedo al daño te prive de la dicha de la felicidad.

Dándole vueltas a esas sabias palabras, me dedico a vagabundear por la casa, meditando. Debo admitir que King ha empezado muy bien la misión que se ha propuesto. El que hiciera todo lo que le pedí con Ava, el que trajera a mis vacas, el gesto de los anillos...

Sin pretenderlo mis pasos me han guiado hasta su despacho. Por debajo de la puerta se filtra la tenue luz de la lámpara de su escritorio y, respirando hondo, doy un par de toques con los nudillos. De inmediato sé que ha reconocido mi manera de llamar por cómo me dice que pase.

Estaba sentado tras el escritorio, en mangas de camisa, cuando se levanta para recibirme. Viene esbozando una sonrisa que me hace temblar de arriba a abajo, y de repente ya no me parece tan buena idea lo de estar a solas con él en un lugar cerrado.

–Si molesto... –digo buscando una escapatoria.

–No, no. De hecho ya había acabado y estaba apagando todo. Además, ya sabes que no hace ni falta que llames a la puerta. Antes de hecho no lo hacías.

–Antes me sentía en casa –suelto sin pensar–. Lo... Lo siento. No quería decir eso.

–Tranquila. Lo entiendo, créeme. Sería mucho esperar por mi parte que en un solo día todo volviera a ser como antes –razona mientras acaricia mis brazos y me guía al sofá–. ¿Necesitabas algo,

encanto?

–De hecho... no. Iba vagando, vi luz... y se me ocurrió venir a darte las gracias por traer a mis vacas. Fue un bonito gesto por tu parte.

–No hay de qué. Si con ello te hacía feliz... Además así me aseguro que te cueste más marcharte llegado el caso –confiesa con cierta picaresca.

–¡¿Pero serás cretino?! –exclamo golpeándole en el pecho pero sin poder evitar sonreír por su táctica.

–Cretino o no, admite que es buen plan. Si hace falta traigo el pueblo entero con tal de que me aceptes.

–Eso es un poco exagerado. Además, ya bastante loco suelto hay en este rancho como para sumar los de mi pueblo... Por cierto, Flora me ha confirmado que Sara está preñada. Habrá un toro español por aquí.

–Sí, y espero que no sea lo único español que nazca en un futuro –dice con seriedad.

–King... No empieces. Ya he dicho por activa y por pasiva que fue una indisposición pasajera. Nada más.

–¿Te gustaría? –pregunta mirándome fijamente.

–¿El qué, estar indispuesta? Pues mira no, no tengo gustos masoquistas, mira tú por dónde.

–Sabes a lo que me refería, Candy. Y no quería decir ahora mismo, que si quieres yo no tengo inconveniente, pero hablaba de un medio plazo. Cuando me hayas aceptado, nos hayamos casado...

–Eh... Pon el freno –digo provocando que esboce una sonrisa–. Quedamos que a mi ritmo, y ya te digo que los pañales no entran dentro de la fórmula. En el hipotético caso de que aceptara estar contigo, ya luego tendría que pensarme lo de casarme, y luego lo de los hijos.

–Tal y como lo pintas parece casi imposible que suceda, encanto, y te recuerdo que la carne es débil y los métodos fallan.

–Buen punto –concedo–. Digámoslo así. En el caso de que tuviéramos una noche de debilidad, y de dicho encuentro surgiera un hijo o hija... Bueno, yo sería la madre, tú el padre y eso es independiente de lo que suceda entre nosotros. ¿Mejor así?

–Me vale. No es lo que preferiría pero es mejor que nada –acepta.

–¿Y qué querías, que dijera que me muero por ser la madre de tus hijos y te declarara mi amor hasta el fin de los días? Pues mira, va a ser que no.

–No. Preferiría que dijeras que sí.

–¿Que sí a qué? –pregunto ahora algo perdida.

–A casarte conmigo y que formemos una familia.

–Queda mucho para eso, King. Lo siento pero... Traicionaste algo

muy importante para mí, y mi confianza se cotiza muy cara desde hace años. La lealtad para mí es sagrada –confieso.

–¿La lealtad? ¿En qué la diferencias de la fidelidad?

–En bastantes cosas. Sé de mucha gente que es infiel, pero es leal. Y al revés, gente muy fiel pero desleal. Luego están los infieles y desleales, como fue tu caso.

–¿Me ayudas a entenderlo, por favor? –pide con interés sincero.

–Te lo explicaré de esta manera. Podría, con esfuerzo, haber llegado a entender una infidelidad puntual de una noche, siempre y cuando tu lealtad hacia mí te hubiera hecho confesarme tu fallo y ponerle remedio. El problema es que no fue una infidelidad puntual de una noche loca. Se trató de algo continuo, secreto, donde jugaste con mi confianza en ti. Jugaste a dos bandas, y eso no se hace. Es deslealtad hacia la persona que comparte la vida contigo. Como un espía que vende a su país.

–Nunca lo había visto de esa forma, y es... aterrador. Me hace pensar que es realmente complicado que me des otra oportunidad.

–¿Te rindes ya? –pregunto tratando de disimular la decepción en mi voz.

–No he dicho eso, encanto. He dicho complicado, no imposible. Tengo las veinticuatro horas del día para convencerte de ello, así que... Por pura estadística, la balanza está de mi parte.

–Hasta que empieces la temporada.

–No hay más temporadas. Lo deajo. Hoy mismo se lo comuniqué al equipo a través de mis abogados. Supongo que esta misma semana se hará público.

–King... Supongo que debe ser duro para ti después de tantos años –digo apretando su mano en un gesto inconsciente por mi parte.

–La verdad es que creí que lo sería más, pero me he dado cuenta de que no. Gracias a ti.

–¿A mí? ¡¿Y yo qué culpa tengo ahora?! –exclamo casi a la defensiva.

–Ninguna. Me refería a que, después de perderte, me di cuenta del orden real de mis prioridades. Antes el fútbol iba siempre primero, luego el rancho y luego lo demás, pero desde que aterrizaste aquí cuestionándomelo todo... Me hiciste ver el orden real de lo que en verdad me importaba.

–¿Cuál es ese orden ahora, entonces? –pregunto con cierta suavidad.

De estar sentados mirándonos frente a frente, sin saber bien cómo hemos acabado como solíamos estar, con mi cabeza apoyada en su hombro mientras mi mano descansaba sobre su pecho. Sus dedos no cesan de acariciarme con mimo, casi como si temiera romperme.

–Tú. Nosotros. La familia y amigos. El rancho. El fútbol... Me he dado cuenta de que te necesito a mi lado, bien, feliz. Esa es mi máxima prioridad, Candy.

–Eso es muy bonito por tu parte, King. Casi me sabe mal hacerte esperar. Casi... –aclaro.

–No es bonito. Es lo natural. Es muy difícil a lo largo de la vida encontrar a alguien que te quiera como tú a mí, y no voy ser tan estúpido como para dejarte escapar.

–¿Y quién ha dicho que te quiero? Porque yo desde luego no – digo alzando la cabeza para poder mirarle cara a cara. Sonríe al ver mi reacción, acariciándome la boca en un gesto íntimo.

–Ah... Encanto... No hace falta que lo digas. Tu forma de mirarme, tu actitud, el cómo reaccionas a mí... A día de hoy no necesito que me digas una cuantas letras para saber lo que sientes.

–¿Y tú, King O'hara? ¿Me quieres? Tampoco has dicho nada de eso –pregunto en un claro intento de salvaguardar mi orgullo.

–¿Quererte? Déjame pensar... –finge sopesar mientras se acaricia el mentón–. He dejado mi profesión, te he regalado todos mis trofeos, te he perseguido hasta otra ciudad, me humillo ante una vaca obsesiva, me ilusiona el que esa indisposición te dure nueve meses, traigo desde la otra punta del mundo a tres vacas igual de peligrosas que las mías, soporto que una arpía diminuta me sermonee y me dé una paliza con una espátula de cocina... ¿Tú qué dirías?

–Que el agua del rancho debe contener algo muy peligroso –digo intentando aligerar el ambiente y calmar mi corazón sediento.

–Yo más bien diría que mi susurradora de vacas me ha robado el corazón y la razón –susurra sujetando mi cara con ternura,

acariciándome con los pulgares.

–King... –susurro.

–Te quiero, Candy. ¿Quieres casarte conmigo?

–No, pero te quiero.

–Me vale... De momento.

–De momento.

EPILOGO

Casi dos años después...

–¡King, se nos va a hacer tarde! –protesto desde el dormitorio mientras me coloco los pendientes a toda prisa.

–Ya estoy, ya estoy. Además, te recuerdo que la ceremonia es en el rancho –contesta mientras sale del baño terminando de colocarse los gemelos.

–Si, claro, y te crees que el sacerdote va a esperar por tu cara bonita, ¿no? –digo mientras me calzo los zapatos–. ¿Cómo me veo?

–Estás preciosa, encanto. Da gracias a que sí que vamos tarde y no podemos retrasarnos –dice justo antes de, abrazándome por la cintura, darme una pequeña muestra de lo que pasaría si tuviéramos tiempo.

–Perverso.

–Bruja.

Los jardines del rancho están llenos de caras familiares. Muchos de los habitantes del pueblo, Ramón, Lupe, Concha, Miguelón, Paco con su flamante mujer Paloma, muchos de los trabajadores... y nosotros. King y yo vamos saludando a todos los invitados, ejerciendo de atentos anfitriones y agradeciendo la asistencia en este día tan importante para nosotros.

Con la inestimable ayuda de Lupe y de Concha, todo está totalmente controlado. La música, las flores, la comida, el sacerdote... Cuando se acerca la hora acordada, los invitados van tomando asiento en las sillas que se habilitaron para ello. Las que forman el pasillo

están elegantemente decoradas con unos ramilletes de flores de lavanda, a juego con las cintas de raso que complementan el resto de la decoración.

Desde donde estamos puedo ver a King. Está para comérselo con el smoking negro. Alguna vez durante este tiempo le había visto con traje, pero no como hoy. Aguarda junto al sacerdote y a Rick, con quien desde hace varios meses ha recuperado la amistad de antaño. Los tres esperan pacientemente nuestra llegada.

–¿Listos?

–Adelante. Acabemos con el martirio del novio.

En cuanto comienza a sonar la marcha nupcial, todos giran en nuestra dirección. La mirada de King está clavada en mí, sonriendo como un lobo ante una succulenta y tierna oveja. Me tiemblan tanto las manos y las rodillas que temo por un instante que se me caiga el ramo en mitad del camino o algo peor, que acabe despatarrada enseñando las vergüenzas a medio Texas.

Cuando llego al altar me pongo a su lado, dejando paso a la deslumbrante novia y a un emocionado Ramón. Hoy al fin se casan Rick y Flora, después de mil sinsabores y años de espera por parte de ella.

Por lo que el propio Rick confesó a King, después de mi charla aquel día empezó a darse cuenta de la mujer que tenía al lado. Había estado tan obsesionado con frustrar todos los intentos de King, que no se había dado cuenta de que, justo a su lado, tenía el mayor de los

tesoros. Costó lo suyo que la historia de ambos terminara de cuajar, puesto que, tal y como yo misma había advertido a Rick, Flora había comenzado a salir con un chico del pueblo. Ése fue el detonante que hizo que reaccionara. Por suerte para ambos los sentimientos triunfaron y aquí están, dándose el sí quiero ante todos sus seres queridos.

Una vez declarados marido y mujer, salimos por el pasillo por entre los invitados. Rick y Flora encabezan la marcha, seguidos por Ramón y la madre de Rick. Detrás de ellos vamos King y yo, cogidos del brazo y saludando a todos con una sonrisa de oreja a oreja. Mi vestido largo de seda va rozando con su pantalón, produciendo una agradable sensación de cosquilleo.

–Estás preciosa, encanto, pero lo estarías más con un vestido blanco –dice sin desaprovechar la oportunidad de, por enésima vez desde que estoy aquí, insistir en la boda.

–Mhh... No creo. En las bodas no se debe ir del mismo color que la novia, ¿sabes? Además, si algún día me casara no lo haría de blanco. Lo haría de rojo.

–¿De rojo? ¿Lo dices en serio? –pregunta mirándome como si me hubieran salido cinco brazos.

–No, pero me gusta la cara de susto que se te queda siempre – admito sin avergonzarme.

La fiesta va a las mil maravillas. Los novios son felices, los invitados son felices... Todos somos felices. Cuando ya bien entrada la

noche el último de los invitados se marcha, me dejo caer en el columpio de malos modos, con los zapatos de tacón colgando de los dedos. Me consuela ver que no soy la única agotada, puesto que King casi me copia el gesto, con la diferencia de que él, en lugar de tacones, lo que se quita de buena gana es la pajarita.

–Dios, esto está hecho para la tortura –protesta.

–¡Ja! Pues prueba a estar doce horas sobre un par de estos –digo sacudiendo los tacones de diez centímetros.

–No entiendo para qué los usáis si al fin y al cabo seguís siendo más bajas que nosotros la mayoría de las veces. Aparte del dolor de pies, claro.

–Ya, ¿y el tipo que se nos queda, qué? –pincho.

–Encanto, tú no necesitas ponerte eso para tener buen tipo. De hecho no necesitas ponerte nada... –murmura acariciando mi hombro desnudo.

De repente me echo a reír casi sin control, recordando la primera vez que nos vimos. Estoy segura de que, si hubiera podido, me hubiera metido en un saco y devuelto a España por correo urgente.

–¿Qué te hace tanta gracia? –pregunta intrigado.

–Recordé la primera vez que nos vimos. No sé cómo no nos matamos. Te aviso que eras insoportable, don ego herido –digo aún riendo.

–¿Insoportable yo? ¿Y eso me lo dice doña borderline? ¡Pero si no querías ni hacernos la cena! –replica de igual forma.

–Haberlo pedido bien –respondo–. Además, al final la hice y con postre incluido, así que no te quejes.

–Estaba salada.

–¿El qué? ¿La cena? –pregunto atónita.

–La tarta –dice sonriendo–. Debiste equivocarte de bote y, en vez de azúcar, pusiste sal.

–Oh. ¿Y por qué no me lo dijiste?

–Estabas cansada –dice restándole importancia.

–Gracias –digo.

–¿Por?

–No hacer leña de ello. Pudiste usarlo como munición en una de nuestras tantas enganchadas –reconozco.

Ambos permanecemos en silencio, observando el cielo estrellado. Estamos en pleno mes de agosto, por lo que no hay ni una sola nube que se atreva a entorpecer la visión. King me rodea con su brazo protectoramente, acariciándome el hombro con toda parsimonia mientras, con un pie, va impulsando el balancín.

–Esto –dice de repente.

–¿Esto qué? –pregunto.

–La felicidad. Esto. Estar aquí los dos solos, abrazados mientras observamos las estrellas. No necesito nada más.

Volvemos a quedar en silencio, pero la conciencia me va reconcomiendo. Voy removiéndome con disimulo, intentando hallar la forma de suavizarle el golpe.

–¿King?

–¿Si?

–No estamos solos.

–¿Qué quieres decir? –pregunta poniéndose en guardia, mirando alrededor y abrazándome con más fuerza.

–Que hay alguien más aquí.

–¿Dónde? –insiste poniéndose en pie de un salto, en completa alerta.

–Aquí –digo cogiendo su mano y poniéndola en mi vientre aún plano.

Parpadea en silencio un instante, intentando comprender mis palabras. En cuanto lo hace su semblante cambia por completo. En el rictus serio se empieza a dibujar una sonrisa que casi le llega de oreja a oreja. Me levanta sin esfuerzo alguno, dejándome totalmente pegada a su cuerpo igual de duro que siempre.

–En Houston –afirma.

–Sí... –admito a regañadientes.

–¡Yee haw...! –suelta a pleno pulmón–. Te avisé de que era un peligro que nos tuvieras en abstinencia.

Le fulmino con la mirada. Al principio resistí la tentación sin mucho esfuerzo, pues el recuerdo del daño que me hizo estaba demasiado fresco, pero según fue pasando el tiempo... Digamos que alguna vez que otra sucumbía a sus encantos. Además había el doble de peligro, puesto que compartíamos dormitorio como hicimos al principio, sin contacto físico. O esa era mi intención...

–¿Deduzco que no te molesta? –pregunto con cierta preocupación por temor a su reacción.

–¿Molestarme? ¿Bromeas? Encanto, estoy deseando que amanezca para gritarlo a los cuatro vientos –dice mientras sujeta mi cara con extrema ternura–. Te quiero, y no llegas a hacerte una idea de lo feliz que soy ahora mismo. Yo... Oh, dios mío...

Me llega a lo más profundo ver lo emocionado que está ahora mismo. Tal es así que ha tenido que soltarme para limpiarse las lágrimas. Ya una vez habíamos hablado sobre la posibilidad de que esto sucediera, pero, como todo plan preestablecido, está hecho para romperlo.

–¿King? Hay algo más –digo haciendo que me mire.

–¿El qué? ¿No irás a decirme que son dos, verdad? En mi familia

ya hay casos... –divaga.

–No... No son dos, al menos que yo sepa...

–¿Entonces? –pregunta intrigado–. ¿Está todo bien, verdad? Tú y él o ella...

–Sí, tranquilo. Es otra cosa... Espera. Necesito que cierres los ojos un momento.

–Está bien, lo que tú digas. Avisa cuando pueda abrirlos –dice obedeciendo como un perrito faldero. *Caray, si llego a saber lo dócil que se quedaría...*

Corriendo entro en la casa, saliendo casi de inmediato con lo que fui a buscar. Poniendo el paquete a mis espaldas, le hago abrir los ojos.

–Ya estoy aquí –anuncio.

–¿Y bien? –inquieta expectante.

–Bueno... –divago empezando a valorar todas las veces que él lo ha hecho–. La verdad es que no sé por dónde empezar –confieso.

–Tranquila, encanto. Si eres capaz de hacer que unas vacas te entiendan, seguro que conmigo también puedes.

–King... Yo... Te quiero tanto que me duele. Si he tardado tanto es porque lo que pasó me hizo más daño del que puedas imaginar. Yo... Hay cosas de mí que no sabes y...

–Shhh... No tienes por qué contarme nada, Candy. El pasado, pasado es –me reconforta mientras me estrecha entre sus brazos firmes.

–El pasado será pasado cuando no interfiera en el presente, King. Por eso necesito contarte esa parte de mí.

»Sé que estás al corriente de lo que pasó mientras estuve en la universidad, pero no de todo. Verás... Yo siempre fui más grande que mis compañeras de clase. Nunca fui gorda, pero sí grande. Siempre intentaba ocultarme con ropa ancha que disimulara mis curvas. Solo a partir de la adolescencia, que fue cuando más o menos todas estábamos desarrolladas, me atreví a usar ropa más ajustada. De mi talla, vaya.

El caso es que siempre fui muy insegura. Siempre me vi como el patito feo. Cuando fui a la universidad todo era nuevo. Estaba abrumada. La pérdida de mis padres, el cambio del pueblo a la ciudad, la propia universidad... Para rematar, la mayoría de mis compañeras eran unas Barbies. Unas Barbies arpías para ser más exacta.

No había día que no me hicieran alguna broma pesada sobre mi trasero, sobre mis muslos, sobre mi pelo, mi cara... De todo, vaya. El caso es que, cuando Jorge se empezó a interesar por mí, no me lo podía creer. Él era uno de los chicos más populares de la facultad. Era guapo a rabiar, atlético, simpático... Todas las chicas estaban coladas por él. Yo no creía mi suerte. Estaba en una nube.

Hasta que todo salió a la luz. Cuando Concha me lo contó no me lo podía creer. Me negaba a creerlo. Sin que nadie lo supiera me armé

de valor y le busqué. Le encaré. Necesitaba una explicación, un motivo.

Él fue muy claro. *¿Cómo podías creer que alguien como yo se podía haber fijado en alguien como tú?*, me dijo. En pocas y feás palabras me echó en cara sin saberlo todos los insultos que había recibido durante toda mi vida.

Desde entonces me cerré en banda. Sabía que no era fea, que no tenía mal tipo, pero esa pequeña semilla de inseguridad siempre estuvo ahí, esperando para germinar de nuevo.

Cuando vine y te conocí... Físicamente eras un sueño. Si hubiera descrito al hombre perfecto hubiera dado tu retrato. Según te fui conociendo y me fui enamorando... El miedo fue germinando. En lo más profundo de mí siempre tuve el miedo de que, tarde o temprano, llegaría el día en que una chica despampanante te hiciera volver a la realidad y alejarte de mi lado. Por eso cuando vi y escuché aquella entrevista... Dios, me sentí morir. Fue mortal.

–Pero fui a buscarte –susurra con ternura.

–Pero fuiste a buscarme –respondo con una sonrisa.

»Al principio tuve pánico. Venir de nuevo fue un acto de fe, la verdad. Pero debo darte las gracias. Gracias a ti y a la paciencia infinita que has tenido conmigo he conseguido, no solo superar el dolor del engaño, sino darme cuenta de lo que valgo. De lo que ves realmente en mí. Ahora sé que a tus ojos soy preciosa. Y es así como me veo en el espejo. Has conseguido que, cada vez que me dices que

te gustan mis pechos, o mi boca, o mi trasero o cualquier otra parte, me lo crea. Has conseguido que valore todo lo bueno que tengo. Incluido tú. Sobre todo tú. Por eso... Por eso, aquí y ahora, quiero darte algo. Algo que es muy importante para mí, puesto que perteneció al hombre más importante de mi vida. Es algo que es fruto de toda una vida de sacrificios, de lucha, de lealtad, de amor...

Sacando la caja que guardaba a mi espalda, tomo sus manos, depositándola en ellas con sumo cuidado.

–Te entrego los anillos que el dueño de mi corazón me entregó un día, y con ellos te doy otra cosa. Un sí. Sí, King. Quiero casarme contigo.

–¿Lo dices de verdad?¿No es una broma de las tuyas, cierto? –pregunta agarrándome de los hombros y con los ojos clavados en los míos–. ¿Sabes qué? Mejor no respondas, no vaya a ser que quieras arrepentirte. Ahora no puedes echarte atrás, encanto. Ah no –afirma. Ahora mismo me recuerda al dicho de Juan Palomo, yo me lo guiso yo me lo como.

–¿Ni siquiera preguntas si es por el bebé o porque me haya dando algún golpe en la cabeza? –pregunto riendo por cómo actúa.

–Encanto, por mí como si es efecto de que hayas comido setas alucinógenas. Has dicho que sí y es lo que me vale. De hecho te aconsejo ir a descansar porque mañana mismo nos casamos salga el sol por donde salga.

–¿Cómo que mañana?! King O'hara desde ya te aviso que no

pienso irme a Las Vegas ni nada por el estilo.

–Candela Guerrero, para tu información te diré que tengo todo preparado desde hace meses. Solo faltaba tu sí y un par de llamadas más. Mañana. Mediodía.

–¿Cómo que hace meses? Pero... Pero... ¿Es una broma, verdad? ¡Eso es imposible! –protesto algo apabullada por lo literal que se lo ha tomado todo.

–Candy, si algo he aprendido contigo es que las medias tintas no valen. Créeme, no pienso correr riesgos. Si el efecto alucinógeno tiene que pasarse, al menos que sea cuando tengas mi anillo en el dedo. Y ahora, señora O'hara, a descansar –dice llevándome casi a rastras al dormitorio.

Madre mía, ¡¿pero no se suponía que estaba en plan perrito faldero hace un momento?! En un minuto se ha transformado en un... mariscal. Claro. Ahora lo he pillado... Empiezo a comprender a Steve...

¡A ver si va a ser verdad que he comido alguna seta rara! Alucino al ver cómo, desde el propio dormitorio y secándose tras la ducha, le basta con llamar a Ramón, a Will y a Rick para tener todo organizado.

–King... ¿Son cosas más o acabas de llamar a Rick en su noche de bodas? –pregunto ya desde la cama.

–Sí –afirma sin sombra de remordimientos mientras se mete también en la cama–. Créeme, por una llamada de dos minutos no conozco a nadie que se haya divorciado.

–Claro... ¿Y si te lo hicieran a ti? Eso ya no te haría tanta gracia, ¿a que no? –le reto.

–Encanto, es que partimos de la base de que no sería tan tonto como para tener el teléfono encendido en mi noche de bodas –razona–. Y ahora a dormir, señora mía.

Definitivamente King O'hara es una caja de sorpresas. A primera hora de la mañana me vi invadida por un ejército de ayudantes para prepararme. Concha, Lupe, Paloma, la propia Flora... Al verla me quería morir de la vergüenza por lo que King les hizo anoche.

–No temas. Recuerda que somos veterinarios; las urgencias no conocen de horas ni... situaciones –respondió a mi disculpa en un momento en que quedamos a solas.

Se me saltaron las lágrimas al ver la funda de vestido que trajeron Ramón y Miguelón con suma solemnidad. Cuando Lupe bajó la cremallera y lo vi... Sentí tal nudo en la garganta que no pude más que abrazarme a Concha sollozando. No sé cómo, King se las apañó para que le hicieran una réplica exacta del vestido que lució mi madre el día de su boda, que a su vez lo había lucido mi abuela en la suya propia allá por los años 30.

Mi abuela materna era de ascendencia griega, y el vestido tenía inspiración en esa parte de la familia. Un ligero vestido de seda que se ajusta sinuosamente a la silueta, con un hombro al aire y, encima, una capa de gasa transparente rematada en hombro, puño y bajos con filigrana de hilo dorado. A la cintura se ajustaba con un fino cordón de ese tono. Desde pequeña estaba enamorada de ese vestido.

–¿Cómo lo supo, Concha? Es... Madre mía...

–Cuando tu madre se fue a casar le hice fotos de todas las maneras habidas y por haber, cariño. Las conservaba como oro en paño y cuando King me pidió ideas por si acaso... No tuve ni que pensarlo. Incluso mandó a fabricarlo en Grecia, en el mismo taller que hizo el original.

–Era precioso... Una auténtica joya. Yo no pude casarme con él porque era más ancha de pecho y me daba pánico estropearlo – recuerda una emocionada Lupe–. Y este es... Exacto. Me parece estar viendo a tu madre, ¿verdad, Concha?

–Sí... Estaría muy orgullosa de ti, Candelita. De lo que vas a hacer y con quién. Ese hombre vale su peso en oro, niña, y mira que no es pequeño el jodío...

Cuando ya estoy vestida y preparada, me sorprendo al ver a Steve, Will, Ramón, Miguelón y Rick venir a buscarme. Todos van impecables con traje oscuro y pajarita, sonrientes. Les miro de uno en uno, desconfiada.

–¿Se puede saber por qué me escoltáis cinco personas? Y cinco que equivalen al doble, claro.

–Pues espera a ver al resto de la comitiva... –oigo responder a Steve mientras salimos y comenzamos a bajar la escalera.

Extrañada voy viendo que, según se cierran puertas a mi paso, un armario andante con forma humana se va incorporando a la comitiva. Todos sonríen, como si se tratara de una broma que solo ellos

conocieran. Voy del brazo de Miguelón, que parece que también es partícipe del singular complot. *Esto es cosa de King...*

Al llegar a la puerta del jardín me entran los siete males. Tiemblo tanto de la emoción que Miguel posa su mano sobre la mía para infundirme calma. Cuando un armario llamado Barron abre las puertas, el corazón me baila de alegría. King aguarda en el altar junto al mismo sacerdote que ayer mismo casó a Rick y a Flora. Esa es la única coincidencia, porque el resto...

Mientras las sillas para los invitados están a la derecha, a la izquierda y un poco más alejado hay un remolque pulcramente engalanado. No puedo evitar reír al ver a sus ilustres ocupantes. Sara, Carmen, Lola, Ava, Rita, Elisabeth y Marylin. Todas vestidas de gala con un lazo de distinto color en la cabeza. A su cuidado está un “elegante” y orgulloso Billy.

Cuando cruzo la mirada con King me guiña un ojo con complicidad, y ahí reafirmo que no me equivoco. Mi Hulk, don histérico, don ego herido, es el hombre de mi vida.

Avanzo con seguridad bajo su atenta mirada, segura completamente del paso que voy a dar. Cuando hace dos años vine casi a regañadientes, no imaginé que lo que conseguiría no sería solo un buen puñado de euros. Gané un compañero de vida, un hijo, amigos de verdad, algo locos pero amigos al fin y al cabo, confianza en mí misma y en lo que hago y, sobre todo, esperanza. La esperanza de que, por muchas desgracias que nos sucedan, por muy cuesta arriba que se nos ponga la vida, siempre habrá algo bueno esperándonos. Quizás no tal y como deseamos. Puede que no como suponemos, pero

estará ahí, en algún lugar, y solo en nuestras manos estará el dar con ello. El luchar por ello.

Al llegar a su lado me percató de la humedad de sus ojos, y sonrío con ternura. *Quién iba a decir que mi Hulk sería tan sentimental.* Con mimo le acaricio la mejilla, en un claro gesto de cariño que corresponde depositando un beso en la palma de mi mano.

Durante la ceremonia me percató de algo inquietante. Todas las posibles rutas de escape están flanqueadas por al menos dos de sus antiguos compañeros y amigos. Además los cinco jinetes del Apocalipsis, como les he bautizado, continúan detrás mío.

–King... ¿Son cosas mías o has puesto a tus amigotes bloqueando las salidas? –pregunto entre susurros.

–Rotundamente sí. De aquí no sales si no es con mi anillo en el dedo, encanto –afirma sin dudar.

Cuando al fin nos declaran marido y mujer, un estruendoso yee haw... sale de todos y cada uno de los armarios, mientras el resto de los invitados, emocionados, no para de aplaudir. King no duda en alzarme y besarme como si quisiera empacharse de mi sabor, y yo correspondo rodeándole el cuello con mis brazos, sujetándole para alargar el máximo posible este momento.

La fiesta es una locura. Casi pareciera que nuestra boda se había convertido en algo así como el reto personal de todos y cada uno de quienes nos conocen y, al ver al fin cumplido el objetivo, se desmelenan que da gusto. Incluso el comedido Ramón está que se

sale bailando el Despacito de Luis Fonsi.

–Ven conmigo –susurra en mi oído mientras me agarra de la mano y me guía fuera.

–¿A dónde vamos? –pregunto mientras me hace subir a la furgoneta.

–No preguntes tanto –responde.

El sol no es más que una fina línea en el horizonte cuando llegamos a un lugar apartado. En una colina situada sobre un pequeño lago, aparca bajo la sombra de un viejo roble centenario.

–Ven, baja –pide ayudándome con el vestido.

–Oh. Vaya. Este sitio es precioso –admito mirando el paisaje que nos rodea.

–Sí, pero no tanto como tú. Estás... Eres un sueño –susurra mirándome de pies a cabeza.

–Gracias por lo del vestido. Fue un gesto muy bonito por tu parte. Otro más –murmuro.

–Y los que quedan –afirma acariciando mis mejillas.

–Me puedo mal acostumbrar –aviso con malicia.

–De eso se trata, encanto. Quiero mimarte, cuidarte, protegerte...
–susurra sobre mi piel.

–Me basta con que me quieras –admito dejándome embriagar por su aliento.

–Esa palabra queda corta para lo que siento por ti, Candy –reconoce mirándome a los ojos.

–Te quiero –reconozco envuelta entre sus brazos.

–Te quiero.

Sin planearlo comenzamos a mecernos, bailando al son que nuestras mentes acompasadas escuchan. Vamos intercambiando besos, caricias, de un modo tierno, dulce, casi como preludio de lo que deseamos hacer.

–Encanto... –susurra sobre mi mejilla–. Me muero por tenerte entr...

Justo en ese momento, Highway to Hell comienza a sonar. Desconcertada comienzo a mirar alrededor hasta que oigo a King maldecir mientras rebusca en su bolsillo a toda prisa, casi avergonzado.

–Maldito Steve... Seguro que se dió cuenta de que nos marchamos –dice apurado buscando ahora en la furgoneta, poniendo el manos libres cuando lo encuentra.

–¿King? ¿Eres tú? –se oye al otro lado.

–¿Tú qué crees, merluzo? Y por si no lo sabes es el día de mi boda.

–Ya, ya, pero... Oye... Candela está contigo, ¿verdad?

–Sí, Steve, no me he fugado –respondo riendo.

–Menos mal... Oíd... Es que... No sé cómo decirlo pero... El caso es que me alejé dando un paseo y tropecé con un par de vacas. Como parecían muy mansas las acaricié, estuve hablando un rato con ellas... Cuando fui a volver a la fiesta comenzaron a perseguirme, pero perseguirme de acoso, ¿eh?

–¿Qué insinúas, Steve? ¿Y qué tiene que ver eso con mi mujer?– pregunta King extrañado.

Estamos de pie junto a la furgoneta, con el brazo de King rodeándome por los hombros mientras yo le abrazo por la cintura.

–Pues... El caso es que me vi tan acorralado que he acabado encaramado a un árbol, y las vacas esas siguen abajo, sentadas y mirándome con cara de vicio. ¿Qué hago, Candela? ¿Podéis venir a rescatarme? –suplica.

Al oír el estrambótico relato, King y yo quedamos un segundo en silencio, pero como si se nos encendiera la bombilla a la vez, comenzamos a reír a carcajadas.

–Ava y Sara–adivinamos a la vez.

–Tranquilo, Steve, son inofensivas. Una es Sara, es algo ninfómana, y la otra es Ava. Ella tiene predilección por los futbolistas –explica King entre risas.

–¿Me tomáis el pelo?! –explota el pobre Steve.

–Me temo que no. Digamos que... Son un dúo algo peculiar –añado intentando sonar mínimamente preocupada. Cosa difícil cuando lloro de la risa al imaginarme la estampa.

–¿Peculiar? ¡Lo que están es jodidamente locas! ¡Eh! ¡Eh! Vaquita linda, el zapato no. No... El zapato no... –le oímos negociar.

Después de que nos explique la zona en la que está, nos apiadamos y decidimos ir en su ayuda. Nos es imposible parar de reír, imaginando a un tipo de su tamaño huyendo de aquel par de locas por medio del campo.

Ya en la furgoneta y algo más calmados, King se apoya en el volante para mirarme, sonriendo pero con una calidez especial en la mirada.

–Gracias.

–¿Por qué? –pregunto.

–Por esto. Por quererme como King y no como a Aceman O'hara.

–A Aceman también lo quiero. Forma parte de ti. Fuiste Aceman durante más de veinte años, King. Y dentro de muchos años te seguirán recordando como King 'Aceman' O'hara, el quaterback de los cinco anillos y decenas de récords.

–Eres única, ¿lo sabías?

–Mhh... Tenía una ligera sospecha, sí –bromeo.

Sonreímos antes de fundirnos en un beso peligroso, profundo. Nos saboreamos con vehemencia, con un deseo desgarrador que hace que nuestras manos vuelen al cuerpo del otro. Cuando su boca está dándose un festín con mi cuello, el teléfono vuelve a sonar, devolviéndonos a nuestra hilarante realidad.<

–¿Lista, señora susurradora de vacas?

–Lista, señor Aceman.

FIN.